

CLIC

REVISTA DE **HISTORIA**

www.cliorevista.com

AÑO 27 - NÚMERO 286

5,95 €

PRECIO DE LA VIVIENDA

LADRILLO ETERNO

POPULISMO ANTIGUO

DEMAGOGIA GLOBAL

INICIO DE CURSO

EDUCACIÓN Y CLASIFICACIÓN SOCIAL

CARLOS III DE NAVARRA

600 AÑOS DE SU MUERTE

ENLACE AL CANAL

x.com/byneontelegram

O escanea el código QR:



ANÍBAL

ESTRATEGIA INMORTAL

casual
MAGAZINES

00286

8 414090 253567

00286

8 414090 253567

00286

8 414090 253567

00286

8 414090 253567

00286

8 414090 253567

CLÍO

¡Suscríbete
a **CLÍO**
mensual!

¡25 % de
descuento!

Ahora por solo
¡50,63 € al AÑO!



Dpto. de suscripciones * Tel.: 93 368 75 61 * www.casualmagazines.com

DIRECTOR

Miguel Ángel Bargueño

COLABORADORES

Ángel Caballero, Carlos Cuesta, Paula García, José María Izquierdo, Manuel Jancewicz, Isabel G. Rivas, Fernando Rodríguez, Philip Freeman

DISEÑO Y MAQUETACIÓN

María Arenal

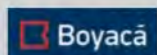
EDITA

casual
MAGAZINES

Administración
CASUAL MAGAZINES SLU
Apartado Postal 90002
08080 Barcelona
Tel.: 636 762 596

DISTRIBUYE

GRUPO BOYACÁ DISTRIBUCIÓN DE
PUBLICACIONES SL
CRTA M-206 LOECHES A TORREJON DE
ARDOZ, KM. 4,5.
28890 LOECHES (MADRID)
Tel.: 902548999



IMPRIME

LIDERGRAF
Impreso en Portugal

Sobrepeso para Canarias 0,15 €
ISSN 1579-3532
Depósito Legal D.L.B. 43172-2001
11/2025
© Casual Magazines¹

1 Reservados todos los derechos. Se prohíbe la reproducción total o parcial por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabados o cualquier otro sistema, de artículos aparecidos en este número sin autorización expresa por escrito del director. CLÍO no se hace responsable de las opiniones vertidas por sus colaboradores.

La publicación no se hace responsable de las opiniones expresadas por los autores de los artículos.



Esta revista ha recibido una ayuda a la edición, del Ministerio de Cultura y Deporte.



VOLVER A EMPEZAR... CON ANÍBAL EN LA MOCHILA

Septiembre marca, desde hace siglos, el verdadero comienzo del año. Lo sabían los romanos, lo sentimos todos. Es el mes en que las ciudades se desperezan, los niños regresan a las aulas y los adultos a sus rutinas, y en el que —como cada año— nosotros también estrenamos cuaderno nuevo: este número de CLÍO Historia.

Y lo hacemos con un regalo de altura: un capítulo inédito de ‘Aníbal. El mayor enemigo de Roma’ (Ed. El Buey Mudo), el nuevo libro que se publica a finales de este mes sobre el estratega cartaginés que desafió a Roma y cuya sombra se proyecta aún hoy sobre el Mediterráneo. La figura de Aníbal, que inauguramos como eje de portada, nos invita a pensar en la historia como una fuerza de largo aliento, en la que las decisiones del pasado reverberan durante siglos.

La rentrée viene cargada de temas que conectan pasado y presente. ¿Cómo se inventaron las banderas nacionales y qué narrativas encubren? ¿Qué nos dice la historia del acceso a la vivienda —desde las ínsulas romanas hasta la burbuja del ladrillo— sobre nuestras urgencias actuales? ¿Y los populismos? ¿De dónde vienen los discursos que prometen lo imposible y arrastran multitudes? Este número explora esas preguntas con la intención de ofrecer herramientas de comprensión más que respuestas cerradas.

También hemos querido hacer zoom sobre lo cotidiano: repasamos la evolución del vestido negro como símbolo de poder, luto o transgresión; viajamos a la Bastilla antes de 1789 para entender cómo se construyó un mito político; y abrimos el cajón escolar para revisar la historia del retraso académico y las etiquetas que la escuela ha aplicado a los alumnos “lentos” a lo largo del tiempo.

Porque si septiembre es inicio de curso, también puede ser el inicio de una forma distinta de mirar la historia. Una que interroga, que conecta y que no subestima la complejidad. Esperamos que disfrute este número tanto como nosotros hemos disfrutado preparándolo.

Miguel Ángel Bargueño
DIRECTOR DE CLÍO HISTORIA





(Sumario)

6 Efemérides históricas

10 Actualidad histórica

12 1825, EL PRIMER TREN

LOCOMOTORA PIONERA

18 RETRASO ESCOLAR

INFANCIA Y NORMA

24 LA BASTILLA ANTES DEL 89

CÁRCEL Y MITO

30 EL PRECIO DE LA VIVIENDA

LADRILLO Y CODICIA

38 POPULISMOS DEL PASADO

VOZ DEL PUEBLO

46 ANÍBAL

ADELANTO EXCLUSIVO DE SU NUEVA BIOGRAFÍA

58 EL TRUCO DE LA BANDERA

SÍMBOLO Y PODER

66 CARLOS III EL NOBLE

MUERTE DE UN REY

72 EL ROBO DEL PATRIMONIO ESPAÑOL

SAQUEOS Y EXPOLIOS

80 EL TEATRO COMO ARMA

ESCENA Y POLÍTICA

86 LA HISTORIA DEL VESTIDO NEGRO

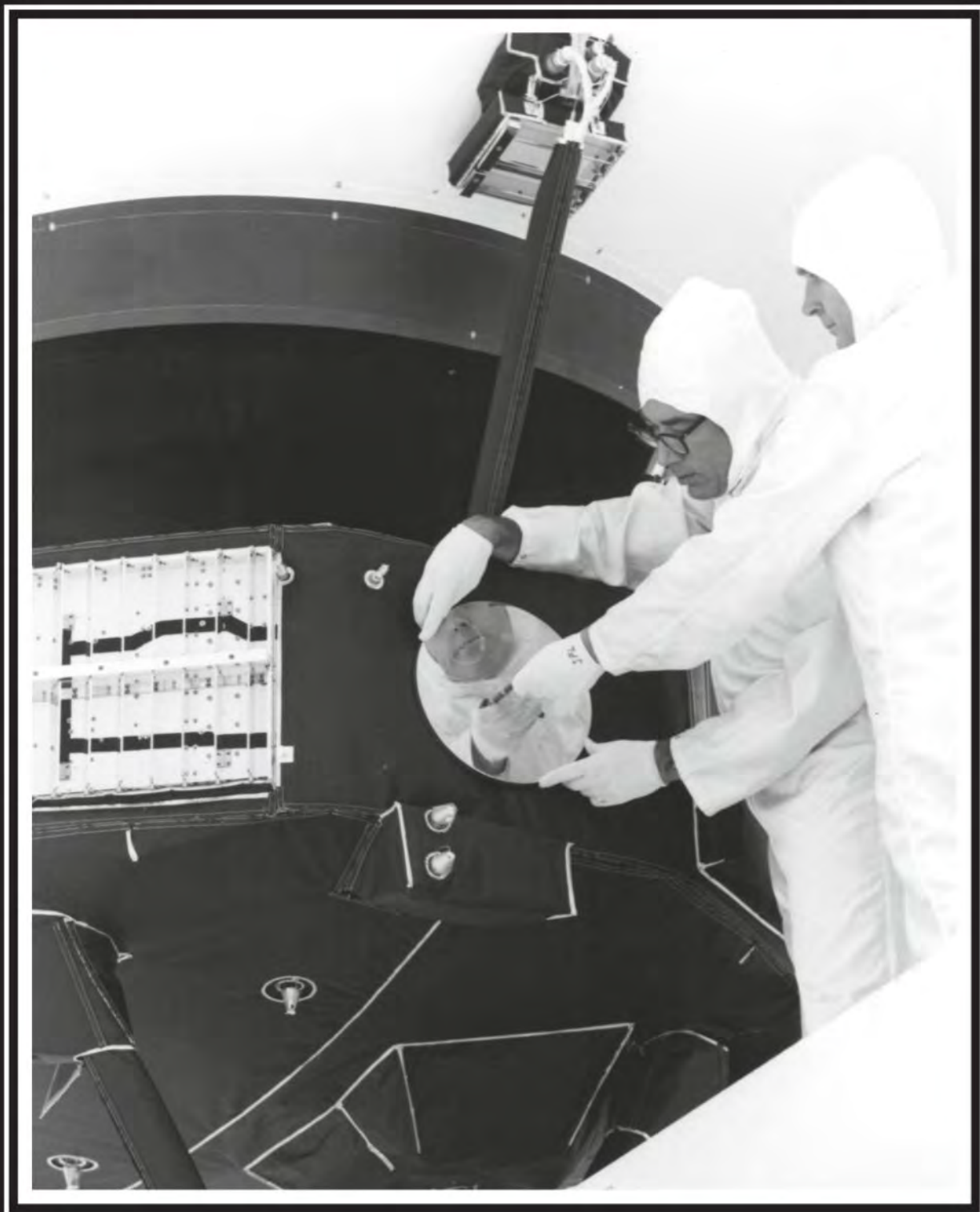
MODA Y MENSAJE

94 LIBROS HISTÓRICOS

98 SÓCRATES

SI LEVANTARA LA CABEZA

SEPTIEMBRE



1 ▶ **DE 1945**
JAPÓN FIRMA
LA RENDICIÓN
INCONDICIONAL A BORDO
DEL USS MISSOURI, LO
CUAL MARCA EL FIN
OFICIAL DE LA SEGUNDA
GUERRA MUNDIAL.

3 ▶ **DE 1939**
REINO UNIDO Y FRANCIA
DECLARAN LA GUERRA
A ALEMANIA TRAS LA
INVASIÓN DE POLONIA.

4 ▶ **DE 1781**
FUNDACIÓN DE EL PUEBLO DE LA REINA
DE LOS ÁNGELES, QUE LUEGO SERÍA LOS
ÁNGELES (CALIFORNIA).

6 ▶ **DE 1914**
COMIENZA LA PRIMERA BATALLA
DEL MARNE, DECISIVA PARA FRENAR
EL AVANCE ALEMÁN EN LA PRIMERA
GUERRA MUNDIAL.

7 ▶ **DE 1940**
INICIAN LOS BOMBARDEOS MASIVOS
SOBRE LONDRES, EPISODIO HISTÓRICO
CONOCIDO COMO "THE BLITZ".

8 ▶ **DE 1974**
EL PRESIDENTE GERALD R. FORD
INDULTA A RICHARD NIXON TRAS EL
ESCÁNDALO WATERGATE.

10 ▶ **DE 2001**
LA SONDA VOYAGER 1 SE
CONVIERTE EN EL PRIMER OBJETO
HUMANO EN ABANDONAR EL
SISTEMA SOLAR

2 ▶ **DE 1945**
JAPÓN FIRMA LA RENDICIÓN INCONDICIONAL A
BORDO DEL USS MISSOURI, LO CUAL MARCA EL FIN
OFICIAL DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL.



5 ▶ **DE 1972**
ATENTADO EN LOS JUEGOS
OLÍMPICOS DE MÚNICH: ONCE
ATLETAS ISRAELÍES SON ASESINADOS
POR EL GRUPO SEPTIEMBRE NEGRO.

9 ▶ **DE 1976**
FALLECE MAO ZEDONG, LÍDER
COMUNISTA CHINO.



11

► DE 2001

ATENTADOS TERRORISTAS EN EE.UU. DESTRUYEN LAS TORRES GEMELAS Y PARTE DEL PENTÁGONO; CASI 3.000 VÍCTIMAS.

12

► DE 1948

FINALIZA EL PUENTE AÉREO DE BERLÍN, TRAS 15 MESES DE ABASTECIMIENTO AÉREO A LA CIUDAD BLOQUEADA.

13

► DE 1959

LA SONDA SOVIÉTICA LUNA 2 SE CONVIERTE EN EL PRIMER OBJETO HUMANO EN IMPACTAR LA LUNA.



14

► DE 1960

SE FIRMA LA CREACIÓN DE LA OPEP EN BAGDAD.

15

► DE 1821

CENTROAMÉRICA ANUNCIA LA INDEPENDENCIA DE ESPAÑA, ADOPTANDO EL PLAN DE INDEPENDENCIA.

16

► DE 1810

EL PADRE HIDALGO LANZA EL GRITO DE DOLORES, INICIANDO LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO.



17

► DE 1976

SE PRESENTA EL TRANSBORDADOR ESPACIAL ENTERPRISE, PROTOTIPO DEL PROGRAMA ESTADOUNIDENSE.

18

► DE 1975

LA MILITANTE PATRICIA HEARST ES CAPTURADA EN SAN FRANCISCO TRAS SU SECUESTRO Y COLABORACIÓN CON EL SLA.

19

► DE 1975

EL RÉGIMEN DE POL POT EN CAMBOYA PROHÍBE EL DINERO Y CIERRA ESCUELAS AL INICIO DE SU DICTADURA RADICAL.

20

► DE 1976

NAUFRAGIO DE UN FERRY MILITAR BRITÁNICO EN EL MAR DEL NORTE; 12 RESERVISTAS FALLECEN.

21

► **DE 1932**

SE INAUGURA EL MUSEO SOLOMON R. GUGGENHEIM EN NUEVA YORK.

23

► **DE 1846**

DESCUBRIMIENTO FORMAL DE NEPTUNO POR JOHANN GALLE TRAS LOS CÁLCULOS DE URBAIN LE VERRIER.

22

► **DE 1869**

ESTÁ EN CIRCULACIÓN POR PRIMERA VEZ UN BOLETO CON IMPRESIÓN ROTATIVA; UN AVANCE EN TECNOLOGÍA DE IMPRENTA.

24

► **DE 2005**

EL HURACÁN RITA TOCA TIERRA EN ESTADOS UNIDOS, DEVASTANDO PARTES DEL SUROESTE DE LUISIANA Y EL EXTREMO SURESTE DE TEXAS.

25

► **DE 1513**

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA AVISTA POR PRIMERA VEZ EL OCÉANO PACÍFICO DESDE PANAMÁ.



26

► **DE 1983**

EL AVIÓN COREANO KAL 007 ES DERRIBADO POR LA UNIÓN SOVIÉTICA, DESATANDO UNA GRAVE CRISIS INTERNACIONAL.

27

► **DE 1825**

LA LOCOMOTORA LOCOMOTION NO. 1 REALIZA EL PRIMER VIAJE OFICIAL DE PASAJEROS EN STOCKTON-DARLINGTON.

28

► **DE 1928**

ALEXANDER FLEMING DESCUBRE LA PENICILINA POR ACCIDENTE, REVOLUCIONANDO LA MEDICINA.

30

► **DE 1918**

T. E. LAWRENCE (LAWRENCE DE ARABIA) Y TROPAS ALIADAS LIBERAN DAMASCO DEL DOMINIO OTOMANO.



29

► **DE 1971**

GREENPEACE ZARPA POR PRIMERA VEZ DESDE VANCOUVER EN EL BUQUE PHYLLIS CORMACK.

HALLAN CALZADO ROMANO XXL

En la evocadora tierra al norte del Muro de Adriano, los arqueólogos han desenterrado un tesoro inesperado: zapatos romanos de proporciones insólitas. Surgieron del fango y la historia en Magna, un antiguo fuerte romano que floreció entre los años 85 y 122 d.C., en un terreno famoso por conservar de forma excepcional el cuero. Desde mayo, se han recuperado ocho de estas zapatillas de cuero con más de 30 centímetros de longitud, algunas equivalentes a un calzado hombre moderno entre las tallas 46 y 48. La mayoría de los zapatos hallados en Vindolanda, otro enclave cercano, no supera esa medida; allí solo el 0,4 % alcanza ese tamaño. Pero en Magna, un sorprendente 25 % del calzado supera los 30 cm, lo que abrió una ventana sorprendente sobre quienes podíamos imaginar caminando por aquel lugar.

La conservadora Rachel Frame —a cargo de las excavaciones— comenta que, aunque la hipótesis de personas excepcionalmente altas y de pies también grandes tiene sentido, aún no se sabe con certeza. El registro funerario de la zona no está suficientemente excavado como para confirmarlo. El arqueólogo Tim Penn propone dos escenarios alternativos. El primero: se trate de botas diseñadas para llevar varias capas de calcetines junto a plantillas de abrigo en inviernos crueles, especialmente si los soldados venían de regiones menos frías, como Siria. El otro: el calzado pudo haber sido adaptado para miembros con pie inflamado o vendajes médicos severos.

La explicación no está clara, pero ese misterio es un ejemplo vivo del método arqueológico: frente al titular de “arqueólogos perplejos”, el rigor profesional plantea hipótesis basadas en evidencias fragmentarias, con cautela y curiosidad. En cualquier caso, estos zapatos no solo sorprenden por su tamaño, sino por lo que representan: la huella humana más íntima de la diversidad y el viaje físico desde el pasado romano hasta nuestros días.



EL MONASTERIO QUE CUIDABA A LOS VIVOS... Y A LOS MORIBUNDOS

En la apacible localidad de Cookham, al borde del río Támesis, un equipo de estudiantes y arqueólogos de la Universidad de Reading ha desenterrado algo más que huesos. En los restos de un monasterio del siglo VIII, los esqueletos encontrados hablan no solo de muerte, sino de cuidado. Y quizá de compasión.

Desde 2021, este yacimiento ha sido el escenario de una excavación estival dirigida por el arqueólogo Thomas Hayes. Este año, sin embargo, ha surgido algo extraordinario: señales en los restos humanos que indican la existencia de cuidados al final de la vida, en una época en que la medicina aún no distinguía entre curar el cuerpo y salvar el alma. “Es muy probable que estemos ante uno de los primeros casos documentados de atención a enfermos terminales en las islas británicas”, señala Hayes. Marcas compatibles con escaras —las dolorosas úlceras por presión—, junto con signos de tratamiento y cuidado prolongado, apuntan a una comunidad religiosa que no solo rezaba por los moribundos, sino que los acompañaba físicamente hasta el final.

Para Thalia Argrave, una de las estudiantes de primer año que participan en la excavación, la experiencia ha sido transformadora: “Es un recordatorio constante de que estas personas vivieron sus vidas igual que nosotros, y ahora volvemos a encontrarlas”. El lugar está sembrado de esqueletos, muchos de ellos juveniles, que emergen con delicadeza bajo las brochas, paletas y cubos del equipo. Eleanor Rawlings, otra de las estudiantes, confiesa que ahora comprende “el trabajo inmenso que supone cada objeto en un museo”, tras horas retirando tierra grano a grano.

El yacimiento se ha convertido en una escuela viviente para los futuros arqueólogos. “Cada estudiante que entra en la trinchera se enfrenta a preguntas reales, a restos reales, a vidas que dejaron huella en el barro”, añade. Y lo que encuentran no son solo datos: son fragmentos de humanidad.

WINSTON, EL ORNITORRINCO QUE NO SOBREVIVIÓ A LA GUERRA

Durante los oscuros años de la Segunda Guerra Mundial, Australia intentó ganarse el favor de Londres con un gesto tan inusual como desesperado: enviarle a Winston Churchill un ornitorrinco. Un embajador con pico de pato, cola de castor y cuerpo de nutria que debía suavizar las tensiones entre una colonia angustiada y una metrópoli absorbida por Europa. El destino del singular mensajero sería, sin embargo, tan extraño como la criatura misma.

Lo llamaron Winston, claro. Su misión: cruzar medio mundo, desde un río cercano a Melbourne hasta el despacho del primer ministro británico. Para el viaje, se acondicionó un "platypusario" portátil, con agua de arroyo, túneles de heno y un menú de 50.000 lombrices. Un asistente fue embarcado con la única función de atender a Su Ornitorrinqueidad durante los 45 días de travesía.

Días antes de su llegada, el joven Winston apareció muerto en su cubículo acuático. Se le preservó, embalsamó y depositó discretamente en una estantería sin honores ni prensa. Oficialmente, no había existido. Para colmo, circularon rumores de que el encuentro con un submarino nazi lo había matado por puro estrés: el ornitorrinco, dijeron, no pudo soportar las explosiones cercanas. Durante décadas, el relato quedó sepultado bajo el peso del silencio. Hasta que dos equipos —uno en Melbourne, otro en Sídney— decidieron rastrear documentos, diarios de a bordo y archivos científicos para desenterrar la verdad.

Lo que descubrieron fue más prosaico, y más cruel. Según las notas del cuidador, no hubo explosiones ni sobresaltos. Lo que sí hubo fue calor. Mucho calor. Durante la travesía ecuatorial, las temperaturas del agua superaron los 27 °C: el umbral fatal para una especie acostumbrada a los arroyos frescos del sur australiano. Con la dieta en descenso y el agua cada vez más cálida, Winston murió lentamente, cocido por la incompetencia humana.



CLIO

¡COMPLETA LA COLECCIÓN!

NÚMEROS ANTERIORES



PÍDELOS EN LA WEB:
www.casualmagazines.com

LA VÍA QUE CAMBIÓ EL MUNDO

200 AÑOS DEL PRIMER TREN DE PASAJEROS

El 27 de septiembre de 1825, la locomotora Locomotion No. 1 partía de Shildon rumbo a Stockton, en el noreste de Inglaterra, arrastrando vagones de carbón... y también a un puñado de pasajeros. Era el primer trayecto público de un tren que combinaba transporte de mercancías y de personas, y marcaba el nacimiento del ferrocarril moderno. Doscientos años después, su eco sigue resonando en la manera en que viajamos, trabajamos y concebimos las distancias.

POR **ÁNGEL CABALLERO**

Cuando la Locomotion No. 1 hizo su histórico viaje en septiembre de 1825, el ferrocarril no surgía de la nada. Era el resultado de décadas de ensayos y perfeccionamientos que habían transformado un rudimentario sistema de transporte minero en una red capaz de mover mercancías y, finalmente, personas. En la Inglaterra del siglo XVIII, las minas de carbón y de hierro habían desarrollado vías de madera —y más tarde de hierro fundido— para facilitar el transporte de mineral mediante vagonetas tiradas por caballos. Eran los llamados wagonways, que recorrían cortas distancias entre las bocaminas y los canales o puertos fluviales.

El salto hacia la locomoción mecánica llegó con el vapor. En 1804, el ingeniero galés Richard Trevithick construyó la primera locomotora a vapor que circuló sobre raíles, en la línea de Penydarren, en Gales del Sur. Aunque el experimento demostró que era técnicamen-

te posible, el peso de la máquina dañaba las vías y el sistema no tuvo continuidad inmediata. Sin embargo, Trevithick había plantado la semilla.

Durante las primeras décadas del siglo XIX, en el noreste de Inglaterra —condados de Durham y Northumberland—, la concentración de minas y la necesidad de transportar grandes volúmenes de carbón al mar crearon el escenario perfecto para innovar. Empresas y particulares experimentaban con raíles de hierro laminado, locomotoras más ligeras y calderas más eficientes. Entre ellos destacaba George Stephenson, un autodidacta nacido en 1781 en Wylam, que trabajó como fogonero y mecánico antes de diseñar sus propias locomotoras.

Stephenson comprendió que el futuro del transporte no residía solo en perfeccionar las máquinas, sino en crear líneas dedicadas, con trazados optimizados y una gestión empresarial que garantizara la viabilidad económica. Su experiencia en la mina de Killingworth y su éxito con locomotoras como la Blücher ►►

Locomotion No. 1 en el Beamish Museum.



►► (1814) le dieron la credibilidad necesaria para liderar el que sería el primer ferrocarril moderno: la Stockton and Darlington Railway.

El origen de la línea que haría historia se encuentra en un empresario de Darlington, Edward Pease, dedicado al comercio de lana pero con intereses en el transporte de carbón. En 1818, Pease obtuvo autorización parlamentaria para construir una línea férrea de unos 40 kilómetros entre las minas de Shildon y el puerto de Stockton-on-Tees, siguiendo la ruta del río Tees. El objetivo era abaratar y agilizar el traslado del carbón, clave para abastecer tanto a la industria local como a los barcos que lo exportaban.

La idea inicial era emplear caballos para arrastrar los vagones, pero el encuentro de Pease con George Stephenson en 1821 cambió el rumbo del proyecto. Stephenson convenció a Pease de que la locomoción a vapor era el futuro y se comprometió a diseñar las máquinas y supervisar la construcción de la vía. El trazado, con raíles de hierro forjado y una pendiente moderada, estaba pensado para optimizar el rendimiento de las locomotoras, aunque todavía se usarían caballos en ciertos tramos y para maniobras en los apartaderos.

Uno de los aspectos más innovadores fue la decisión de admitir pasajeros. Aunque el objetivo principal seguía siendo el transporte de carbón, Pease comprendió que permitir el viaje de personas podía generar ingresos adicionales

y consolidar la popularidad del ferrocarril. Así nació el germen del transporte ferroviario moderno: una línea que combinaba mercancías y pasajeros en un mismo servicio regular.

La compañía Stockton and Darlington Railway se constituyó formalmente en 1821, con Stephenson como ingeniero jefe. Se encargaron cuatro locomotoras, siendo la Locomotion No. 1 la más emblemática, y se preparó un parque de vagones para carbón y otros adaptados para pasajeros, con bancos de madera y sin protección lateral. Lo que iba a ocurrir el 27 de septiembre de 1825 no era solo la inauguración de una línea, sino la demostración pública de que el ferrocarril podía ser una herramienta para transformar la economía... y la manera de viajar.

El viaje inaugural del 27 de septiembre de 1825

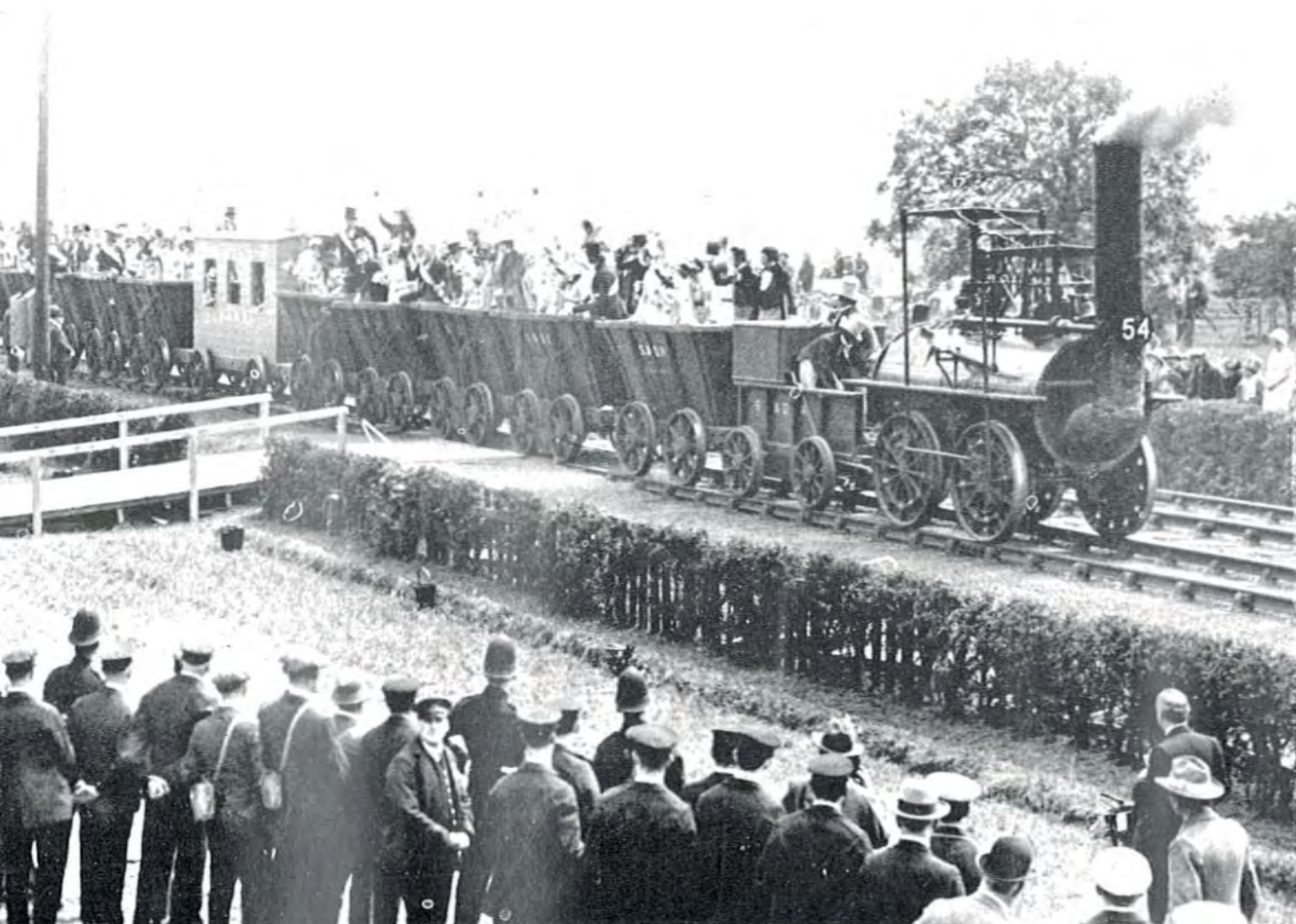
La mañana del 27 de septiembre de 1825 amaneció fresca y despejada en Shildon, un pequeño núcleo minero del condado de Durham. Allí aguardaba la Locomotion No. 1, recién construida en los talleres de Stephenson en Newcastle. La máquina, de 6 toneladas de peso y una caldera tubular, podía alcanzar unos 24 km/h en condiciones óptimas, aunque en el servicio normal rara vez superaba los 15. Llevaba pintadas en sus costados las iniciales S&DR (Stockton and Darlington Railway), símbolo de un proyecto que ya despertaba curiosidad en toda Inglaterra.

A las diez en punto, Stephenson, vestido con levita y sombrero de copa, subió a la cabina para conducir el tren inaugural. Tras ella, 12 vagones cargados con 90 toneladas de carbón, y, en la parte posterior, un vagón de pasajeros llamado Experiment, con bancos de madera y abierto por los lados. Allí se acomodaron directivos de la compañía, invitados especiales y vecinos de la zona que habían conseguido plaza para vivir el acontecimiento.

El silbido de vapor, inédito para la mayoría de los presentes, marcó el inicio del viaje. Miles de personas se apostaron a lo largo de la vía para presenciar el paso de aquella "máquina humeante" que avanzaba a una velocidad desconocida para el transporte terrestre. Según

Fotografía de la locomotora Locomotion No 1.





crónicas de la época, en algunos tramos descendentes la Locomotion No. 1 alcanzó los 24 km/h, provocando exclamaciones de asombro y algún que otro susto entre los pasajeros.

El recorrido de unos 40 kilómetros hasta Stockton duró cerca de tres horas, con paradas para repostar agua y revisar la maquinaria. A su llegada, una multitud celebró el evento como un triunfo local. Lo que para muchos había sido una curiosidad mecánica se revelaba como una nueva forma de viajar: rápida, regular y capaz de unir distancias antes reservadas a quienes podían costearse diligencias o caballos.

El impacto fue inmediato. Periódicos como *The Times* recogieron la noticia, subrayando que no solo se trataba de un hito técnico, sino del inicio de una era en la que el transporte de personas y mercancías compartiría la misma vía y el mismo calendario.

El éxito de la inauguración de la Stockton and Darlington Railway envió un mensaje claro a empresarios e ingenieros: el ferrocarril no

era un experimento, sino una oportunidad de negocio y desarrollo económico. En apenas una década, el Reino Unido pasó de tener unas pocas decenas de kilómetros de vías a miles, tejiendo una red que unía minas, puertos, fábricas y ciudades.

La lógica inicial era industrial: el carbón seguía siendo la carga más importante, y las locomotoras se diseñaban para arrastrar grandes volúmenes a bajo coste. Sin embargo, la demanda de transporte de pasajeros creció rápidamente. Comerciantes, trabajadores y familias descubrieron que el tren permitía desplazamientos más rápidos y cómodos que las carreteras de la época, muchas de ellas en mal estado.

En paralelo, surgieron nuevas profesiones ligadas al ferrocarril: maquinistas, guardafrenos, revisores, telegrafistas, ingenieros de vía. Las estaciones se convirtieron en centros de actividad económica y social, y algunas ciudades, como Crewe o Swindon, crecieron alrededor de los talleres y depósitos ferroviarios. ►►

▼
Locomotion No 1
en la celebración
del centenario
de su primer
viaje, en 1925.

►► La expansión también impulsó la estandarización técnica. Stephenson promovió el ancho de vía de 1.435 mm —hoy conocido como “ancho estándar”—, lo que permitió que locomotoras y vagones pudieran circular sin cambios a lo largo de distintas líneas. Esta uniformidad fue crucial para la interconexión de redes y la eficiencia del transporte.

En menos de 30 años, el modelo británico se exportó a Europa, América y Asia. Las primeras líneas españolas, como la Barcelona-Mataró (1848), siguieron de cerca la experiencia inglesa, aunque adaptadas a anchos y condiciones locales. El ferrocarril se había convertido en el símbolo más visible de la Revolución Industrial, uniendo mercados y acortando distancias a un ritmo sin precedentes en la historia humana.

historia, los desplazamientos podían calcularse con precisión y cumplir un horario regular. Esta nueva puntualidad marcó el nacimiento de los timetables y la necesidad de sincronizar relojes en ciudades y pueblos conectados por la vía.

La reducción drástica del tiempo de viaje alteró la percepción del espacio. Lugares que antes parecían remotos se convirtieron en destinos accesibles para un día o un fin de semana. Esto sentó las bases del turismo moderno: compañías como Thomas Cook comenzaron en los años 1840 a organizar excursiones y viajes organizados en tren, ofreciendo a las clases medias la posibilidad de visitar balnearios, ciudades históricas o paisajes naturales.

El tren también tuvo un impacto cultural notable. Inspiró a novelistas como Charles Dickens, que en *Dombey and Son* (1848) describía la llegada del ferrocarril como un “monstruo de hierro” que abría paso a la modernidad, y a pintores como William Powell Frith, autor de *The Railway Station*, que capturó la vida bulliciosa en los andenes. La fotografía y, más tarde, el cine aprovecharon la estética del tren como símbolo de movimiento y progreso.

No menos importante fue el efecto en la movilidad laboral. Los trabajadores podían residir

El tren como revolución social y cultural

El ferrocarril no solo transformó la economía; también cambió la manera en que las personas percibían el mundo. Antes de su llegada, el tiempo de viaje dependía del estado de los caminos, de la resistencia de los caballos o de la climatología. Con el tren, por primera vez en la

▼
Mural de Locomotion No 1 en el aparcamiento de la calle Bishop, muy cerca de la estación de Stockton.



en ciudades satélite y desplazarse diariamente a fábricas o centros de servicios, una práctica que dio origen a los primeros commuters. El ferrocarril permitió también una distribución más amplia de periódicos, mercancías perecederas y correo, conectando comunidades con mayor rapidez y frecuencia.

En el plano simbólico, el tren representó el triunfo de la técnica sobre las limitaciones naturales, pero también despertó recelos. Algunos temían que la velocidad afectara a la salud o que el humo y el ruido arruinaran los paisajes rurales. Sin embargo, a medida que la red crecía, el ferrocarril se integró en la vida cotidiana hasta convertirse en un elemento inseparable de la modernidad decimonónica.

Doscientos años después de aquel viaje inaugural, la Locomotion No. 1 sigue siendo un icono. Conservada en el Museo Ferroviario de Shildon, forma parte de la colección del National Railway Museum británico y, cada aniversario, es centro de actos conmemorativos que incluyen recreaciones del recorrido de 1825, exposiciones y conferencias. La línea original, aunque muy modificada, se considera patrimonio histórico y ha sido objeto de rutas turísticas que combinan tramos ferroviarios con senderos y visitas a antiguos talleres.

Las celebraciones del bicentenario en 2025 están concebidas como un homenaje no solo a la máquina y a sus creadores, sino a todo un sistema que cambió el mundo. Habrá trenes históricos circulando por tramos restaurados, publicaciones conmemorativas y actividades educativas en escuelas para explicar a las nuevas generaciones cómo el ferrocarril impulsó la Revolución Industrial.

En el plano técnico, la herencia de la Stockton and Darlington Railway es incuestionable. El concepto de línea mixta para mercancías y pasajeros, la estandarización del ancho de vía y la organización empresarial que adoptó la compañía se convirtieron en referencia para redes ferroviarias de todo el planeta. Incluso en la era del avión y del automóvil, el tren ha sabido adaptarse, ofreciendo alta velocidad, intermodalidad y soluciones sostenibles para el transporte de masas.

El bicentenario es también una ocasión para reflexionar sobre el futuro del ferrocarril. Con la crisis climática y la necesidad de reducir emisiones, muchos países vuelven a ver en el tren

UN PASAJERO IMPREVISTO EN EL VIAJE INAUGURAL

En el histórico trayecto del 27 de septiembre de 1825, entre los directivos de la compañía, curiosos locales y periodistas, viajó un pasajero inesperado: un gallo. Según relatan crónicas recogidas años después en el Darlington & Stockton Times, uno de los trabajadores de la línea colocó su gallo favorito en una jaula en el vagón de pasajeros para “estrenar” el servicio y darle buena suerte.

Durante el trayecto, el ave soportó el traqueteo y el silbido del vapor con una serenidad que asombró a los presentes. Al llegar a Stockton, fue recibido como una especie de talismán viviente y, según la tradición oral, el gallo siguió apareciendo en actos de la compañía durante varios meses, convertido en una pequeña celebridad local.

La anécdota simboliza el espíritu de aquel día: mezcla de innovación tecnológica y orgullo comunitario, donde lo extraordinario y lo cotidiano viajaron juntos sobre los mismos raíles.



una herramienta clave para la movilidad del siglo XXI. La historia de la Locomotion No. 1 nos recuerda que la innovación técnica, cuando se une a la visión empresarial y social, puede cambiar radicalmente nuestra manera de vivir.

Lo que empezó como una solución para transportar carbón al puerto acabó abriendo un camino que todavía recorremos. La vía de 1825 no solo unió Stockton y Darlington; tendió un puente entre dos mundos: el de la economía preindustrial y el de la modernidad sobre raíles.



H

GOSPEL PRIMER



os

LENTOS, APLICADOS Y SUPERDOTADOS

HISTORIA DE UNA CLASIFICACIÓN ESCOLAR

Cada septiembre, el inicio del curso escolar reactiva una maquinaria que parece eterna: aulas llenas, profesores con cuadernos de evaluación y una clasificación implícita que, desde muy pronto, divide a los alumnos entre “rápidos” y “lentos”. Hoy hablamos de diversidad de ritmos y de necesidades educativas especiales, pero estas etiquetas tienen una historia. Desde las primeras escuelas públicas hasta las políticas educativas del siglo XX, el sistema escolar ha definido qué es un alumno “normal” y quién se desvía de esa norma. Esa historia, a menudo invisible, revela cómo la educación ha sido también un mecanismo de clasificación social.

POR **FERNANDO RODRÍGUEZ**

Septiembre. El olor a cuadernos nuevos, las pizarras recién limpiadas y los pasillos que vuelven a llenarse de voces y pasos. La escena es familiar en cualquier parte del mundo: alumnos alineados en pupitres, un profesor que repasa la lista y una energía de comienzo que mezcla nervios y expectativas. Pero, en medio de ese ritual, hay algo que apenas se percibe y que, sin embargo, marca la experiencia de cada niño: la clasificación implícita que divide a la clase en “los que van bien” y “los que se retrasan”.

En el lenguaje escolar actual hablamos de diversidad, de atención individualizada y de inclusión, pero durante siglos la educación formal ha operado sobre un concepto central:

la “normalidad” del alumno. Esta normalidad se mide en tiempos, en la capacidad de seguir el ritmo del grupo y de asimilar los contenidos que marca el programa. El que se adelanta demasiado o se queda atrás es, de algún modo, “diferente”, y su trayectoria escolar se define a partir de esa diferencia.

La idea de que todos los niños deben aprender lo mismo al mismo tiempo es relativamente reciente. Antes del siglo XIX, las aulas eran espacios heterogéneos, con edades mezcladas y avances desiguales. No existía un cronómetro pedagógico que dictara cuándo debía saberse leer o resolver una división. Fue la escolarización masiva, ligada a la industrialización y a la necesidad de formar ciudadanos funcionales, la que impuso un ritmo común y un estándar de rendimiento. ▶▶



►► Ese estándar trajo consigo el nacimiento de etiquetas. Desde el primer día de curso, el maestro (y después el sistema) tomaba nota de quién respondía rápido, quién parecía distraído o quién necesitaba más tiempo. Con el tiempo, estas observaciones se transformaron en categorías formales, respaldadas por la psicología y la pedagogía, y con consecuencias duraderas para la vida de los estudiantes.

Antes de que existiera un sistema educativo nacional, la enseñanza dependía de parroquias, municipios o iniciativas privadas. En la España del Antiguo Régimen, las escuelas parroquiales enseñaban a leer, escribir y contar a un grupo reducido de niños, la mayoría varones, en una misma sala. El progreso de cada alumno dependía tanto de su esfuerzo como de la atención que el maestro podía dedicarle, y no había una expectativa uniforme sobre cuándo alcanzar ciertos hitos.

En el siglo XVIII, con el impulso ilustrado, comenzaron a aparecer propuestas para racionalizar la enseñanza. Autores como Gaspar Melchor de Jovellanos defendían la necesidad de “instrucción pública” para todos, con métodos más sistemáticos y currículos definidos. Sin embargo, aún no existía un consenso sobre cómo tratar las diferencias de ritmo y capacidad: la prioridad era, simplemente, escolarizar.

Fue la Revolución Industrial la que cambió las reglas del juego. La demanda de mano de obra alfabetizada y mínimamente instruida llevó a muchos países europeos a implantar leyes de escolaridad obligatoria. En España, la Ley Moyano de 1857 estableció un sistema nacional con niveles graduados y programas oficiales. La clase se organizó por edades y cursos, y se fijaron objetivos claros para cada año escolar.

Este modelo, eficaz para gestionar grandes grupos, introdujo una consecuencia no siempre prevista: si había un programa común, también había un margen de tiempo “normal” para aprenderlo. Los niños que no cumplían con esos plazos quedaban marcados como rezagados. El maestro, ahora funcionario del Estado, tenía la tarea no solo de enseñar, sino de medir y registrar los avances, lo que dio origen a las primeras formas sistemáticas de evaluación escolar.

La invención de la inteligencia medible

A finales del siglo XIX, el concepto de “normalidad” escolar recibió un refuerzo decisivo desde la ciencia: la psicometría. La idea de que las capacidades intelectuales podían medirse, clasificarse y expresarse en cifras transformó la manera en que las escuelas entendían el aprendizaje.

El punto de partida suele situarse en Francia, en 1905, cuando Alfred Binet y Théodore Simon, por encargo del Ministerio de Educación, diseñaron un test para identificar a los niños que necesitaban apoyo especial. La intención original no era etiquetar ni excluir, sino ofrecerles ayuda para alcanzar el nivel medio de su clase. El Test Binet-Simon medía memoria, razonamiento, vocabulario y otras habilidades, y asignaba una “edad mental” al alumno. Si la edad mental era inferior a la cronológica, se consideraba que el niño estaba “retrasado” en su desarrollo.

El sistema fue adoptado, adaptado y, a menudo, malinterpretado en distintos países. En Estados Unidos, Lewis Terman reformuló la prueba y creó el famoso cociente intelectual (CI), que se popularizó a partir de la Primera Guerra Mundial. Lo que nació como herramienta diagnóstica se convirtió en instrumen-

to de clasificación, no solo para la educación, sino también para justificar políticas segregacionistas o selectivas.

En España, las primeras pruebas de este tipo llegaron en las décadas de 1910 y 1920, usadas por psicopedagogos en escuelas experimentales y, más tarde, en colegios públicos. El discurso científico reforzó la idea de que existían límites objetivos a lo que un niño podía aprender, y que detectarlos cuanto antes permitía “ubicarlo” en el lugar correcto del sistema.

Este cambio tuvo consecuencias profundas. El rendimiento escolar dejó de evaluarse únicamente por las notas o por la impresión del maestro y pasó a estar vinculado a un perfil psicológico medido con instrumentos estandarizados. A partir de entonces, las etiquetas de “lento”, “normal” o “superdotado” empezaron a tener un respaldo “técnico” que influía en las trayectorias académicas, a menudo de forma irreversible.

Con la expansión de la escolarización y la introducción de la medición de capacidades, el aula se convirtió en un espacio segmentado. A mediados del siglo XX, en muchos países, incluida España, se instauraron las clases de

nivel: grupos de alumnos homogéneos en rendimiento, donde los más avanzados recibían programas acelerados y los más rezagados trabajaban contenidos adaptados o repetían curso.

En el extremo superior, la identificación de los llamados “superdotados” llevó a la creación de programas especiales, becas y centros de alto rendimiento. En el inferior, se multiplicaron las “escuelas especiales” para niños con dificultades de aprendizaje o discapacidades, bajo un paradigma asistencial que buscaba separarlos del aula ordinaria.

El problema es que esta clasificación no siempre respondía a diferencias reales de capacidad, sino a factores sociales y culturales. Estudios de la UNESCO en los años 60 y 70 mostraron que el origen socioeconómico influía fuertemente en el rendimiento escolar y, por tanto, en la ubicación del alumno en uno u otro grupo. La etiqueta de “lento” podía deberse más a un déficit de estímulos en casa o a barreras lingüísticas que a una limitación cognitiva.

Además, las expectativas del profesor jugaban un papel decisivo. La llamada “profecía ►►



►► autocumplida” —documentada por Rosenthal y Jacobson en su célebre experimento de 1968— demostraba que cuando un docente creía que un alumno tenía altas capacidades, tendía a ofrecerle más atención y mejores oportunidades, lo que acababa mejorando sus resultados. Lo contrario ocurría con los que consideraba menos capaces.

Así, el aula graduada y clasificada sirvió para gestionar grandes grupos, pero también consolidó desigualdades. Quien entraba en el curso etiquetado como “lento” rara vez salía de él. Y quien era considerado “rápido” tenía garantizado un recorrido más rico, no siempre por mérito propio, sino por el sesgo implícito del sistema.

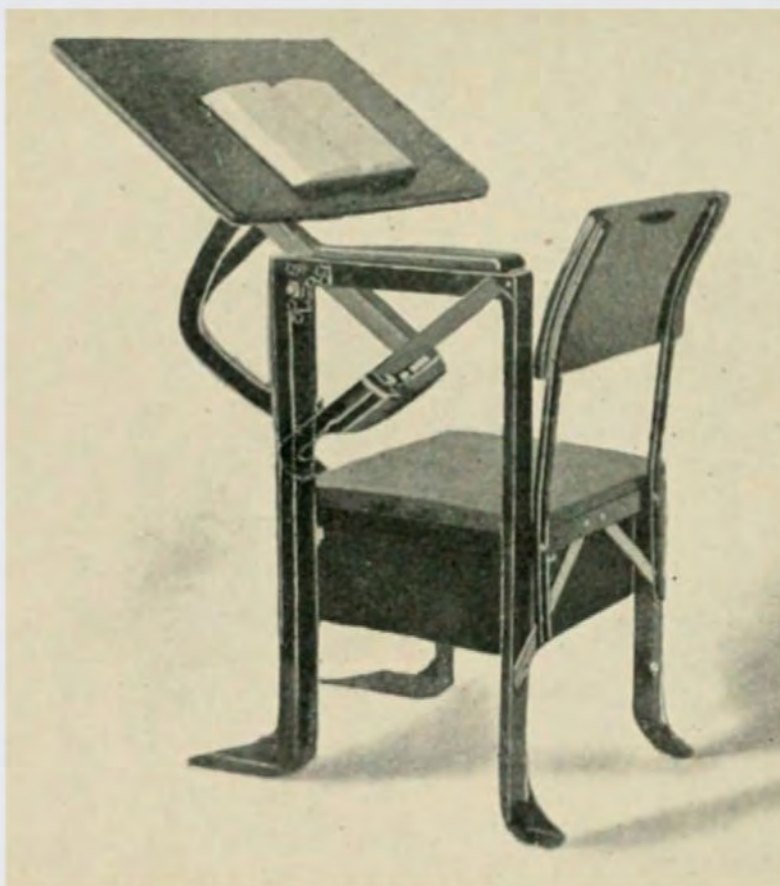
Del déficit al derecho: giro en la mirada

A partir de los años 70, una combinación de cambios políticos, avances científicos y movimientos sociales empezó a cuestionar el paradigma segregador. En países como Suecia, Italia o Canadá surgió con fuerza el concepto de integración escolar, que defendía que los niños con distintos ritmos y capacidades debían aprender juntos, con apoyos específicos, en lugar de ser enviados a centros separados.

En España, la Ley General de Educación de 1970 abrió tímidamente la puerta a esta visión, aunque fue la LOGSE de 1990 la que incorporó de forma explícita la atención a la diversidad y la integración del alumnado con necesidades educativas especiales (NEE) en centros ordinarios. El lenguaje cambió: se pasó de hablar de “retraso” a hablar de “necesidades”, de “déficit” a “adaptación curricular”.

Este giro tuvo un componente ético y otro pedagógico. Ético, porque respondía a una idea de justicia social: la educación es un derecho y no un privilegio condicionado por el rendimiento inicial. Pedagógico, porque la investigación demostró que la diversidad en el aula enriquece el aprendizaje colectivo y favorece la empatía y la cooperación.

La integración vino acompañada de recursos nuevos: maestros de apoyo, orientadores escolares, aulas de refuerzo, programas de diversificación. También de la introducción de metodologías más flexibles, como el aprendizaje

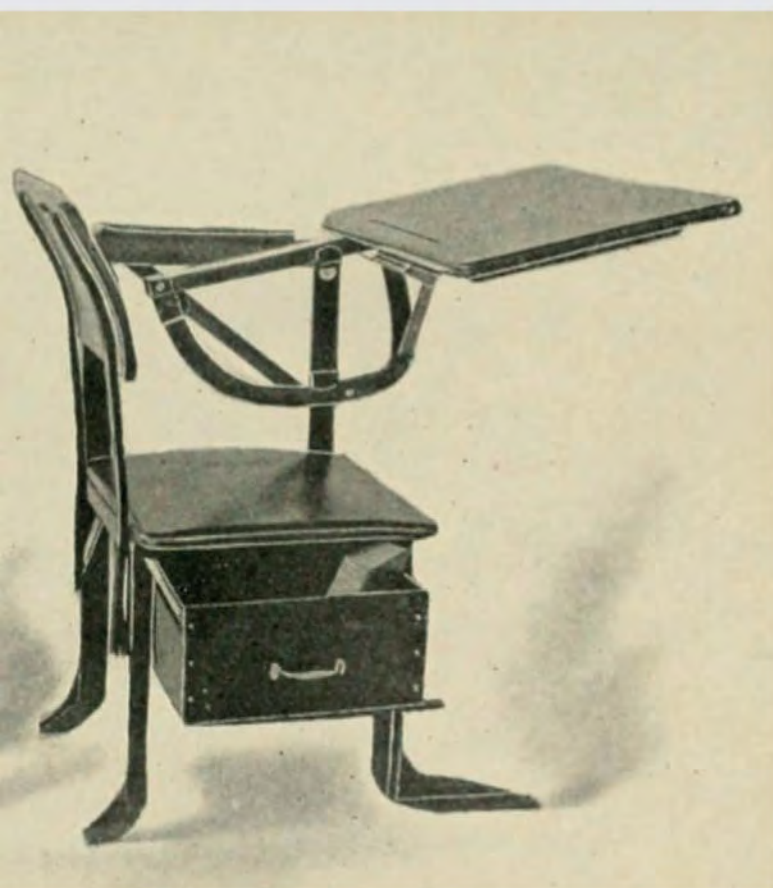


cooperativo o la enseñanza multinivel. Sin embargo, la práctica distaba de ser perfecta. La falta de formación específica para el profesorado, los recursos limitados y la persistencia de prejuicios seguían dificultando la plena inclusión.

Aun así, el cambio de mirada fue profundo. El objetivo dejó de ser que todos aprendieran al mismo ritmo para pasar a que todos aprendieran según sus posibilidades, sin perder el contacto con el grupo de referencia. El aula se convertía, al menos en teoría, en un espacio menos jerárquico y más adaptado a la diversidad real del alumnado.

En la escuela del siglo XXI, la integración y la inclusión son principios oficialmente asumidos, pero las etiquetas no han desaparecido. Aunque ya no se hable de “lentos” y “rápidos” en términos explícitos, la lógica de la clasificación persiste en exámenes estandarizados, itinerarios diferenciados y expectativas del profesorado.

Los diagnósticos psicopedagógicos, cada vez más precisos, han multiplicado las categorías:



TDAH, dislexia, altas capacidades, trastornos del espectro autista... Esta especialización ha permitido ofrecer apoyos más ajustados, pero también corre el riesgo de encasillar al alumno en un perfil fijo. La pregunta de fondo sigue siendo la misma que hace un siglo: ¿hasta qué punto estas etiquetas ayudan o limitan?

Las evaluaciones internacionales, como el informe PISA, han reforzado la presión por homogeneizar el aprendizaje y medirlo con baremos comunes, lo que en la práctica puede penalizar a quienes se desvían del promedio. Y en un contexto de creciente diversidad cultural y lingüística, el sistema sigue enfrentando el reto de no confundir diferencia con deficiencia.

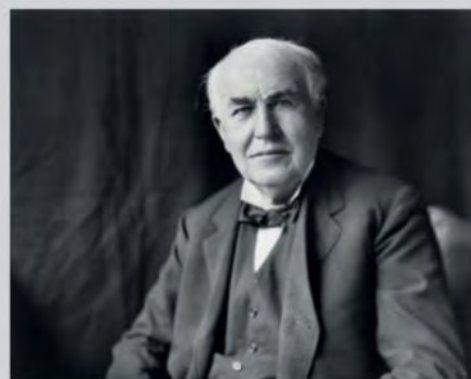
Por otro lado, las familias y los propios estudiantes participan cada vez más en la defensa de un modelo realmente inclusivo. Asociaciones de padres y colectivos de personas con discapacidad intelectual o dificultades de aprendizaje presionan para que las políticas no se queden en la teoría y se doten de medios efectivos.

EL NIÑO QUE “NO SERVÍA” Y TERMINÓ INVENTANDO LA BOMBILLA

A finales del siglo XIX, un maestro de una escuela de Michigan escribió una nota para la madre de uno de sus alumnos, un chico inquieto y distraído al que consideraba incapaz de seguir el ritmo de la clase. La madre, Nancy Edison, recibió el mensaje y lo leyó en voz alta frente a su hijo: “Su hijo es un genio; esta escuela es demasiado pequeña para él y no tenemos buenos maestros para enseñarle. Por favor, edúquelo usted misma”.

La historia, repetida por el propio Thomas Edison años después —con más dosis de leyenda que de exactitud histórica—, resume el riesgo de las etiquetas escolares. El niño que su maestro consideró “no apto” para la enseñanza convencional se convirtió en uno de los inventores más prolíficos del mundo, con más de mil patentes, incluida la bombilla incandescente comercial.

Cierto o adornado, el episodio ilustra una verdad incómoda: los criterios de “normalidad” en el aula no siempre son capaces de medir el potencial real de un estudiante, y la historia está llena de ejemplos de talentos que florecieron lejos del pupitre estándar.



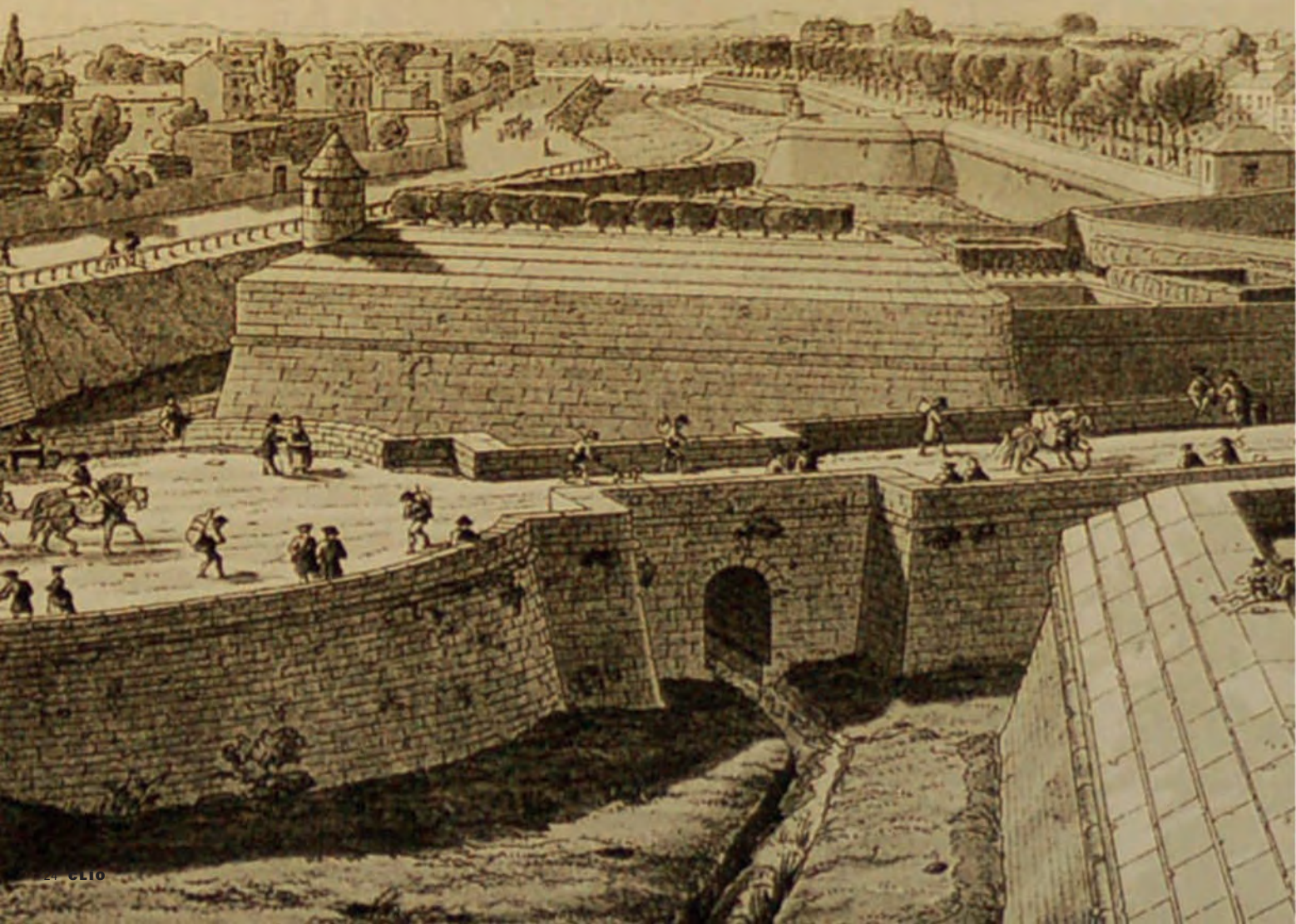
En última instancia, la historia del “retraso escolar” es la historia de cómo la educación ha intentado conciliar dos tensiones: la de enseñar lo mismo a todos y la de respetar el ritmo de cada uno. Septiembre tras septiembre, el aula sigue siendo el lugar donde esas dos fuerzas se encuentran. La pregunta que queda abierta es si, algún día, conseguiremos que el inicio de curso no suponga, para nadie, empezar la carrera con un pie por detrás. ■

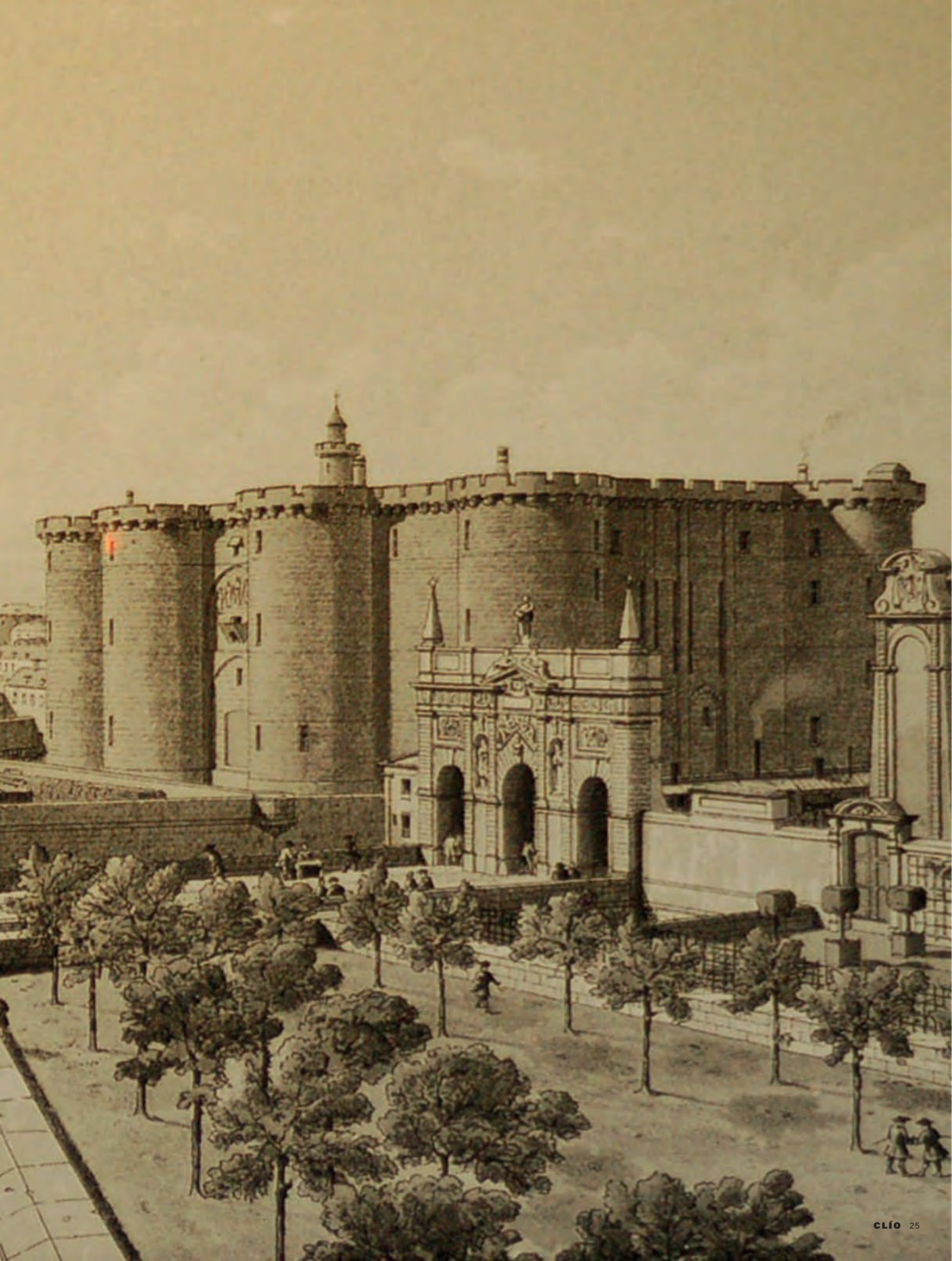
LA BASTILLA ANTES DE LA REVOLUCIÓN

LA MADRE DE TODAS LAS CÁRCELES

El 14 de julio de 1789, una multitud asaltó la Bastilla, marcando el inicio simbólico de la Revolución Francesa. Desde entonces, su nombre ha quedado asociado a la tiranía, la represión y la victoria popular. Sin embargo, la historia de esta fortaleza-prisión es mucho más larga y compleja. Nacida en el siglo XIV como parte del sistema defensivo de París, la Bastilla fue residencia real, arsenal y, sobre todo, cárcel de Estado. Lo que la historia quiso que fuese —símbolo del despotismo— no siempre coincidió con lo que realmente fue.

POR JOSÉ MARÍA IZQUIERDO



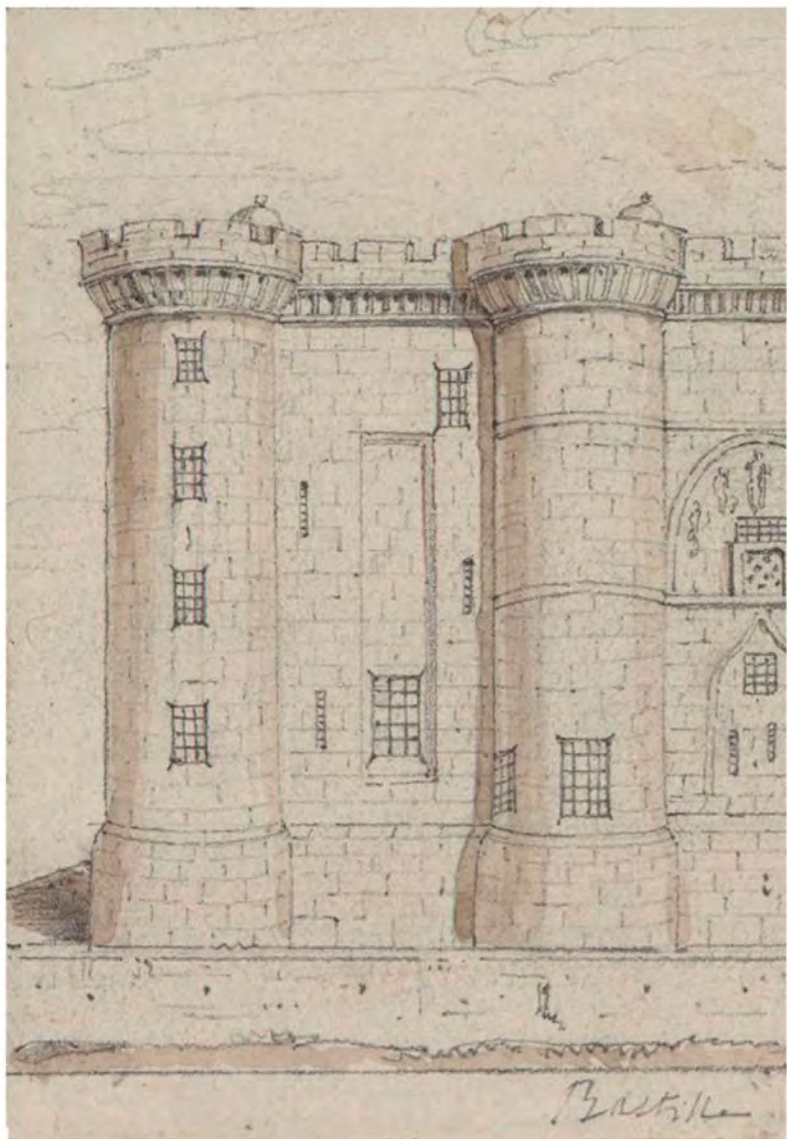


La historia de la Bastilla comienza mucho antes de que se convirtiera en sinónimo de opresión política. A mediados del siglo XIV, en plena Guerra de los Cien Años, París necesitaba reforzar sus defensas frente a las incursiones inglesas y las amenazas de mercenarios que recorrían el territorio. Entre 1357 y 1382, bajo el reinado de Carlos V el Sabio, se levantó una fortaleza en el extremo oriental de la ciudad, junto a la puerta de San Antonio, como parte del cinturón de murallas que protegía la capital.

El edificio, inicialmente llamado Châtelet Saint-Antoine, no nació como prisión, sino como bastión militar. Su diseño era imponente: ocho torres cilíndricas de unos 24 metros de altura, unidas por gruesos muros de piedra, fosos inundables alimentados por el Sena y un patio interior. La estructura estaba concebida para resistir asedios prolongados y servir como punto de control de la entrada oriental de París, vigilando tanto a potenciales invasores como al tráfico comercial que llegaba desde el valle del Marne.

La Bastilla no solo cumplía funciones defensivas. Durante momentos de inestabilidad, como las revueltas urbanas o las crisis sucesorias, podía albergar a miembros de la familia real y a te-

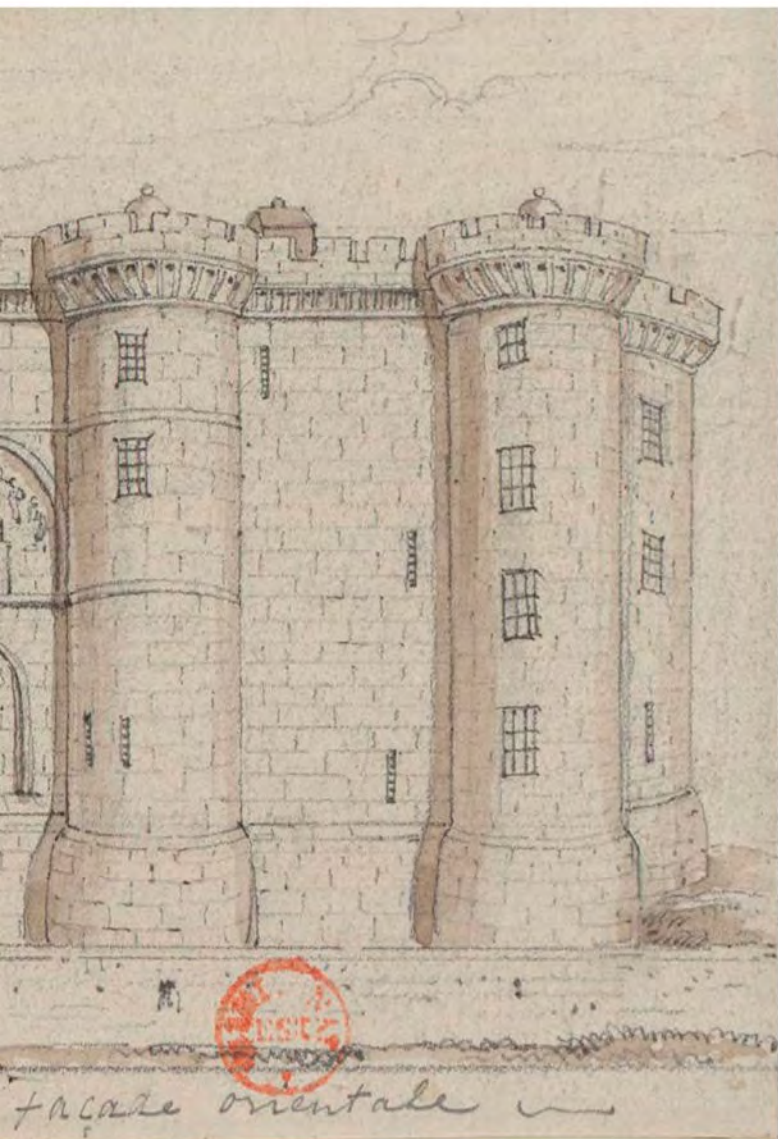
El marqués de Sade pasó sus últimos años de encarcelamiento en la Bastilla antes de ser trasladado a Charenton.



soros de la Corona. Era, además, un depósito de armas y pólvora estratégicamente situado para responder a cualquier amenaza inmediata.

Con el tiempo, la expansión de París y la disminución del peligro de invasión directa fueron restando importancia a su papel militar. Sin embargo, su ubicación y su estructura sólida la hacían perfecta para otro uso que ganaría protagonismo en los siglos siguientes: prisión de alta seguridad. Lo que había empezado como símbolo de protección se transformaría, poco a poco, en emblema del control real sobre la libertad individual.

El proceso por el cual la Bastilla dejó de ser principalmente una fortaleza y se convirtió en prisión fue gradual. Ya en el siglo XV, bajo Luis XI, se destinaron algunas estancias a albergar prisioneros de importancia, sobre todo nobles



▼
Dibujo que muestra el exterior de La Bastilla.

la administraba directamente y la utilizaba para encerrar, sin juicio previo, a quienes recibían una *lettre de cachet*, la famosa orden firmada por el rey que permitía la detención arbitraria. Estos documentos, instrumentos legales del absolutismo, conferían al monarca el poder de privar de libertad a cualquiera, desde un opositor político hasta un hijo díscolo de la nobleza.

A lo largo de este proceso, la Bastilla fue adaptando sus instalaciones: celdas en las torres, salones más cómodos para prisioneros de alto rango, cocinas, almacenes y dependencias para la guarnición. El gobernador de la prisión, designado por el rey, gozaba de amplias prerrogativas, y la discreción era parte esencial de su trabajo. Poco a poco, el edificio fue perdiendo su carácter de defensa urbana para convertirse en el lugar más temido de París, no por sus cañones, sino por sus barrotes.

Los muros del silencio

Si algo consolidó la leyenda oscura de la Bastilla fue el uso sistemático de las *lettres de cachet*. Estos documentos, firmados por el rey o por un alto funcionario en su nombre, ordenaban el arresto inmediato de una persona y su reclusión sin necesidad de juicio. En la Francia del Antiguo Régimen, donde el monarca era la fuente última de la ley, las *lettres de cachet* eran un instrumento perfectamente legal, aunque para los ojos ilustrados resultaban la encarnación de la arbitrariedad.

Los motivos para recibir una de estas órdenes podían ser variados. En el plano político, se empleaban para neutralizar a opositores, sofocar intrigas cortesanas o silenciar a escritores incómodos. Voltaire, por ejemplo, fue enviado dos veces a la Bastilla —en 1717 y en 1726— por sus sátiras contra figuras poderosas. En el plano social, algunas familias nobles solicitaban ellas mismas una *lettre de cachet* para encerrar a parientes que consideraban problemáticos, ya fuera por deudas, conductas escandalosas o enfrentamientos personales. También se utilizaban contra libelistas, herejes, falsificadores y espías.

El procedimiento era rápido y sin publicidad: un mensajero entregaba la orden al acusado, y este era conducido directamente a la Bastilla o a otra prisión designada. No ►►

enemigos del rey o personajes implicados en conspiraciones. No se trataba aún de una cárcel común, sino de un lugar para encerrar a quienes, por su rango o por el peligro que representaban, debían ser custodiados en condiciones especiales.

Durante las guerras de religión del siglo XVI, la Bastilla se usó para recluir tanto a católicos como a protestantes, dependiendo de quién controlara la ciudad. En esa época, comenzó a consolidarse su reputación como espacio reservado a presos políticos o de Estado, es decir, personas cuya detención respondía más a razones de conveniencia política que a delitos comunes.

El cambio definitivo se produjo en el siglo XVII, bajo el cardenal Richelieu y, posteriormente, Mazarino, quienes institucionalizaron el uso de la Bastilla como cárcel real. La Corona

►► había proceso judicial, ni derecho a defensa, ni fecha de liberación preestablecida. La estancia podía durar semanas o años, dependiendo de la voluntad real o de la presión de influencias externas.

Este sistema reforzó el carácter hermético de la Bastilla. A ojos del pueblo, era un lugar donde uno podía desaparecer de la noche a la mañana, sin que nadie diera explicaciones. La opacidad en torno a quién entraba, por qué y durante cuánto tiempo alimentó rumores y exageraciones que, con el tiempo, se integrarían en la mitología revolucionaria.

La vida dentro de la Bastilla variaba enormemente según el estatus del prisionero. Los nobles y personajes influyentes solían disponer de celdas amplias, con muebles, ropa de cama, servicio de comidas elaborado e incluso la posibilidad de recibir libros y visitas. Voltaire, durante su primera estancia, aprovechó para leer vorazmente y escribir, aunque bajo estricta supervisión.

En el extremo opuesto, los presos de menor rango o acusados de delitos graves podían acabar en mazmorras húmedas y oscuras, con comida básica y contacto mínimo con el exte-

rior. Las celdas más duras se encontraban en los niveles inferiores, donde la humedad del foso se filtraba por las paredes, y en invierno el frío era constante.

La rutina diaria estaba marcada por el toque de diana, el reparto de comidas y la vigilancia constante de la guarnición, formada por unos 80 hombres. La seguridad era estricta, pero no opresiva al estilo de las prisiones modernas: la Bastilla no albergaba grandes masas de presos, sino un número reducido —entre 7 y 40 en promedio— que requería más aislamiento que control colectivo.

Algunos presos se convirtieron en leyendas vivas. El marqués de Sade pasó sus últimos años de encarcelamiento aquí antes de ser trasladado a Charenton, y se dice que fue testigo, desde su celda, de los disturbios que precedieron a la toma de la prisión. Latude, encarcelado por falsificar cartas, escapó en tres ocasiones y relató sus aventuras en unas memorias que circularon ampliamente en la Francia prerrevolucionaria, alimentando la imagen de la Bastilla como un lugar de injusticia y resistencia.

En este microcosmos, la vida cotidiana mezclaba aislamiento, intriga y, para algunos, un extraño privilegio: estar encerrado en la cárcel más famosa de Francia era también un sello de notoriedad. Esa ambivalencia sería crucial para entender cómo la Bastilla pasó de ser una prisión funcional a convertirse en un mito político.

La leyenda negra antes de 1789

Décadas antes de que las multitudes derribaran sus puertas, la Bastilla ya era un símbolo temido y odiado. En la segunda mitad del siglo XVIII, los filósofos de la Ilustración y los panfletistas opositores al absolutismo la convirtieron en un emblema del poder arbitrario. No era casualidad: la prisión encarnaba a la perfección lo que Voltaire o Diderot denunciaban como abuso de autoridad, ya que las *lettres de cachet* permitían encarcelar sin juicio a cualquier ciudadano.

Las memorias de antiguos prisioneros, como las de Latude, circularon ampliamente y, aunque a menudo adornadas o exageradas, ofrecían un relato vívido del encierro: celdas húmedas, guardias despiadados, largas tem-

Voltaire fue enviado dos veces a la Bastilla por sus sátiras contra figuras poderosas.



poradas de soledad. Los grabados y folletos reproducían estas escenas, multiplicando el impacto visual en una población que rara vez había visto el interior de la fortaleza.

El papel de la prensa clandestina y de las redes de libelos fue fundamental. Obras como *Las mazmorras de la Bastilla* o *El infierno de París* mezclaban hechos reales con fantasía, creando un imaginario en el que la prisión no solo castigaba delitos, sino que sofocaba cualquier voz disidente. Este clima de opinión se intensificó en los años previos a la Revolución, cuando la crisis económica y el desprestigio de la monarquía alimentaban el resentimiento popular.

En la práctica, la Bastilla albergaba cada vez menos prisioneros —en 1789 solo quedaban siete—, pero su peso simbólico era inmenso. Era la materialización de un poder sin límites, y por eso, cuando la insurrección estalló en julio de ese año, no fue un cuartel o una oficina de recaudación el objetivo inicial, sino esta fortaleza que unía en sus muros la piedra y la leyenda.

El 14 de julio de 1789, una multitud armada con mosquetes y cañones improvisados se concentró frente a la Bastilla. Oficialmente, buscaban pólvora para las armas tomadas del Hôtel des Invalides, pero el objetivo real iba más allá: golpear el corazón simbólico del absolutismo. El gobernador Bernard-René de Launay intentó negociar, pero tras varias horas de tensión y un tiroteo con víctimas en ambos bandos, las puertas fueron tomadas por asalto.

El número reducido de prisioneros liberados sorprendió a muchos, pero poco importaba: el valor del acto residía en el gesto. La demolición física comenzó casi de inmediato, y las piedras fueron vendidas como reliquias revolucionarias por el empresario Pierre-François Palloy, que convirtió fragmentos de la fortaleza en souvenirs patrióticos repartidos por toda Francia.

La Bastilla se transformó, así, en un mito fundacional. Su destrucción fue interpretada como el fin del poder arbitrario y el nacimiento de una nueva era de libertades. El 14 de julio quedó consagrado como fiesta nacional en 1880, y la imagen de la prisión arrasada entró para siempre en el imaginario republicano francés.

Paradójicamente, la Bastilla real había sido menos un infierno de masas que una prisión

LA LLAVE QUE VIAJÓ HASTA AMÉRICA

Cuando la Bastilla cayó el 14 de julio de 1789, entre los objetos que se conservaron como reliquias hubo uno especialmente simbólico: la gran llave de la prisión. El empresario Pierre-François Palloy, encargado de demoler la fortaleza y vender fragmentos como recuerdos, decidió regalar la llave a Gilbert du Motier, marqués de Lafayette, héroe de la independencia estadounidense y figura destacada de la Revolución.

Lafayette, en un gesto cargado de significado político, envió la llave a su amigo George Washington, primer presidente de Estados Unidos, como "símbolo de la libertad conquistada contra la tiranía". Washington la colocó en un lugar de honor en su residencia de Mount Vernon, donde aún se conserva y se exhibe hoy como pieza histórica.

El viaje de la llave de la prisión más temida de Francia hasta la casa del líder de la joven república americana resume la fuerza del mito: más que un objeto, se convirtió en un mensaje universal sobre el derribo de las cadenas —físicas y políticas—.



selectiva, reservada a un pequeño número de detenidos. Sin embargo, la historia rara vez se queda con los matices: lo que la Revolución necesitaba era un símbolo claro, y la Bastilla ofrecía exactamente eso. Entre lo que fue y lo que la historia quiso que fuese, la segunda imagen terminó imponiéndose, inmortalizando a la fortaleza como la madre de todas las cárceles y el epítome del despotismo derrocado. ■



MENUDO LADRILLO

EL PRECIO DE LA VIVIENDA: DE LAS ÍNSULAS ROMANAS AL BOOM INMOBILIARIO

El precio del metro cuadrado no es solo una cifra, es un termómetro social. En septiembre, cuando muchos renuevan alquiler o buscan piso nuevo para el curso, se reaviva el debate eterno: ¿es la vivienda un derecho o un bien de mercado? Desde las ínsulas romanas y los conventillos industriales hasta las burbujas inmobiliarias modernas, la historia del acceso a la vivienda es también la historia del poder, la desigualdad y la especulación.

POR PAULA GARCÍA

Pocas civilizaciones como la romana entendieron tan pronto que el suelo urbano era un bien escaso y que la vivienda podía convertirse no solo en necesidad sino en negocio. En la Roma del Alto Imperio convivían dos mundos separados por el plano de la ciudad: el del dominus, que habitaba la domus espaciosa, con atrio, peristilo y frescos, y el del ciudadano corriente —o no tan corriente— que vivía en las ínsulas, edificios de pisos en régimen de alquiler, precarios, ruidosos y propensos al incendio.

Las ínsulas, auténticas precursoras del urbanismo vertical, fueron la respuesta a la explosión demográfica de las grandes urbes roma-

nas. En Roma, donde vivían cerca de un millón de personas en época de Augusto, se calcula que más del 90 % de la población urbana vivía de alquiler. Las ínsulas podían alcanzar seis o más pisos de altura, pese a que el propio Augusto limitó por ley su altitud a 70 pies (unos 20 metros), norma que rara vez se cumplía.

El precio del alquiler se regía por la ubicación y el piso: cuanto más bajo, más caro. En las plantas inferiores se vivía con mayor comodidad (menos calor, menos escaleras, más accesibilidad al agua) y, por tanto, el alquiler era más elevado. En cambio, los pisos superiores eran una mezcla de buhardilla y trampa mortal: estrechos, con techos bajos y sin agua corriente. Eso sí, más baratos. El acceso a ▶▶

Grúas de construcción en Pamplona.

►► un lugar mínimamente habitable era ya entonces una cuestión de clase.

Muchos de estos edificios eran propiedad de grandes especuladores —el más famoso de todos, Crisipo, poseía centenares de ínsulas en Roma— o incluso del propio emperador. Los arrendadores contrataban conductores insularum, una suerte de proto-administradores de fincas, que gestionaban los alquileres y se encargaban de recaudar rentas, desalojar morosos y minimizar quejas.

Las catástrofes eran frecuentes: incendios, derrumbes, epidemias... La ínsula como fenómeno urbano fue tan rentable como peligrosa. Para muchos historiadores urbanistas, el “modelo Roma” anticipó todos los dilemas modernos: hacinamiento, especulación, falta de regulación efectiva y el eterno dilema entre rentabilidad y habitabilidad.

▼
Ínsula en la Región IX, acuarela de Luigi Bazzani.



La caída del Imperio romano no trajo consigo una mejora en el acceso a la vivienda, sino más bien un retroceso en su planificación. En la Edad Media, las ciudades europeas, cercadas por murallas, crecían en vertical por pura necesidad: el suelo era limitado y muy codiciado. Las viviendas, sobre todo en los centros urbanos, combinaban funciones residenciales, comerciales y artesanales: en la planta baja se abría la tienda o el taller; en las superiores, a menudo de madera, se dormía y se cocinaba.

En este mundo premoderno, el acceso a la vivienda estaba fuertemente determinado por la pertenencia a un gremio, a una cofradía o a una estructura de poder (noble, eclesiástica o comunal). La propiedad de la tierra urbana estaba muy concentrada: la Iglesia acumulaba vastos patrimonios inmobiliarios y alquilaba espacios tanto a ciudadanos como a artesanos. En muchas ciudades italianas y flamencas, los conventos eran auténticas inmobiliarias de su tiempo.



Surgieron entonces algunas formas tempranas de cesión de vivienda, como el usufructo vitalicio o la cesión gremial, que permitía a un artesano vivir en una casa mientras ejercía su oficio en beneficio de la comunidad. También proliferaron las casas comunales, especialmente entre las clases más bajas: edificios en los que se compartían estancias, cocinas y hasta camas, como estrategia de supervivencia.

En algunas urbes, sobre todo a partir del siglo XIII, comenzaron a aparecer normativas municipales que intentaban controlar los precios del alquiler o garantizar condiciones mínimas, pero la eficacia de estas disposiciones era escasa. En ciudades como Barcelona, por ejemplo, los registros de censales muestran que buena parte de la población vivía de alquiler o en régimen de habitación compartida. Tener casa propia era un privilegio reservado a los estamentos altos.

Comprar casa se convirtió en el nuevo rito de paso a la adultez, apoyado por créditos, hipotecas accesibles y un mercado en expansión.

▼
Edificios de apartamentos socialistas en Bucarest, Rumania.

A diferencia del mundo romano, la Edad Media incorporó una dimensión moral y religiosa a la vivienda: era el espacio donde se reproducía el orden cristiano y donde se debía vivir con decoro. Pero también con vigilancia: el hogar estaba bajo la supervisión de la comunidad y, en última instancia, del poder eclesiástico. En el fondo, la vivienda nunca fue solo una cuestión de ladrillos, sino de jerarquía, pertenencia y control. ►►

Casas en
Long Millgate,
Manchester, en
1891.

►► El auge burgués y el hacinamiento proletario

Con la Revolución Industrial, la ciudad moderna estalló. Ya no crecía con lentitud medieval ni estaba limitada por murallas. El crecimiento urbano era voraz y desordenado, impulsado por la llegada masiva de campesinos a las urbes en busca de trabajo en las fábricas. Londres, París, Mánchester o Barcelona vieron cómo sus periferias se expandían con barrios enteros sin planificación, sin saneamiento y sin ley.

En este contexto, el acceso a la vivienda se convirtió en un campo de batalla social. La burguesía construyó elegantes ensanches, bulevares, edificios neoclásicos y viviendas de gran porte. Mientras tanto, la clase trabajadora se apiñaba en conventillos, casas de corredor, barriadas y patios interiores sin ventilación ni luz natural. Los propietarios construían barato, apilaban familias, cobraban puntualmente y ofrecían poco más que un techo.

La vivienda obrera del siglo XIX es sinónimo de hacinamiento. En Londres, a mediados de siglo, se calculaba que el 30 % de los obreros dormía en habitaciones compartidas con más de una familia. En Barcelona, los cuartos de reja del Raval albergaban a jornaleros, sirvientas y prostitutas. En Berlín, los Mietskasernen (bloques de alquiler) escondían patios traseros donde vivían cientos de personas sin acceso directo a la calle.

Las condiciones eran tan insalubres que algunas ciudades comenzaron a legislar por pura necesidad sanitaria. El cólera, el tifus y la tuberculosis encontraron en estas viviendas un caldo de cultivo ideal. Surgieron las primeras políticas públicas de vivienda, tímidas y paternalistas, pero necesarias. En Inglaterra, los Model Dwellings ofrecían alojamiento digno para obreros seleccionados; en París, las cités ouvrières intentaban sacar a los trabajadores del infierno urbano.

Sin embargo, también en esta época nació la especulación moderna. Promotores sin escrúpulos, bancos y ayuntamientos que cedían suelo sin planificación dieron lugar a un urbanismo desigual, donde la clase social determinaba no solo el tipo de vivienda, sino incluso la esperanza de vida. La distancia en-

tre el salón burgués y el catre del jornalero no era solo económica: era ideológica, sanitaria y política.

El siglo XX trajo consigo un cambio profundo en la manera de concebir la vivienda. Tras las dos guerras mundiales, el acceso a un hogar digno se convirtió en uno de los grandes retos del Estado moderno. Las políticas de reconstrucción y el auge del Estado del Bienestar pusieron la vivienda en el centro del discurso político. Por primera vez, se pensó en la vivienda no solo como un bien de consumo, sino como un derecho social.

En muchos países europeos, y también en España, se desarrollaron ambiciosos planes de vivienda protegida. En los años 40 y 50, el régimen franquista construyó miles de viviendas sociales, que combinaban el control ideológico (nombre de calles, estructura de los barrios) con una necesidad real: alojar a una población migrante que llegaba en masa del campo a la ciudad. Era la época del sueño pequeño burgués de tener casa en propiedad, aunque fuera sin ascensor y con baño compartido.

El urbanismo racionalista soñó con ciudades bien ordenadas, llenas de luz, aire y espacios verdes. Pero la realidad fue muy distinta. Surgieron los polígonos de vivienda, la ciudad dormitorio, los bloques homogéneos y anónimos en los que se apiñaban cientos de familias sin servicios ni alma. Eran viviendas construidas a gran velocidad y bajo coste, destinadas a responder a la urgencia más que al bienestar.

En paralelo, la vivienda pasó de ser una necesidad a ser una inversión. La clase media fue empujada hacia la propiedad como símbolo de éxito y estabilidad. Comprar casa se convirtió en el nuevo rito de paso a la adultez, apoyado por créditos, hipotecas accesibles y un mercado en expansión. Durante décadas, el alquiler se vio como una opción menor, casi vergonzante.

Pero este sueño tenía su trampa: mientras los propietarios se endeudaban durante décadas, el valor del suelo y la especulación empezaban a gestar lo que estallaría con fuerza en el siglo XXI. El Estado dejó de construir vivienda pública de forma sostenida, y el mercado comenzó a dominar el relato: la vivienda como oportunidad de negocio. Se sembraron los cimientos de la burbuja.





» El boom del ladrillo

La segunda mitad del siglo XX y, con más intensidad aún, el cambio de milenio, supuso la consolidación de una idea que marcaría a fuego el urbanismo español y europeo: la vivien-

CUANDO NERÓN TOPÓ CON EL MERCADO INMOBILIARIO

Tras el gran incendio de Roma en el año 64 d.C., el emperador Nerón vio una oportunidad: se apropió de vastos terrenos arrasados para construir su fastuosa Domus Aurea, un complejo palaciego con lago artificial, bosques privados y hasta una sala giratoria. Aquella operación inmobiliaria, ejecutada sin consultar a nadie, fue tan escandalosa que algunos cronistas de la época —como Suetonio o Tácito— le atribuyeron directamente la autoría del incendio.

El desalojo forzoso de buena parte de la población del centro de Roma para levantar la residencia del emperador marcó un precedente: el suelo urbano, una vez devastado, se revalorizaba si quedaba en las manos adecuadas. La especulación inmobiliaria, al parecer, ya tenía emperadores que la entendían muy bien.



da como valor refugio. Con los tipos de interés bajos, la banca desregulada y una clase media ansiosa por comprar antes de que los precios “subieran aún más”, se incubó una burbuja inmobiliaria de consecuencias devastadoras.

Entre 1997 y 2007, el precio de la vivienda en España se duplicó. En ciudades como Madrid o Barcelona, se multiplicó por tres. Los medios de comunicación promovían la idea de que “alquilar es tirar el dinero”, mientras las entidades bancarias ofrecían hipotecas del 100 %, incluso por encima del valor de tasación. Se construían 600.000 viviendas al año, más que en Alemania, Francia e Italia juntas.

La especulación con el suelo se convirtió en una industria paralela. Ayuntamientos recalificaban terrenos a petición de promotores, aparecían intermediarios que revendían suelo antes de que se colocara un solo ladrillo, y las cajas de ahorro entraban en el juego como financiadoras de todo el proceso. La relación entre poder político, inmobiliarias y entidades financieras dibujó un triángulo de intereses que nadie se atrevía a romper.

La cultura del “todo al ladrillo” alcanzó su clímax justo antes de la crisis de 2008. Miles de viviendas vacías se acumulaban mientras se seguían construyendo otras nuevas. La lógica era puramente financiera: no importaba si alguien iba a vivir allí, lo relevante era que los activos inmobiliarios se revalorizaran. Surgieron conceptos como “activos tóxicos”, “stock inmobiliario” o “urbanización fantasma”, términos que enmascaraban un drama social: jóvenes expulsados del mercado, familias endeudadas de por vida, barrios sin vida.

El estallido de la burbuja dejó un país sembrado de grúas paradas, de hipotecas impagables, de desahucios y de un Estado que acudió a rescatar bancos pero no a sus deudores. Fue el precio de haber hecho de la vivienda un producto financiero, desligado de su función esencial: alojar personas.

En la actualidad, el acceso a la vivienda sigue siendo uno de los mayores desafíos sociales en las ciudades europeas, y especialmente en España. Aunque ya no se construyen pisos como en los años del boom, los precios del alquiler se han disparado, especialmente en núcleos urbanos, mientras cientos de miles de viviendas permanecen vacías, en manos de bancos o fondos de inversión.

La financiarización de la vivienda ha alcanzado nuevas cotas: ya no es solo un producto inmobiliario, sino un activo financiero de alta rentabilidad. Fondos como Blackstone o Azora compran edificios enteros, los rehabilitan y los vuelven a colocar en el mercado con precios desorbitados. Las reformas no son para mejorar la vida de los inquilinos, sino para multiplicar beneficios.

A esto se suma el fenómeno de la turistificación y las plataformas de alquiler vacacional, que han vaciado barrios enteros en ciudades como Lisboa, Palma o Sevilla. El centro histórico se convierte en parque temático, mientras los residentes de siempre deben buscar casa en la periferia, lejos del trabajo, de los servicios y de la historia que habitaron.

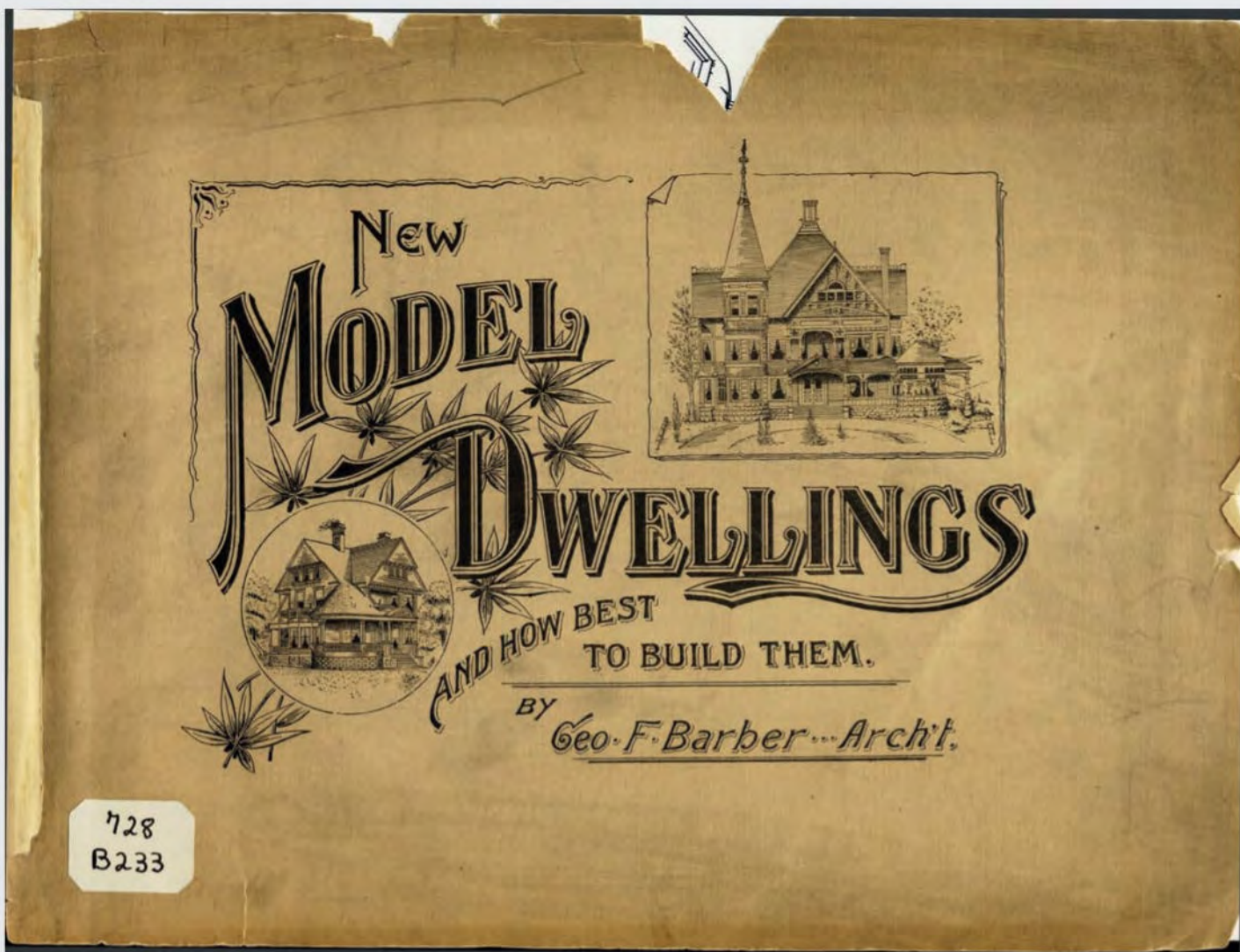
También ha cambiado la retórica. Ya no se habla de "vivir", sino de "invertir en ladrillo". Se promocionan colivings, microapartamentos,

residencias privadas para estudiantes con rentas altas, todo con estética de revista y precios de lujo. Paralelamente, crece la cifra de jóvenes que no puede emanciparse, y de familias que dedican más del 40 % de su sueldo al alquiler.

Las respuestas políticas han sido tibias y dispares. En España, la nueva Ley de Vivienda busca limitar los alquileres en zonas tensionadas y proteger al inquilino, pero aún es pronto para evaluar su impacto real. Mientras tanto, crece el movimiento por el derecho a la vivienda, que exige pisos públicos, alquiler social, más control al mercado y, sobre todo, una reflexión de fondo: ¿qué queremos que sea una vivienda?

Porque si la historia nos enseña algo, es que cada época define su relación con la vivienda según a quién deja fuera. Y ahora mismo, hay demasiada gente mirando desde la calle cómo se cierran las puertas.

Folleto publicado
alrededor de
1894 con planos
de edificios
residenciales.



728
B233

DEMAGOGOS, AGITADORES, PROMESAS IMPOSIBLES

EL POPULISMO ANTES DE QUE TUVIERA
ESE NOMBRE

El populismo no nació con la televisión ni con las redes sociales. Tampoco con los nombres que hoy llenan titulares. Desde la antigüedad, figuras carismáticas han desafiado a las élites apelando al pueblo, prometiendo redención colectiva, culpando a enemigos internos o externos y cultivando una relación directa con las masas. Demagogos atenienses, tribunos romanos, profetas medievales o revolucionarios modernos —todos compartieron rasgos con lo que hoy llamamos populismo, aunque aún no lo denomináramos así.

POR CARLOS CUESTA

Cuando hoy se habla de “demagogia”, lo normal es pensar en discursos encendidos, apelaciones emocionales y promesas imposibles. Pero la palabra es vieja. Viene del griego: *dēmagōgós*, el que conduce al pueblo. En la Atenas clásica, cuna de la democracia, el populismo encontró un terreno fértil desde el principio. Los líderes políticos sabían que, para conquistar el poder, no bastaba con tener ideas: había que ganarse al demos, al pueblo llano, al que se congregaba en el ágora o en la colina de la Pnix para votar en asamblea.

Atenas no era una democracia moderna, pero sí un laboratorio de lo que hoy llamamos

comunicación política. Pericles, el gran estadista del siglo V a.C., elevó el tono político al máximo nivel de oratoria, pero tras su muerte irrumpieron figuras menos nobles. Uno de los más célebres fue Cleón, líder populista por antonomasia según Tucídides: ruidoso, agresivo, amante de discursos incendiarios y decidido a complacer a las masas para ganar votos.

Cleón fue, en muchos sentidos, el primer político profesional. Su retórica apelaba al orgullo ateniense, demonizaba al extranjero, simplificaba los problemas complejos y ofrecía soluciones tajantes. Criticaba a las élites intelectuales, se presentaba como portavoz del pueblo frente a los aristócratas, y manejaba los recursos públicos como instrumen- ➤

Póster
propagandístico
de Benito
Mussolini.



VINCERE
e
VINCEREMO

EDITO A CURA DI
**AUTARCHIA
E COMMERCIO**

►► to de lealtades. Las críticas de Aristófanes en sus comedias dejan entrever un patrón: la habilidad para manipular la opinión pública era más poderosa que cualquier estrategia militar.

La democracia directa de Atenas, en la que cualquier ciudadano podía intervenir en las decisiones, favorecía este tipo de liderazgos. La asamblea votaba con frecuencia en caliente, tras discursos cargados de pathos, y sin mecanismos de control o revisión. Se elegía la guerra o la pena de muerte por aclamación, muchas veces bajo la presión del último orador. El populismo antiguo, aunque sin nombre, ya tenía forma.

Busto de Cayo Mario en Villa Borghese, Roma.



Tribunos del pueblo

Si Atenas inventó la palabra, Roma inventó la práctica. En la República romana, el conflicto entre las élites patricias y las clases populares (plebeyas) encontró un canal institucional: la figura del tribuno de la plebe, representante del pueblo con poder de veto. Pero también un cauce emocional: el populismo antes de que existiera el concepto.

Los hermanos Graco, Tiberio y Cayo, fueron los primeros en llevar el populismo hasta sus últimas consecuencias. Propusieron redistribuir tierras públicas, limitar la riqueza aristocrática, entregar trigo subvencionado y reforzar el poder de las asambleas populares. La reacción del Senado fue brutal: ambos murieron asesinados. Pero su legado sembró una se-



Las revoluciones del siglo XIX pusieron en marcha una nueva era en la que “el pueblo” ya no era solo objeto de tutela, sino sujeto de soberanía.

milla peligrosa: que era posible llegar al poder desde abajo, enfrentándose a la oligarquía, si se manejaban bien las emociones del pueblo.

Durante el siglo I a.C., Roma vivió una escalada de tensiones entre los optimates (defensores del Senado) y los populares (aliados del pueblo), en una lucha en la que la retórica

populista fue afinándose. Líderes como Cayo Mario y Lucio Apuleyo Saturnino ofrecían subsidios, reclamaban tierra para los soldados veteranos, y alimentaban un relato de pueblo traicionado. El Senado, acorralado, respondía con violencia o vetos institucionales, pero el desgaste era inevitable.

El caso más icónico fue el de Julio César, que combinó carisma, reformas sociales y espectáculo público. Aunque de origen aristocrático, se presentó como campeón de la plebe, repartió pan, organizó grandes juegos y adoptó una política de contacto directo con las masas. Su ascenso culminó con la dictadura vitalicia... y su asesinato a manos de senadores que, una vez más, prefirieron el puñal al debate.

Roma también perfeccionó el arte de la propaganda populista: monedas con la ►►

▼
Mitin político
en Atocha, San
Sebastián.

►► cara del líder, festivales, discursos en el Foro y una narrativa de “pueblo contra corruptos”. Lo que estaba en juego no era solo el poder, sino el relato. Y eso, dos mil años después, sigue siendo el motor del populismo.

Profetas, flagelantes y salvadores en la Edad Media

En la Edad Media, el populismo no hablaba desde el púlpito de un parlamento ni desde la escalinata de un foro. Lo hacía desde la plaza del mercado, el atrio de una iglesia o el campamento de los desheredados. Sus líderes no eran tribunos ni abogados, sino profetas, iluminados y agitadores religiosos. En una época

dominada por la fe y la desigualdad, la promesa de redención colectiva movilizaba más que cualquier programa político.

Durante los siglos XIII al XV, en Europa brotaron como setas movimientos que canalizaban el descontento popular bajo formas mesiánicas. La estructura social rígida, las hambrunas, las guerras perpetuas y la peste negra hicieron de la Edad Media un caldo de cultivo perfecto para líderes carismáticos que denunciaban a los poderosos y ofrecían una visión utópica del fin de los tiempos.

Uno de los más célebres fue Fra Dolcino, predicador del siglo XIV en el norte de Italia, que combinaba ideas comunales, críticas feroces al clero corrupto y una visión milenarista del Apocalipsis. Atrajo a miles de se-

▼
Juan María
Bordaberry y
Juan Domingo
Perón en 1974.



guidores que se refugiaron en las montañas, crearon su propia comunidad igualitaria y desafiaron abiertamente a la Iglesia y a los señores feudales. Su final fue sangriento: capturado, torturado y ejecutado junto a su compañera Margarita. Pero su eco sobrevivió en forma de símbolo de resistencia popular.

Otro ejemplo: los Taboritas, una rama radical de los husitas checos, que durante el siglo XV establecieron una suerte de república teocrática en Bohemia, prometiendo justicia social, abolición de la nobleza y comunión universal. O los Flagelantes, movimientos de masas que recorrían Europa golpeándose públicamente como penitencia colectiva, denunciando la decadencia del mundo y señalando con nombre y apellido a los culpables: los ricos, los obispos, los judíos, los banqueros.

En todos estos movimientos había ingredientes populistas: denuncia del poder establecido, promesa de salvación, apelación al pueblo llano como depositario de la verdad, y una relación emocional —casi mística— entre líder y seguidores. Aunque a menudo terminaban en represión o herejía, sus efectos políticos eran reales. Las élites temblaban ante la posibilidad de que “el pueblo creyente” se organizara al margen del orden establecido.

La Edad Media no conoció partidos ni urnas, pero sí conoció el lenguaje binario, el enemigo interno, la utopía igualitaria y la figura del líder redentor. Por eso, algunos historiadores consideran a estos movimientos como las formas prepolíticas del populismo, embriones emocionales de lo que siglos después se convertiría en discurso político.

De la Revolución al caudillismo

El populismo moderno empezó a tomar cuerpo con la irrupción de las masas en la política. Las revoluciones del siglo XIX —americana, francesa, haitiana, de independencia latinoamericana— pusieron en marcha una nueva era en la que “el pueblo” ya no era solo objeto de tutela, sino sujeto de soberanía. Pero esa entrada triunfal en la escena política vino acompañada de nuevos riesgos: el carisma

“VOTADME O ME MATO”

En el año 100 a.C., Lucio Apuleyo Saturnino, tribuno de la plebe, decidió que las urnas no bastaban. Necesitaba una dosis extra de dramatismo para asegurar su reelección. En plena campaña, se subió al estrado del Foro y gritó que, si no salía elegido, se arrojaría desde la Roca Tarpeya, el peñasco de las ejecuciones. Algunos votantes lo tomaron como una amenaza, otros como promesa, y el Senado como chantaje.

Ganó. Pero la historia no acabó bien: meses después, acusado de sedición, se refugió en el Capitolio. El Senado lo sitió, y un grupo de ciudadanos —esos a quienes decía representar— lo apedrearon hasta la muerte. Saturnino demostró que el populismo puede ser eficaz... pero también volátil. Y que los grandes gestos, a veces, se vuelven en contra.



sustituía a veces al programa, y la emoción, a la razón.

Uno de los primeros populismos reconocibles fue el del People's Party en Estados Unidos, surgido en la década de 1890, que agrupaba a agricultores arruinados, obreros y pequeños comerciantes del sur y el medio oeste. Denunciaban a los bancos, a las grandes corporaciones y al poder federal, y proponían soluciones radicales: nacionalización del ferrocarril, impuesto progresivo, acuñación de plata. Aunque desaparecieron como partido, su legado retórico y su estilo influyeron en muchas figuras posteriores.

En Europa, el fenómeno populista se manifestó también en forma de bonapartismo, un modelo de liderazgo que conjugaba carisma, apelación al pueblo vía plebiscito y desprecio por los partidos. Napoleón Bonaparte y su sobrino Luis Napoleón (Napoleón III) utilizaron el mito nacional, el control del relato y la promesa de orden frente al caos para cimentar su poder. La figura del líder carismático que ►►

▼
Placa que
recuerda a
Fra Dolcino,
predicador del
siglo XIV en el
norte de Italia.

►► “encarna al pueblo” sin necesidad de intermediarios se consolidó.

América Latina desarrolló su propia genealogía de populismos, con una figura central: el caudillo. Desde Juan Manuel de Rosas en Argentina hasta Getúlio Vargas en Brasil, pasando por Porfirio Díaz en México o José Manuel Balmaceda en Chile, los caudillos ofrecían un pacto paternalista al pueblo: protección a cambio de lealtad. A menudo gobernaban con un pie en el autoritarismo y otro en el clientelismo, con políticas sociales vistosas, pero escasa institucionalidad.

El siglo XX añadió una capa más: el uso de los medios de comunicación de masas como herramienta populista. Nadie lo entendió mejor que Mussolini, que combinó modernidad tecnológica, culto al líder y promesas de grandeza nacional para capturar el alma de una Italia desencantada. Su lenguaje era simple, directo, emocional. Hablaba del “verdadero pueblo italiano”, del complot interno, del regreso a un pasado glorioso.

También Juan Domingo Perón, en Argentina, elevó el populismo a sistema: redes clientelares, justicia social, liderazgo carismático, relato binario entre “ellos” (la oligarquía) y “nosotros” (los trabajadores). El fenómeno peronista sobrevivió incluso a su creador, prueba de que el populismo no necesita coherencia ideológica, sino conexión emocional.

Estos populismos modernos, aunque muy distintos entre sí, comparten un aire de familia: se presentan como respuesta ante un sistema injusto, movilizan afectos antes que ideas, y colocan al líder como traductor único de la voluntad popular. Lo demás —el programa, el partido, la ley— es accesorio.

El populismo como constante histórica

A pesar de las diferencias temporales, culturales e ideológicas, hay un hilo invisible que une a todos los populismos históricos: la capacidad de construir un relato que simplifica el mundo en dos frentes enfrentados. Por un lado, “el pueblo” —idealizado, honesto, trabajador, homogéneo— y por otro, “la élite” —corrupta, desconectada, cosmopolita o traidora—. En

tre ambos, se alza una figura que se presenta como la única capaz de interpretar la voluntad popular y materializarla.

Este esquema binario ha funcionado en contextos muy distintos: en democracias antiguas, en teocracias medievales, en repúblicas revolucionarias o en dictaduras modernas. El populismo, en su versión más esencial, no es una ideología, sino una lógica de poder: puede ser de derechas o de izquierdas, puede abrazar el socialismo o el nacionalismo, puede coquetear con el fascismo o con el bolivarianismo. Lo que define al populismo no es el contenido de sus propuestas, sino la manera de construir el discurso.

Otra constante histórica es la relación emocional, casi mística, entre el líder y su base. El populista no gobierna con intermediarios: desprecia partidos, rechaza tecnócratas, desconfía de las instituciones. Se dirige directamente al pueblo, primero en la plaza, luego en la radio, más tarde en la televisión, hoy en las redes sociales. Su fuerza reside en esa comunicación sin filtros, en la sensación de cercanía, en la promesa de que “te habla a ti”, sin traductores.

También el uso del enemigo es clave. No hay populismo sin antagonista. Puede ser la casta, el imperialismo, el extranjero, el banquero, el burócrata de Bruselas o el judío apátrida. La figura del enemigo no es secundaria: es el combustible que mantiene encendida la identidad del “nosotros”. La unidad del pueblo se construye sobre la amenaza de su descomposición.

Y, por último, la ambigüedad ideológica. El populismo suele ofrecer soluciones simples a problemas complejos. A veces lo hace con honestidad desesperada, otras con oportunismo calculado. Pero su poder reside precisamente en esa capacidad de reducir la complejidad a épica, de convertir una reforma fiscal en una cruzada por la dignidad, o una subida de salarios en una batalla contra los usureros.

Por todo esto, los populismos del pasado no son fósiles políticos. Son espejos en los que se refleja —con siglos de distancia— una tensión que sigue viva: ¿quién representa al pueblo? ¿Y qué pasa cuando alguien dice hacerlo en exclusiva?

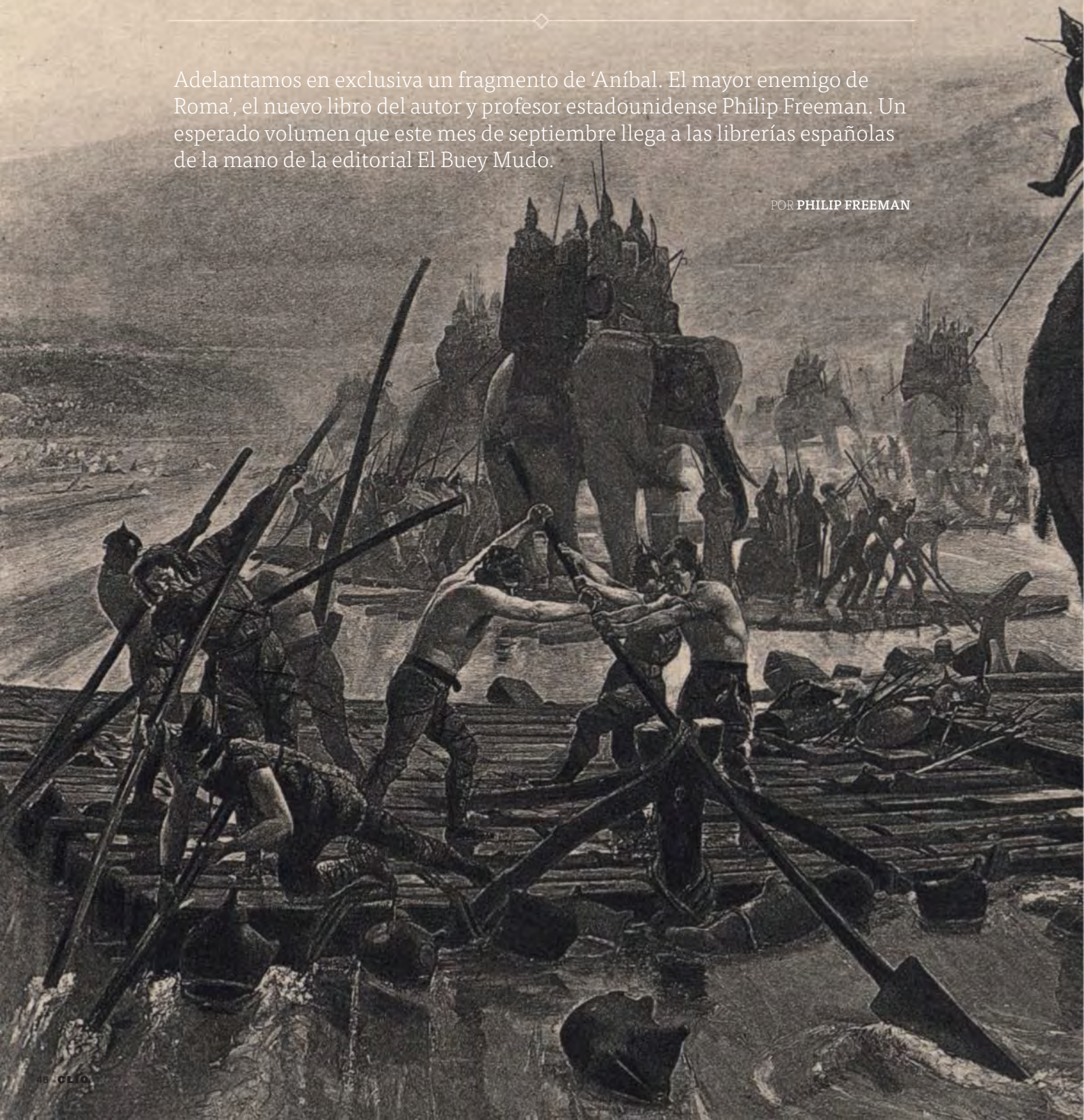
A FRA DOLCINO
QUI IN VERCELLI
DALLA TIRANNIDE SACERDOTALE
ATTANAGLIATO ED ARSO
IL 1 GIUGNO MCCCVII
PER AVER PREDICATO
LA PACE E L'AMORE TRA GLI UOMINI
OGGI CHE L'ANTICA SPERANZA
RIVIVENTE NEI SECOLI
STA CON LA NUOVA ERA
PER DIVENTARE REALTÀ
1 GIUGNO MCMVII

ANÍBAL

EL ORIGEN DEL MAYOR ENEMIGO DE ROMA

Adelantamos en exclusiva un fragmento de 'Aníbal. El mayor enemigo de Roma', el nuevo libro del autor y profesor estadounidense Philip Freeman. Un esperado volumen que este mes de septiembre llega a las librerías españolas de la mano de la editorial El Buey Mudo.

POR PHILIP FREEMAN





▼
Aníbal cruzando
los Alpes; Detalle
de un fresco de
Jacopo Ripanda de
alrededor de 1510.



El muchacho africano y su padre ascendieron por los escalones fríos del templo una hora antes del amanecer, mientras la luz procedente del este, más allá de las montañas distantes, tras la extensa bahía, se difuminaba por la ciudad. Solo tenía nueve años, pero había vivido allí toda su vida, y conocía cada calle y pasaje. Deambulaba a diario desde los hornos de alfarería hasta el barrio de los herreros, en los arrabales, junto a las murallas enormes, y después hacia la gigantesca plaza del mercado, a la sombra de la colina que llamaban Birsa, donde los comerciantes vendían puñales celtas, collares ambarinos del Báltico, plata española, huevos de avestruz pintados, del desierto meridional, dulces dátiles egipcios, especias de la India, el mejor incienso de Asia e incluso seda de la remota China, tesoros que fluían sin cesar hasta el gran puerto de Cartago.

Su padre, Amílcar, del clan de los Barca, era el mayor general que había visto jamás Cartago, pero los políticos y las familias adineradas que controlaban la ciudad habían optado por negociar y ceder antes que por combatir; años antes, Amílcar había observado con una ira silenciosa cómo el adirim, o senado, abandonaba las antiguas colonias púnicas en la cercana Sicilia a manos del creciente poder romano, accediendo incluso a pagarles una indemnización abundante en plata, a cambio de la paz. Él mismo debía partir a España para ponerse al frente de las ricas minas ibéricas, cuya producción contribuiría a aliviar la onerosa carga que les había impuesto Roma.

El padre y su primogénito entraron juntos en la oscuridad fría del magnífico templo de Baal Amón, dios principal de Cartago. Baal, el Señor o el Amo, había llegado con los primeros colonos del Tiro fenicio siglos atrás, cuando estos se embarcaron por el Mediterráneo occidental para buscar nuevos mercados y tierras en las que asentarse. Según la leyenda, Baal exigía el tributo (molk) de sangre del primogénito de todas las familias, y en el tophet, o santuario de los sacrificios de Cartago, cerca-



no al puerto, los brazos metálicos extendidos de Baal recibían al niño, que caía despacio al horno ardiente de la base ante los ojos de sus padres, mientras los asistentes tocaban una música estruendosa para acallar los gritos del infante. En los últimos tiempos, habían sido reemplazados a veces por animales, pero el dios aún exigía sus víctimas humanas.

Pero no sería hoy. Este era un día para los nuevos comienzos, en el que Amílcar imploraría su favor para atravesar con bien el mar hasta España, de la que quizá tardaría años en regresar, si es que lo hacía. Los sacerdotes entonaron



los cánticos sagrados en la venerable lengua púnica, y después seccionaron sobre el altar la garganta del cordero sin defecto, cuya sangre cubrió la piedra sacrificial. Cuando hubieron terminado, el padre indicó a los celebrantes y asistentes que se retirasen, para hablar a solas con su hijo. El niño, llamado Aníba'al, o Aníbal, «el que disfruta del favor de Baal», esperó a que se fuesen, aterrado ante lo que su padre tuviese que decirle o que callar. No había nada que desearse más que embarcarse con él, ir a España y aprender el arte de la guerra, para luchar también un día por su ciudad. Para su alivio,

Amílcar lo miró con una sonrisa y le preguntó con desenfado si le gustaría acompañarlo en el viaje. El niño, abrumado por la ilusión, lo abrazó con todas sus fuerzas y dijo que no ansiaba otra cosa. Entonces, el semblante de su padre cambió. Con una solemnidad desusada, le ordenó colocar la mano sobre el cuerpo aún tibio del cordero en el altar y jurar ante Baal y ante todos los dioses. Si iba a navegar con él hasta España para convertirse en un soldado de Cartago, debía antes prometer odio eterno a Roma,¹ no apaciguar su cólera contra ella y persistir en el combate hasta su último aliento. »

Aníbal Barca
contando los anillos
de los caballeros
romanos caídos en
la batalla de Cannas,
por Slotz.

»» Desde la niñez, habían educado a Aníbal en la enemistad mortal contra los romanos, y no dudaría jamás en cumplir el juramento que le exigió su padre. Sin importar lo que le reservasen los dioses en los años venideros, se dedicaría con su vida y con su misma alma a luchar contra el enemigo más enconado y poderoso de Cartago.

La historia de Aníbal, que comenzó con un niño en el templo de Cartago, ha cautivado al mundo durante más de dos milenios, y antes que nadie a los mismos romanos, que vieron en el cabecilla africano la encarnación de los enemigos, supuestamente bárbaros y sin civilizar, que los acechaban por doquier, y a quienes aspiraban a derrotar. El hecho de que Aníbal fuese uno de los generales más brillantes y osados de la historia universal, y de que estuviese a punto de acabar con Roma, ni siquiera ellos podían ignorarlo. ¿Qué clase de persona se atrevería a lanzar a su patria debilitada a una guerra contra la potencia militar más implacable que había conocido la Antigüedad? ¿Quién idearía y llevaría a cabo un plan tan audaz como para atravesar los Alpes imponentes con un ejército en marcha, para llevar la guerra a tierras italianas? ¿Y cómo pudo Aníbal, siempre superado en número y ya muy adentrado en territorio enemigo, derrotar a un ejército romano tras otro, hasta que la suerte de la ciudad estuvo en sus manos?

Aunque para muchos sigue siendo la revelación militar definitiva –un David cartaginés contra el Goliath de Roma–, no solo descolló

Igual que Alejandro Magno antes que él, y Julio César después, supo leer los corazones de sus soldados, y poseyó una habilidad asombrosa para intuir las debilidades secretas del enemigo.

por su genio en el campo de batalla; como niño, y después como hombre, su disciplina y determinación fueron legendarias. Como militar, igual que Alejandro Magno antes que él, y Julio César después, supo leer los corazones de sus soldados, y poseyó una habilidad asombrosa para intuir las debilidades secretas del enemigo. Como comandante en jefe, Aníbal apenas tiene equivalente en la historia, y se ha considerado el modelo de astucia táctica y estratégica que debe estudiarse en las academias militares hasta hoy. Pero no fue solo un general deslumbrante, sino un estadista consumado, un diplomático diestro y un hombre entregado a su familia y a su patria.

Recuerdo que, siendo niño, y como tantos otros, leí con fascinación cómo Aníbal condujo a sus elefantes de batalla a través de los Alpes para derrotar a los romanos invictos, en una guerra perdida de antemano, para salvar a su nación, sin dejar de preguntarme quién era el hombre detrás de la leyenda. ¿Qué nos dicen las fuentes –casi todas romanas, y por tanto hostiles– sobre el verdadero Aníbal? ¿En qué cambia su biografía si la contemplamos desde el punto de vista cartaginés, y no romano? ¿Se puede investigar más allá de las crónicas de historiadores romanos como Livio, propensos a mostrarlo como un monstruo, para descubrir a un personaje más humano? ¿Se puede recurrir a la propia historia de Aníbal para estudiar a los romanos de una forma menos acostumbrada, no como los nobles y benévolo defensores de la civilización que aparecen en los libros modernos de historia, sino como unos conquistadores voraces y despiadados, a quienes espolearon la codicia y el imperialismo?

Esas son las preguntas a las que intento responder con esta biografía, que es la historia de una guerra brutal y de unas maniobras militares brillantes en ambos bandos, pero sobre todo la búsqueda de la persona real que, hace mucho tiempo, se enfrentó al poder sin parangón de un imperio todopoderoso. No es la leyenda de un héroe sin tacha, porque los defectos de Aníbal acabarían condenándolo, a él y a su ciudad, sino la historia de quien, contra todo pronóstico, se atrevió a desviar el trayecto de la historia.



» Cartago

Nadie niega que una mujer fundase el hogar de Aníbal pero, en el mundo clásico, las mujeres nunca fundaban ciudades. Teseo unió las aldeas de Ática que dieron lugar a Atenas, el rey David derrotó a los cananeos y convirtió a Jerusalén en la capital del reino judaico, y Rómulo y su hermano Remo construyeron las primeras murallas de Roma. La leyenda de una ciudad fundada por una mujer es tan extraña que podría ser cierta, porque nadie se inventaría algo semejante.

Según el relato, la hermosa reina Elisa huyó de la ciudad fenicia de Tiro cuando su desdichado hermano Pigmalión asesinó a su marido. Con una plegaria al dios Melkart, puso rumbo junto a unos acompañantes, primero a Chipre, donde rescató de la prostitución a la que estaban destinadas a ochenta vírgenes, que se convirtieron en las esposas de los colonos en su nuevo hogar. Cuando los tirios desembarcaron por fin en África, el rey nativo se rio al ver a una mujer al frente, y le ofreció con desdén tanta tierra como pudiese cubrir con el pellejo de un buey. Pero la astuta reina cortó la piel (en griego, *byrsa*) en tiras y las dispuso en una circunferencia enorme, alrededor de una colina que dominaba la costa, y reclamó ese enclave –que se llamaría más tarde Birsá y que constituiría el corazón de su nueva ciudad. Los colonos fenicios la bautizaron como Qart-Hadasht («Nueva Ciudad»); para los griegos, sería Carchedon, y para los romanos, Cartago. Años después, cuando la ciudad edificada por Elisa ya era próspera y un rey libio quiso casarse con ella, prefirió suicidarse arrojándose a una pira funeraria antes que contraer un matrimonio que no deseaba. Los lectores del poeta romano Virgilio reconocerán la historia, con ligeros retoques, porque aparece en la Eneida, donde el héroe troyano Eneas visita Cartago y se enamora de la reina fundadora, llamada Dido en el poema, que se da muerte después de que este la abandone en África.

Los ancestros de Aníbal procedían, de hecho, de las lejanas costas levantinas del Mediterráneo oriental. El nombre que les dieron los griegos, *phoinikes*, aludía a la costosa púrpura para teñir que extraían de las glándulas de los



moluscos marinos, un tinte escaso que se convirtió en emblema de reyes, y cuya fabricación destilaba una pestilencia tan insoportable que los talleres se ubicaban siempre en un extremo de las ciudades. Cuando los romanos entraron en contacto con ellos, los conocieron como *poeni* o *punici*. Hablaban una lengua semítica, similar a la de sus vecinos hebreos, y fueron uno de los primeros pueblos en desarrollar un alfabeto.

Los fenicios nunca fueron un imperio unido, sino una sucesión de ciudades-estado in-



dependientes, entre las que se encontraban Tiro, Sidón y Biblos. La cercanía de imperios más belicosos y la escasez de recursos naturales, aparte de los moluscos y los cedros de las montañas del Líbano que circundaban sus ciudades, obligó a los fenicios a volver la vista hacia el mar, hasta convertirse en los mejores navegantes del mundo clásico. Para el siglo x a. C. ya habían establecido puertos mercantes en el Mediterráneo, donde descargaban las materias primas de Occidente que los mercados de Oriente anhelaban. En Chipre

y Cerdeña, con sus abundantes depósitos de cobre, plomo y hierro, en Tiro y en otras ciudades fenicias fundaron sus primeros puestos comerciales, y no tardaron en adentrarse por mar hasta España, donde explotarían las productivas minas de plata cercanas a la región ibérica de Tartessos, en la costa atlántica próxima a las columnas de Hércules. Los tirios establecieron enseguida su propia colonia en Gades (la actual Cádiz), al sur de Tartessos y a unos 3 200 kilómetros de Fenicia, y que el profeta Isaías describió así: ►►

Una batalla clásica, que probablemente representa la derrota de Aníbal por Escipión el Africano Mayor.

►► **Tiro, la coronada, cuyos mercaderes eran príncipes, cuyos traficantes eran nobles en la tierra.**

En sus viajes, los tirios actuaban como mercaderes y negociantes, no como conquistadores, y las relaciones que establecían con los nativos eran cordiales y, de normal, pacíficas, lo que incluía a los griegos, que acabaron adoptando el alfabeto púnico para escribir en su propio idioma. La ciudad fundada por Elisa se encontraba en un emplazamiento inigualable. Los barcos que partían del Líbano hacia España no tenían otra opción que aproximarse a su colonia por el estrecho paso entre el saliente de África y la isla de Sicilia, y además se encontraba en medio de la frecuentada ruta marina norte-sur, que conectaba Cerdeña con las ricas ciudades etruscas de la península italiana, en el Mediterráneo oriental. Las abruptas costas que rodeaban Cartago, a diferencia del desierto del Sáhara, al sur, estaban irrigadas por ríos que alimentaban los campos y huertos de cebada, avena, olivos, frutales y vides. La ciudad se encontraba en la espaciosa llanura de la península que le ofrecía una protección natural ante los ataques por tierra, al tiempo que permitía una salida fácil al mar y a los territorios cercanos. Las tribus de la zona eran amistosas, y también recibían con agrado los bienes importados que podían ofrecerles los cartagineses, procedentes de todo el Mediterráneo.

Los matrimonios mixtos, ya desde el principio, crearon una cultura africana singular, que combinaba los rasgos de los pueblos antiguos del sur con los del mundo mediterráneo, al norte y al este. La arqueología no ha desvelado si Elisa y su grupo de colonos existieron, pero las excavaciones muestran una Cartago floreciente a mediados del siglo VIII a. C. En las capas más profundas se han encontrado vasijas griegas bien trabajadas y objetos lujosos de la Etruria italiana, y también los restos de una muralla defensiva de piedra, muestra de que ningún pueblo de la Antigüedad confiaba del todo en la buena voluntad de sus vecinos. Los cementerios más antiguos indican que la población, un siglo después de que se fundase la ciudad, podía rondar los treinta mil habitantes, y en las sepulturas se han encontrado restos humanos enterrados con delicadeza, acompañados de frascos

de perfume, lámparas y estatuillas. Cartago no solo importaba objetos, sino que pronto empezó a fabricarlos, y de gran calidad. Su creciente flota comercial transportaba artefactos metálicos y alfarería, además de alfombras multicolores y tintes de las fábricas locales.

Cartago estableció e incrementó sus lazos comerciales con los pueblos de África y del entorno mediterráneo ya en sus inicios, con rutas mercantiles muy transitadas, desde Numidia en el oeste hasta Libia y Egipto en el este por mar o las que recorrían las caravanas que, partiendo del Sáhara y los reinos más alejados, al sur, atravesaban los ríos Senegal, Alto Nilo y Níger. En el Mediterráneo, los navegantes regresaban con frecuencia a Tiro, y con más regularidad aún a otros destinos del oeste y el sur; España e Italia, sobre todo Cerdeña y Sicilia, eran paradas cotidianas para sus mercaderes, que no tardarían en fijar allí avanzadillas comerciales permanentes. Cuando los intercambios con Tiro se resintieron por la conquista babilonia del rey Nabucodonosor, en el siglo IV a. C., Cartago no tardó en ocupar ese vacío en los negocios.

Sin embargo, la exploración y el comercio no se limitaban al Mediterráneo, y las regiones más distantes de Europa y Asia fueron otras de sus intereses. Poco después del 500 a. C. emprendieron dos expediciones, cuyo relato aún se conserva, aunque no serían las únicas. La primera, compuesta por el solitario navío de un comandante llamado Himilcón, partió hacia el norte para sobrepasar las columnas de Hércules, bordear las costas española y gala del Atlántico y arribar a las islas de los oestrimnios, que quizá se hallasen frente a Bretaña o Cornualles, y que eran ricas en estaño. Desde allí, puede que Himilcón se aventurase más al norte, hasta el norte de Inglaterra e Irlanda. En la segunda expedición, mucho más numerosa, viajaron familias de colonos en una flota extensa, a las órdenes de un cartaginés llamado Hannón. La crónica de este viaje, según la leyenda, estuvo expuesta en el templo de Baal Hammón en vida de Aníbal, y en su curso Hannón capitaneó los barcos por un Atlántico tormentoso hasta la costa de Marruecos, fundando nuevos asentamientos a lo largo del trayecto, como el de las islas Cerne –en la actual Mauritania–, donde comerciaron con los nativos del continente para obtener pieles de león y marfil de los elefantes.

Cuando se hubo establecido el último colono, Hannón prosiguió hacia el sur del Sáhara, probablemente hasta la desembocadura del río Senegal, incluso hasta el delta del Níger, o más allá. En la travesía sufrieron el ataque de unas criaturas que describirían como muy peludas, a las que llamaron gorillas, cuya piel exhibieron en Cartago, y presenciaron la erupción de un volcán, el Carro de los Dioses. La alusión escueta del historiador griego Herodoto, un escéptico, a unos marinos fenicios que habrían circunnavegado toda África en el siglo VII a. C. no debería desdeñarse, porque puede que fuese solo uno de los trayectos habituales que conectaban Cartago con una enorme red comercial que se extendería hasta el extremo sur del continente. Dejando de lado la latitud hasta la que llegasen Himilco, Hannón y otros en sus prolongadas expediciones, sus viajes demuestran que los cartagineses no dejaban de buscar nuevos mercados y bienes, gracias a su acendrada curiosidad y espíritu aventurero.

No obstante, sus principales empresas comerciales se encontraron más próximas, en torno al estrecho mar italiano; si el intercambio con las ciudades etruscas en particular había sido fundamental hasta entonces, en el 509 a. C. firmaron un acuerdo con una pequeña ciudad en el centro de la península, a orillas del Tíber. Este asentamiento sobre siete colinas, en apariencia insignificante, acababa de librarse del yugo de su último rey opresor y, pese a que casi ningún pueblo repararía en ese minúsculo Estado, pobre y amenazado por la hostilidad de sus vecinos, los cartagineses consideraron que tenía un futuro prometedor, y sellaron un acuerdo de amistad con la nueva República de Roma.

Según el elogio del filósofo griego Aristóteles, Cartago contaba con uno de los mejores sistemas políticos del Mediterráneo, porque no la gobernaban reyes, como a la Macedonia de Alejandro, ni una asamblea democrática como la ateniense, sino tres ramas de un gobierno –la de los magistrados electos, la del Senado aristocrático y la asamblea del pueblo–, lo que equilibraba los poderes y contrapesaba la ambición de cualquier aspirante a tirano. Sus dos principales magistrados recibían el nombre romano de sufetes y el cartaginés de shophetim, que es el mismo que aplica la Biblia a jueces de Israel ►►

GLOSARIO DE NOMBRES

La élite cartaginesa recurría a un elenco no muy extenso de nombres para sus hijos, lo que dificulta identificar quién es quién. También las familias romanas repetían los mismos de una generación a otra, de modo que abuelos, padres e hijos se llegan a confundir. Esta lista puede servir como referencia para que los lectores conozcan a los principales personajes de la vida de Aníbal, y de la historia en general de Cartago y Roma.

Fabio Máximo: nombrado dictador de Roma, se enfrentó con éxito a Aníbal a base de evitar la confrontación directa, ganándose el apodo de Cunctator («Demorado»).

Cayo Flaminio: general romano y enemigo de sus élites, que cayó en la trampa de Aníbal en el lago Trasimeno, y murió allí con casi todas sus tropas.

Cayo Terencio Varrón: cónsul y general en jefe que luchó contra Aníbal en la batalla de Cannas en 216.

Amílcar Barca: general cartaginés y padre de Aníbal, que encabezó las tropas en Sicilia en la Primera Guerra Púnica y conquistó en los años siguientes gran parte del sur de España. **Aníbal:** hijo de Amílcar Barca, el más grande general de Cartago.

Hannón: navegante cartaginés que circunnavegó la costa atlántica de África, llegando quizá hasta la moderna Sierra Leona.

Asdrúbal: hermano menor de Aníbal, que lo dejó al mando en el sur de España, que marchó con su ejército a Italia para auxiliarlo y que murió en la batalla del Metauro.

Magón: general de Carago y hermano más pequeño de Aníbal.

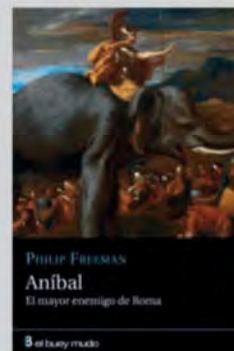
Maharbal: comandante de las tropas a caballo de Cartago, que conminó a Aníbal a marchar contra Roma tras la batalla de Cannas.

Masinisa: rey de Numidia y aliado de Roma.

Polibio: griego, enviado como rehén a Roma, donde se relacionó con la familia de los Escipiones y escribió la mejor narración que nos ha llegado sobre la Segunda Guerra Púnica.

Pirro: rey de Epiro que se enfrentó a Roma e invadió Italia.

Escipión: Publio Cornelio Escipión, el Africano, general de Roma que derrotó a Aníbal en la Segunda Guerra Púnica.



Aníbal con Artaxias I de la Gran Armenia en Ayrarat.

►► como Sansón y Débora. Igual que los cónsules romanos, los sufetes eran hombres ricos y prestigiosos a los que se elegía cada año para dirigir el poder ejecutivo del Estado. La segunda sección era la de los adirim, el Senado, compuesto por los más adinerados y poderosos, en su mayoría terratenientes, y casi siempre con intereses comerciales que defendían con ardor. Por último, la asamblea de ciudadanos libres representaba las inquietudes del pueblo llano. Al igual que en el resto del mundo de la Antigüedad, salvo excepciones, las mujeres no tenían voz oficial en los asuntos de gobierno.

A diferencia de otras ciudades, en Cartago se empleaban mercenarios para la defensa y la guerra; en otros Estados era habitual contar con soldados extranjeros para complementar en ocasiones a las milicias ciudadanas, pero los cartagineses dependían de ellos y pagaban por su protección, con la ventaja de que se ahoraban los costes de mantenimiento de un ejército numeroso, y con el inconveniente de que los mercenarios podían recurrir a la violencia si estaban descontentos con el salario o con el trato recibido. Esta situación acabaría causando graves problemas a la ciudad, y sobre todo al padre de Aníbal. Al frente de las tropas contratadas se encontraban ciudadanos prominentes, que se jugaban su suerte a la victoria en las batallas porque, si las perdían, los generales no tardaban en sufrir la crucifixión.

Las calles de Cartago, diseñadas con una regularidad nítida, bullían de actividad desde antes del amanecer hasta mucho después de que anochebiese. Los pescadores mostraban sus capturas en la playa, los vendedores ambulantes asaban carne para ser consumida de inmediato, junto a las vías más transitadas, y los panaderos ofrecían pan caliente aderezado con especias y miel. Los ciudadanos ordinarios vivían en edificios cómodos, aunque rebosantes, hasta de seis alturas, mientras las familias más pudientes disfrutaban de hogares amplios al norte de la colina de Birsá, en el vecindario exclusivo de Megara, cuyos jardines y frutales exuberantes tanto alabarían los autores griegos; tanto las unas como las otras contaban con cisternas subterráneas para almacenar el agua de la lluvia, que bebían y utilizaban para asearse. A los esclavos correspondía acarrearla escaleras arriba, en el núcleo urbano y en las

granjas cercanas. En el Mediterráneo clásico, los esclavos eran omnipresentes, fuese en Cartago, en Roma o en Atenas, sin distinción de raza, y solo tenían en común haber caído como prisioneros en alguna de las interminables guerras que los cartagineses libraban en regiones lejanas, aunque en algunos casos habían sido capturados en incursiones de piratería, o habían nacido ya esclavos. Su existencia, especialmente la de las mujeres, era una suma de abusos y degradación, aunque el trabajo esforzado podía abrirles el camino hasta la libertad. Cuando era preciso, los varones jóvenes servían en el ejército a cambio de la liberación.

La religión era parte crucial de la vida en Cartago. Los variados dioses que habían traído de su patria fenicia eran objeto de una devoción cuidadosa, influida con frecuencia por las tradiciones de los nativos africanos. En la ciudad se levantaban templos a Eshmún, Reshef, Astarté y otras deidades, con santuarios dedicados a Melkart, muerto y resucitado anualmente. Con todo, el dios supremo de Cartago era Baal Hammón, al que solía representarse con el símbolo de una luna creciente, y a quien acompañaba su consorte Tanit, la patrona de la ciudad, que en los monumentos y las obras de arte aparecía con los brazos extendidos hacia el cielo. Pero la particularidad más controvertida e inquietante de sus prácticas religiosas, al menos para un observador externo, era el molk, sacrificio de los recién nacidos en el fuego abrasador de Baal Hammón.⁸ Las escrituras judías describieron el horror de holocaustos parecidos entre sus parientes cananeos, y griegos y romanos compitieron por plasmar con los detalles más grotescos este rito para presentar a los cartagineses como unos bárbaros crueles.

Lo cierto es que no puede afirmarse con precisión qué hacían durante el molk, ni con qué frecuencia, aunque sí parece claro que en épocas de peligro extraordinario se sacrificaban niños a Baal Hammón, un acto de devoción religiosa que se practicaba en tiempos de Aníbal y más adelante. De nuevo hay que recordar que los mismos romanos recurrían al infanticidio a gran escala con los hijos no deseados, sobre todo si se trataba de niñas, y que incluso en la época de Julio César⁹ ofrecían sacrificios humanos de adultos a sus dioses, aunque los historiadores de Roma apenas lo mencionen.



HASTA LA BANDERA

CÓMO LOS ESTADOS HAN INVENTADO, MANIPULADO
O REINVENTADO SUS SÍMBOLOS PARA IMPONER
NARRATIVAS POLÍTICAS

Las banderas ondean en plazas, estadios y balcones como si fueran verdades eternas. Pero muchas de ellas tienen un pasado más reciente, incierto o calculado de lo que parece. Desde cambios cromáticos para borrar derrotas hasta diseños ideados por regímenes que querían reescribir la historia, el tejido de las banderas está lleno de costuras políticas invisibles... hasta que se miran de cerca.

POR **CARLOS CUESTA**

Pocas cosas parecen tan sólidas como una bandera nacional. Ondeán en estadios, actos oficiales y balcones como si fueran un hilo continuo que uniera pasado y presente. Sin embargo, la mayoría de las banderas tal y como las conocemos hoy son sorprendentemente recientes. La idea de que llevan siglos sin cambios es, en gran medida, una ficción construida para darles autoridad.

En sus orígenes, las banderas no eran símbolos nacionales, sino estandartes militares o navales. Servían para identificar tropas en el campo de batalla o barcos en alta mar. Los reinos medievales tenían pendones y gonfalcones con los escudos de sus monarcas, pero

no existía la noción de “bandera de todos”. Esa transformación comenzó en los siglos XVIII y XIX, cuando el concepto moderno de nación necesitó símbolos compartidos para movilizar y cohesionar a poblaciones diversas.

Historiadores como Eric Hobsbawm han descrito este fenómeno como “la invención de la tradición”: símbolos y rituales diseñados deliberadamente para parecer antiguos, aunque fueran nuevos. La bandera pasó así de ser un signo del soberano a convertirse en un icono de la comunidad imaginada. La Revolución Francesa fue un laboratorio en este sentido: su tricolor no solo representaba libertad, igualdad y fraternidad, sino que visualizaba una ruptura con el Antiguo Régimen y un modelo exportable a territorios conquistados.

La calle Mosnier con banderas, de Édouard Manet.



►► Durante el siglo XIX, la proliferación de banderas nacionales coincidió con la expansión de los nacionalismos. Los nuevos estados, desde Grecia hasta Italia, adoptaron enseñas inspiradas en símbolos históricos reinterpretados o directamente inventados. La bandera empezó a ser un “uniforme colectivo” que todos los ciudadanos podían lucir, ya fuera en el mástil de un barco mercante o en un desfile patriótico.

Este carácter construido explica por qué las banderas se han convertido en un instrumento tan maleable para los estados: no solo representan, sino que narran. Y como todo relato, se puede reescribir, recortar o decorar según convenga.

Inventar tradición

Una de las estrategias más comunes en la historia de las banderas es hacer pasar un diseño reciente por herencia milenaria. El caso del Union Jack británico es paradigmático. Creado en 1606 y modificado en 1801 para incluir a Irlanda, fue presentado como símbolo eterno de la unión de las coronas, aunque su composición respondía a una operación política concreta. La bandera combinaba las cruces de San Jorge (Inglaterra), San Andrés (Escocia) y San Patricio (Irlanda) en un diseño que sugería armonía, incluso cuando las relaciones reales entre estos territorios distaban de ser pacíficas.

En Estados Unidos, la historia de Betsy Ross cosiendo la primera bandera con trece estrellas y franjas en 1776 es parte del imaginario popular, pero carece de pruebas concluyentes. Lo cierto es que el diseño fue el resultado de un comité del Congreso Continental y evolucionó con la incorporación de nuevos estados. Sin embargo, el mito de la costurera patriota otorgó al símbolo un aura artesanal y femenina, muy útil para integrarlo en la narrativa nacional.

La tricolor francesa, nacida en la Revolución, se exportó como marca política a gran parte de Europa y América. Su adopción en territorios coloniales —a veces en versiones adaptadas— transmitía la idea de fraternidad universal, pero también la de dominación cultural.

El Reino Unido adaptó su Blue Ensign a docenas de colonias y dominios, colocando el Union Jack en la esquina superior izquierda y un escudo local en el resto.

Un ejemplo menos citado es la bandera griega de 1822. Aunque presentada como un símbolo ancestral vinculado al Imperio bizantino y a la fe ortodoxa, su diseño de franjas blancas y azules con cruz fue, en realidad, una creación de inspiración naval occidental, concebida para distinguir a los barcos griegos de los otomanos durante la guerra de independencia.

En todos estos casos, la bandera no es un hallazgo espontáneo: es un artefacto político cuidadosamente diseñado para parecer inevitable, como si siempre hubiera estado ahí. Esa es la magia —y el truco— de muchas enseñas nacionales.

Borrar el pasado

Si inventar tradición es un recurso habitual, borrar el pasado lo es todavía más. Las banderas pueden cambiar de un día para otro cuando un régimen quiere desmarcarse de su predecesor o de una derrota humillante. El cambio cromático, la eliminación de un símbolo o la alteración de un escudo son operaciones de cirugía visual que buscan reescribir la memoria colectiva.

Alemania es un ejemplo de manual. El Imperio alemán (1871–1918) utilizó una bandera negra, blanca y roja. Tras la Primera Guerra Mundial, la República de Weimar adoptó el negro, rojo y amarillo, colores vinculados a los movimientos liberales del siglo XIX. Pero en 1933, los nazis abolieron esta enseña y recuperaron, temporalmente, la imperial mientras introducían la suya propia: el fondo rojo con la esvástica negra en círculo blanco, un diseño con resonancias místicas y militares. Tras 1945, la Alemania Occidental volvió al negro,





▼
Sede de Naciones
Unidas en Ginebra.

rojo y amarillo, mientras la Oriental incorporó al mismo patrón el emblema comunista.

Rusia ofrece otro caso revelador. La URSS ondeó durante casi siete décadas la bandera roja con la hoz y el martillo dorados bajo la estrella comunista. En 1991, tras el colapso soviético, el país volvió al tricolor blanco, azul y rojo que había usado en época zarista, presentándolo como un retorno a la “verdadera” Rusia, aunque ese diseño nunca había sido símbolo de democracia.

España ha jugado con sus colores y escudos según el régimen. La II República añadió una franja morada al rojigualda tradicional, alegando que representaba a Castilla y a los valores republicanos. Franco restauró el rojigualda, modificando el escudo con el águila de San Juan. En 1981, la democracia adoptó un escudo simplificado, pero mantuvo los colores.

Un caso extremo es el de Afganistán, que ha cambiado de bandera más de veinte veces desde 1901, reflejando cada golpe de Estado, invasión o cambio de régimen. En este país, la bandera no es un símbolo estable, sino un campo de batalla ideológico.

En todos estos ejemplos, el objetivo es el mismo: romper el hilo visual con un pasado incómodo y legitimar el presente. La bandera actúa como un borrador de memoria.

Colores y patrones que viajan

No todas las banderas son inventos aislados. Muchas forman parte de familias cromáticas que revelan influencias políticas, culturales o coloniales. Es lo que ocurre con los colores panafricanos (rojo, verde y amarillo), inspi- ►►

►► rados en la bandera de Etiopía, único país africano que resistió la colonización europea; con los panárabes (rojo, negro, blanco y verde), surgidos en la revuelta contra el Imperio otomano; o con los paneslavos (blanco, azul y rojo), adoptados por Rusia y luego replicados en Serbia, Croacia, Eslovaquia y otros estados.

El colonialismo europeo dejó una huella duradera en los diseños. El Reino Unido adaptó su Blue Ensign a docenas de colonias y dominios, colocando el Union Jack en la esquina superior izquierda y un escudo local en el resto. Australia, Nueva Zelanda, Fiyi o Tuvalu aún conservan versiones de esta plantilla. Francia usó sus colores nacionales como base

para muchas banderas coloniales en África y el Pacífico, integrando escudos que evocaban recursos locales o símbolos de lealtad a la metrópoli.

En el norte de Europa, el patrón de cruz nórdica —inspirado en la bandera de Dinamarca, el Dannebrog, la más antigua de uso continuado— se replicó en Suecia, Noruega, Finlandia, Islandia y las Islas Feroe. Este diseño, que según la leyenda cayó del cielo durante una batalla del siglo XIII, se convirtió en un sello visual de identidad compartida y, paradójicamente, de independencia entre vecinos.

Hay casos curiosos de “exportación inversa”. La bandera de Estados Unidos influyó en el

 Soldados ondeando la bandera soviética en el Reichstag.



diseño de la de Liberia, fundada por esclavos liberados en el siglo XIX, y en el de Malasia, que adoptó un patrón similar adaptado a su simbología islámica.

Estos patrones y familias cromáticas demuestran que las banderas, más que símbolos cerrados, son productos de una historia de intercambios, imitaciones y adaptaciones. A veces se trata de afinidades culturales; otras, de imposiciones coloniales que los países, paradójicamente, han convertido en emblemas de su independencia.

Improvisaciones que se hicieron eternas

Algunas banderas nacen como soluciones temporales y terminan convertidas en símbolos permanentes. La historia reciente ofrece varios ejemplos de este fenómeno, en los que el diseño de emergencia se impuso por aceptación popular o por pura inercia política.

El caso de Sudáfrica es paradigmático. En 1994, al final del apartheid, el país necesitaba un símbolo que uniera a una población profundamente dividida. El concurso oficial no dio resultados satisfactorios y se adoptó, de forma provisional, un diseño creado por el heraldista estatal Frederick Brownell: seis colores, formas en "Y" que representaban la convergencia de caminos y el futuro común. La bandera gustó tanto que, seis meses después, se hizo oficial y desde entonces es uno de los símbolos más reconocibles del mundo.

La bandera de la ONU también surgió en un contexto de urgencia. Diseñada en 1945 para la Conferencia de San Francisco, debía ser un emblema neutral en plena posguerra. El azul claro y el mapa del mundo rodeado de ramas de olivo buscaban transmitir paz y cooperación. Aunque en teoría no es la bandera de un país, su poder simbólico es tal que hoy ondea en zonas de conflicto como garantía visual de neutralidad.

En situaciones de guerra o exilio, las banderas improvisadas se convierten en signos de resistencia. La Polonia ocupada durante la Segunda Guerra Mundial siguió usando clandestinamente el blanco y rojo oficiales, pintados en paredes o cosidos en brazaletes, como un desafío a la ocupación nazi y luego a la sovié-

CUANDO HAITÍ Y LIECHTENSTEIN SE ENCONTRARON EN BERLÍN

En los Juegos Olímpicos de Berlín de 1936, un detalle pasó inadvertido para el público pero no para los organizadores: Haití y Liechtenstein llevaban la misma bandera. Ambas ondeaban un sencillo bicolor horizontal, azul arriba y rojo abajo, sin escudo ni distintivo alguno.

La coincidencia resultaba casi cómica: un diminuto principado alpino y la primera república negra del mundo compartiendo enseña, sin que nadie lo hubiera advertido en décadas. En aquel tiempo, las banderas aún no eran tan omnipresentes como hoy, y los contactos diplomáticos entre ambos países eran inexistentes.

El malentendido se resolvió con rapidez. Liechtenstein decidió añadir su corona principesca dorada en la franja azul para evitar confusiones futuras. Haití, por su parte, incorporó en competiciones internacionales su escudo nacional con cañones, tambores y palmas. Desde entonces, sus banderas siguen siendo casi gemelas... pero ya no idénticas.

La anécdota ilustra que, incluso en un mundo obsesionado con la identidad visual, las banderas pueden ser menos únicas de lo que creemos. Y que, a veces, un simple encuentro deportivo basta para obligar a un país a replantearse su símbolo más visible.



tica. En Checoslovaquia, durante la Primavera de Praga de 1968, las banderas nacionales se modificaban con inscripciones a mano contra la invasión.

Un ejemplo particularmente singular es la bandera de Bosnia y Herzegovina. Tras la guerra de los Balcanes, la ONU y la UE intervinieron para establecer un diseño "neutral" que no favoreciera a ninguna etnia. En 1998 se ►►



▼
Bandera de
India.

►► adoptó una bandera azul con un triángulo amarillo y estrellas blancas, concebida por encargo internacional, no por consenso interno. Lo que nació como una imposición se convirtió, con el tiempo, en un símbolo aceptado por pragmatismo.

Estas historias muestran que, en tiempos de crisis, la bandera puede ser tanto un salvavidas como un parche. Y que la urgencia no está reñida con la permanencia.

El poder de un trozo de tela

La fuerza de una bandera reside en su capacidad para condensar una identidad compleja en un diseño simple. Esa simplicidad visual es su gran arma propagandística: cualquiera puede dibujarla, reproducirla, ondearla. Por eso, a lo largo de la historia, los regímenes han entendido que controlar la bandera es controlar el relato.

En el presente, las banderas siguen siendo terreno de disputa y resignificación. El arcoíris LGTBI+, nacido como símbolo de orgullo y diversidad en 1978, se ha convertido en un emblema global que, en muchos países, genera las mismas reacciones pasionales que una bandera nacional. La bandera ucraniana, con

su azul y amarillo, ha adquirido en los últimos años una carga emocional internacional como estandarte de resistencia frente a la invasión rusa. En España, la senyera catalana y la ikurrriña vasca alternan usos institucionales con reivindicaciones políticas intensas.

Las banderas también sirven para reinventar identidades. El rediseño de la bandera de Nueva Zelanda, propuesto en 2015 para sustituir el Union Jack por un helecho plateado, fue rechazado en referéndum, pero el debate sirvió para revisar qué querían que representara su país. En otros casos, como el de Canadá en 1965, el cambio fue un éxito: la hoja de arce roja y blanca sustituyó al escudo británico y se convirtió en un símbolo unificador casi instantáneo.

En el fondo, toda bandera es un texto visual que se lee, se interpreta y, sobre todo, se discute. Los colores, las formas y los símbolos que la componen no son neutrales: cuentan una historia, y como toda historia, puede ser reescrita. El “truco” de la bandera es precisamente ese: parecer eterna y objetiva, cuando en realidad es fruto de decisiones políticas, intereses estratégicos y, a menudo, una pizca de oportunismo.

Quizá por eso, cuando ondea una bandera, lo que vemos no es solo un trozo de tela movido por el viento, sino una narrativa en pleno acto.





EL ÚLTIMO ACTO DEL NOBLE

600 AÑOS DE LA MUERTE DE CARLOS III
DE NAVARRA

ENLACE AL CANAL

t.me/byneontelegram

O escanea el código QR:



En septiembre de 1425, en el palacio de Olite, se apagaba la vida de Carlos III de Navarra, apodado “el Noble”. A sus 69 años, dejaba un reino consolidado, una corte brillante y un legado de paz poco común en la Europa medieval. Sus últimos días, rodeados de ceremonias, testamentos y un ritual funerario minuciosamente documentado, ofrecen una ventana excepcional a la política, la cultura y la intimidad del final de un reinado.

POR JOSÉ MARÍA IZQUIERDO

En septiembre de 1425, el palacio de Olite era mucho más que una residencia regia: era un símbolo del poder y del refinamiento de la corte navarra. Sus torres, patios y jardines no solo acogían a la familia real, sino que servían de escenario a banquetes, recepciones diplomáticas y consejos de estado. Allí, en la que él mismo había convertido en una de las sedes cortesanas más admiradas de Europa, el rey Carlos III de Navarra se preparaba para afrontar el capítulo final de su vida.

Carlos había nacido en 1361 en la corte francesa, hijo de Carlos II de Navarra y de Juana de Valois. Su infancia transcurrió entre la tensión

política —con un padre apodado “el Malo” por sus intrigas y enfrentamientos con Castilla, Francia e Inglaterra— y una educación que, pese al contexto, fue refinada y orientada al protocolo y las letras. A lo largo de su reinado, iniciado en 1387, se ganó el sobrenombre de el Noble, no tanto por su linaje, que estaba fuera de toda duda, sino por su estilo de gobierno: diplomático, paciente y más inclinado a la negociación que a la espada.

Durante casi cuatro décadas, Carlos III logró lo que parecía imposible: mantener a Navarra al margen de las grandes guerras peninsulares y europeas, reforzar sus instituciones y embellecer su capital y sus residencias reales. Consolidó alianzas matrimoniales estratégicas, ►►

▼
Carlos III de Navarra.



Palacio Real de Olite.

►► impulsó obras arquitectónicas como la ampliación del palacio de Olite y fomentó una vida cortesana en la que la música, la poesía y la pintura ocupaban un lugar de honor. Sin embargo, en 1425, la edad —69 años, avanzada para la época— y la salud quebrantada le obligaban a delegar cada vez más asuntos en su hija y heredera, Blanca, y en su yerno, Juan, infante de Aragón.

El verano de ese año fue especialmente caluroso en Navarra, y las crónicas apuntan a que el monarca sufrió un agravamiento de sus dolencias, quizá de origen cardíaco o respiratorio. La proximidad del final era evidente para todos, aunque la corte mantenía una actividad diplomática constante, conscientes de que el cambio de reinado debía gestionarse sin fisuras.

El rey enfermo

Los testimonios sobre la enfermedad de Carlos III son fragmentarios, pero coinciden en describir un deterioro progresivo que se acentuó en las semanas previas a su muerte. La Crónica de Navarra menciona “grandes flaquezas y debilidades” que le impedían asistir a los actos públicos y que obligaban a celebrar las reuniones del Consejo en su propia cámara. El monarca, que hasta entonces había mantenido una presencia constante en audiencias y ceremonias, comenzó a reducir su actividad casi por completo.

En sus últimos meses, el palacio de Olite se convirtió en un espacio dividido entre la solemnidad de la corte y la discreción de una enfermería regia. Médicos y boticarios, probablemente de origen francés y aragonés, preparaban ungüentos y jarabes a base de hierbas, vino caliente y especias. Los remedios buscaban aliviar más que curar: en la mentalidad de la época, a cierta edad y con dolencias crónicas, la recuperación era improbable.

A pesar de su debilidad, Carlos III seguía recibiendo a algunos consejeros y emisarios, aunque en encuentros breves y muy controlados. La prioridad era garantizar la estabilidad política del reino. Navarra, pequeña pero estratégicamente situada entre Castilla, Aragón y Francia, no podía permitirse un vacío de poder. Por eso, buena parte de sus últimas audiencias estuvieron centradas en coordinar con Blanca y Juan la transición y en ultimar disposiciones testamentarias.

Las fuentes revelan que Carlos III conservó hasta el final un trato cortés, incluso en la enfermedad. Se despedía de visitantes con frases de afecto y gratitud, y concedía pequeños presentes —anillos, tejidos, monedas— a sus servidores más cercanos. Era un gesto calculado: en la política medieval, incluso la muerte se gestionaba con un ojo en la memoria que se quería dejar.

Los preparativos para la muerte

En la mentalidad del siglo XV, prepararse para morir era tanto un deber espiritual como un acto político. Para un rey, además, significaba escenificar un último ejercicio de poder. Carlos III, consciente de su inminente final, dispuso un

Se dice que murmuró unas palabras de bendición a su hija, asegurándole que su reinado sería próspero si mantenía la paz con los vecinos y el respeto a las leyes del reino.

testamento minucioso en el que no solo repararía bienes, sino que marcaba la hoja de ruta de la sucesión. La heredera oficial sería Blanca, casada con el infante Juan de Aragón, pero el documento insistía en preservar la identidad y la autonomía del reino frente a sus poderosos vecinos.

Los preparativos incluyeron también mandas piadosas a monasterios, catedrales y hospitales. El monarca destinó sumas significativas a la catedral de Pamplona, lugar previsto para su sepultura, y ordenó limosnas para los pobres de varias localidades navarras, gesto que reforzaba su imagen de rey generoso.

En el plano ceremonial, se comenzaron a organizar los protocolos para las exequias: la capilla ardiente se instalaría en Olite, con el cuerpo vestido con manto y corona, acompañado de la espada real y el cetro. Se preveían procesiones solemnes, vigiliat nocturnas y el traslado en cortejo hasta Pamplona. Cada detalle tenía un significado simbólico, desde el número de cirios encendidos hasta el orden de las delegaciones que asistirían.

Durante estos días, la corte se movía en una extraña mezcla de recogimiento y actividad febril. Artesanos, escribanos, heraldos y clérigos trabajaban al unísono, conscientes de que todo debía estar dispuesto para que la muerte del monarca no abriera grietas en el frágil equilibrio político del reino.

El 8 de septiembre de 1425

El amanecer de aquel martes 8 de septiembre llegó silencioso a Olite. Las crónicas relatan que el monarca llevaba varios días sin ape-

nas ingerir alimento, debilitado y recluido en su cámara más privada, situada en una de las torres del palacio, lejos del bullicio de los patios. A su lado permanecían su hija Blanca, algunos consejeros de confianza y el capellán mayor, encargado de asistirle en sus últimas horas.

En el ritual de la monarquía medieval, la agonía no era un momento íntimo: se trataba de un acontecimiento político cuidadosamente gestionado. En la estancia, junto a los aromas de cera y hierbas medicinales, se percibía la presencia de escribanos que anotaban las últimas disposiciones y de mensajeros preparados para partir en cuanto se confirmara el fallecimiento. La inmediatez de la noticia era vital: el reino debía enterarse al unísono y bajo un relato oficial que evitara interpretaciones peligrosas.

Según la Crónica de Navarra, poco antes del mediodía, Carlos III recibió la extremaun- ➤

▼
Estatua de Carlos III de Navarra en Pamplona.



ción. Se dice que murmuró unas palabras de bendición a su hija, asegurándole que su reinado sería próspero si mantenía la paz con los vecinos y el respeto a las leyes del reino. Minutos después, expiró. Tenía 69 años y 38 de reinado.

La noticia se propagó rápidamente: campanas en Olite, mensajeros a Pamplona, cartas selladas a Castilla, Aragón y Francia. En la capital navarra, el cabildo catedralicio ordenó preparar la iglesia para recibir el cortejo. En los pueblos, el anuncio se acompañó de toques fúnebres y de misas por el alma del rey. El impacto fue notable: Carlos III había gobernado más tiempo que la mayoría de sus contemporáneos y su muerte marcaba, para muchos, el fin de una era de estabilidad.

EL REY Y SUS ZAPATILLAS DE TERCIOPELO

La imagen que tenemos de un monarca medieval suele ser la de un guerrero con armadura, espada y caballo. Carlos III, el Noble, prefería otra indumentaria... sobre todo en sus últimos años. Las cuentas de palacio y los inventarios de su ajuar personal —conservados en el Archivo Real y General de Navarra— revelan un detalle curioso: mandó confeccionar varias “chapines” o zapatillas de terciopelo forradas de piel, para uso exclusivo dentro de sus aposentos.

No eran un capricho menor: en el siglo XV, la calefacción era un lujo raro y las estancias de piedra podían ser gélidas incluso en verano. El rey, de salud delicada, cuidaba especialmente sus pies, siguiendo un consejo médico que aseguraba que “mantenerlos calientes preservaba el ánimo y alarga la vida”.

Las zapatillas, probablemente en colores ricos como el rojo o el azul, se fabricaban en talleres de Pamplona con terciopelos importados de Florencia y forros de piel de marta o conejo. Eran, en su modo, un símbolo de estatus: pocos podían permitirse un calzado tan blando y costoso que no salía a la calle.

La anécdota circuló entre cortesanos y embajadores, y acabó asociándose a su estilo de gobierno: un monarca que prefería el confort del diálogo y la diplomacia antes que el fragor de la batalla. A fin de cuentas, si el trono se podía gobernar con zapatillas, ¿por qué cambiarse a las botas de guerra?

El funeral de un rey noble

El ceremonial fúnebre comenzó en el propio palacio de Olite, convertido en capilla ardiente. El cuerpo fue amortajado con túnica blanca y manto de terciopelo púrpura, la cabeza coronada y las manos sosteniendo el cetro y la espada. A sus pies, un escabel cubierto de brocado sostenía un cojín con la cruz y un misal abierto. Durante dos noches, el féretro fue velado por miembros de la guardia real, clérigos y representantes de los gremios de la ciudad.

La procesión hacia Pamplona partió al amanecer del 10 de septiembre. Encabezaban el cortejo los estandartes reales, seguidos de heraldos a caballo que anunciaban la llegada del “muy alto y muy poderoso señor, el rey Carlos, llamado el Noble, que Dios perdone”. Tras ellos, clérigos entonaban responsos mientras el féretro, sobre un carro cubierto de paños negros y dorados, avanzaba lentamente por el camino.

En cada localidad por la que pasaba, se organizaban paradas rituales: campanas doblando, altares improvisados y oraciones colectivas. La entrada en Pamplona fue solemne. El cortejo cruzó el portal de Francia y recorrió las calles principales hasta llegar a la catedral de Santa María la Real, donde el cabildo esperaba revestido con ornamentos de luto.

El funeral se prolongó durante varios días. Se celebraron misas solemnes, se distribuyeron limosnas y se ofrecieron banquetes en honor a embajadores y nobles llegados para la ocasión. El entierro tuvo lugar en el mausoleo que él mismo había mandado construir: una tumba de alabastro con su efigie yacente, trabajada con un realismo y una serenidad que parecían anticipar el descanso eterno que buscaba.

La magnificencia del sepelio cumplía una función doble: honrar al monarca y reafirmar la continuidad del poder en su heredera. Cada gesto, cada palabra del ceremonial transmitía el mensaje de que el trono de Navarra seguía firme.

Legado y memoria

Carlos III dejó tras de sí un legado que, seis siglos después, sigue marcando la historia de



Navarra. En el terreno político, supo mantener la independencia de un reino pequeño en un contexto dominado por potencias mayores. Su habilidad para la diplomacia le permitió tejer alianzas que evitaron guerras costosas y reforzaron la posición navarra en el tablero peninsular y europeo.

En lo cultural, su corte se convirtió en un centro de atracción para artistas, poetas y artesanos. El palacio de Olite, con sus jardines, salones y torres, fue descrito por viajeros extranjeros como uno de los más bellos de Europa. Promovió la construcción y restauración de iglesias, el impulso de la catedral de Pamplona y la dotación de instituciones benéficas.

Su apodo de el Noble no fue un artificio propagandístico: se lo ganó por un estilo de gobierno que buscó la armonía interna y la proyección de una imagen regia digna, culta y

generosa. La sucesión a Blanca, aunque pronto derivó en tensiones con su esposo Juan II, estaba diseñada para preservar la integridad del reino.

En la memoria colectiva, Carlos III ha quedado como un monarca “buen gobernante” en una época donde la violencia y la inestabilidad eran la norma. Su muerte, el 8 de septiembre de 1425, fue más que el final de una vida: representó el cierre de una etapa dorada para Navarra, que nunca volvería a disfrutar de tanta estabilidad prolongada.

Hoy, su figura es recordada en rutas históricas, exposiciones y conmemoraciones académicas. El 600 aniversario de su fallecimiento es una oportunidad no solo para repasar su biografía, sino para reflexionar sobre lo que significa el poder ejercido con mesura, la política como arte de la paz y la muerte como último acto de un reinado.

▼
Sepulcro de Carlos III de Navarra y Leonor de Trastámara en la catedral de Pamplona.

BOTÍN CON PAPELES

LA HISTORIA DEL EXPOLIO DEL
PATRIMONIO ESPAÑOL (1808–1900)

De iglesias vaciadas a bibliotecas desmanteladas, de obras maestras en museos extranjeros a manuscritos que nunca volvieron, España perdió entre comienzos del siglo XIX y el cambio de siglo un volumen incalculable de patrimonio artístico, histórico y documental. Las guerras, las desamortizaciones y un mercado internacional ávido de tesoros convirtieron el país en un terreno fértil para el expolio. No todo fue robo: muchas piezas salieron “legalmente”, amparadas por leyes, subastas o ventas privadas que, vistas hoy, son tan escandalosas como cualquier saqueo.

POR PAULA GARCÍA

La Guerra de la Independencia (1808–1814) no solo fue una sucesión de batallas, levantamientos y atrocidades. También fue, en palabras del historiador Nigel Glendinning, “uno de los mayores vaciados patrimoniales de la historia moderna de España”. Bajo las órdenes directas de Napoleón Bonaparte, comisarios de arte y oficiales franceses elaboraron listas detalladas de obras que debían ser enviadas a Francia. La misión era doble: enriquecer el Museo Napoleón —

nombre que entonces recibía el Louvre— y, de paso, privar a España de los símbolos materiales de su identidad.

El sistema estaba organizado. Cada ejército de ocupación llevaba consigo un “conservador” o “comisario” que identificaba y embalaba piezas de iglesias, conventos y colecciones privadas. José I Bonaparte, instalado en el trono español, firmó decretos que justificaban estas incautaciones como parte de una “modernización cultural” que debía centralizar en Madrid y París las mejores obras dispersas por el

Joven mendigo, de Bartolomé Esteban Murillo, en el Museo de Louvre.



►► territorio. En realidad, buena parte de ese arte partió hacia el norte sin intención de retorno.

Las ciudades más afectadas fueron Sevilla, Toledo y Madrid. Desde Sevilla salieron hacia Francia más de 400 obras, entre ellas varios Murillos, Zurbaranes y Valdés Leal que hoy se encuentran en el Louvre o en museos regionales franceses. En Toledo, la catedral fue despojada de tapices y orfebrería, mientras que en Madrid, colecciones aristocráticas enteras, como la del duque de Osuna, sufrieron expolio.

El historiador Pierre Géal ha documentado cómo “el botín español se convirtió en moneda de cambio diplomático”, regalado por Napoleón a sus generales o utilizado para sellar alianzas. Muchas piezas jamás fueron reclamadas oficialmente tras la derrota francesa, bien por desconocimiento de su paradero, bien por la debilidad de la España posnapoleónica, sumida en crisis política y financiera.

Aunque parte del saqueo fue revertido gracias a la mediación de Wellington y los aliados británicos, el retorno fue parcial. Obras como La Inmaculada Concepción de Murillo permanecieron en el Louvre, amparadas en la excusa de que habían sido “adquiridas” legalmente de manos privadas, aunque esas ventas se produjeran bajo ocupación militar.

Del campo de batalla al mercado de antigüedades

El saqueo napoleónico no acababa en el momento en que los soldados franceses abandonaban una iglesia o palacio. Una parte significativa del botín —especialmente piezas menores, manuscritos, platería y mobiliario— acabó en circuitos informales que conectaban directamente con anticuarios y coleccionistas en Londres y París.

Los propios oficiales y soldados, conocedores del valor que tenían ciertas piezas en el mercado, se convirtieron en comerciantes improvisados. El británico Richard Ford, que viajó por España en los años 1830, describió este fenómeno con ironía: “El camino de Burgos a Bayona estaba alfombrado no solo de cadáve-

Piezas de orfebrería fueron fundidas y convertidas en lingotes, pero otras sobrevivieron intactas, pasando de manos militares a anticuarios que las revendían a precios multiplicados.

res y ruinas, sino de cajas con reliquias y lienzos rumbo a algún salón parisino”.

En la capital francesa, casas como la de Alexis-Nicolas Pérignon o la de Alexis-François Artaud vendían abiertamente arte español. En Londres, coincidiendo con el auge del romanticismo hispánico, las subastas de Christie's o Sotheby's ofrecían “pinturas maestras procedentes de colecciones privadas en España” que en muchos casos habían salido del país tras un expolio o venta forzada.

El oro y la plata litúrgicos eran especialmente codiciados. Piezas de orfebrería fueron fundidas y convertidas en lingotes, pero otras sobrevivieron intactas, pasando de manos militares a anticuarios que las revendían a precios multiplicados. Algo similar ocurrió con los tapices, que se adaptaban al gusto burgués europeo recortando sus bordes o reduciendo su tamaño para encajar en salones privados.

La demanda internacional se alimentaba de una moda cultural: el “descubrimiento” romántico de España. Pintores como Delacroix o Fortuny contribuyeron a difundir la idea de un país exótico y decadente, repleto de tesoros a la espera de ser recogidos por quien supiera apreciarlos. Como señala la historiadora Inmaculada Socas Batet, “la imagen de España como almacén de antigüedades disponible para el extranjero educado fue uno de los grandes lastres culturales del siglo XIX”.

De esta forma, el expolio bélico se transformó en comercio de arte. El botín dejaba de ser botín y se blanqueaba como “adquisición legítima” en subastas internacionales, cerrando



un círculo donde la violencia inicial quedaba disimulada bajo el barniz de la compraventa civilizada.

Desamortizaciones: venta al mejor postor

Si las guerras habían abierto las puertas al expolio, las políticas internas del siglo XIX terminaron de vaciar los depósitos de patrimonio. Las desamortizaciones —la de Men-

dizábal en 1836 y la de Madoz en 1855— supusieron la venta masiva de bienes eclesiásticos y comunales para obtener liquidez y sanear la Hacienda pública. El objetivo político era debilitar el poder económico de la Iglesia y movilizar tierras improductivas, pero en la práctica significó la disolución de centenares de conventos y monasterios, con la consiguiente dispersión de sus tesoros artísticos y documentales.

Beato de Liébana de San Millán.

▼
Tesoro de
Guarrazar.

►► En el terreno artístico, retablos, esculturas, pinturas y objetos litúrgicos salieron a subasta sin una mínima política de protección. Muchos conventos cerrados vieron cómo sus bibliotecas —ricas en manuscritos medievales, incunables y libros de coro— eran vendidos al peso o incluso utilizados como combustible. El filólogo y bibliotecario Pascual de Gayangos, que a mediados del siglo XIX catalogó fondos dispersos, lamentaba en cartas a la Real Academia de la Historia que “no hay en España mano que salve lo que en un día de subasta se pierde para siempre”.

Casos emblemáticos abundan. El Beato de Liébana de San Millán, un códice iluminado del siglo XIII, salió del monasterio riojano tras la desamortización y pasó por manos privadas hasta acabar en Estados Unidos. Tablas góticas y renacentistas procedentes de iglesias rurales se vendieron a anticuarios británicos, que las adaptaban para colecciones privadas o museos como el Victoria and Albert.

La desamortización de Madoz, centrada también en bienes comunales y municipales, afectó a archivos y piezas históricas que no estaban bajo custodia eclesiástica. Documentos locales con siglos de antigüedad, cartas pueblas, actas y mapas fueron vendidos como papel viejo o dispersados en el mercado.

Paradójicamente, este expolio no fue clandestino: se hizo bajo el amparo de leyes estatales, en subastas públicas y con registros que, hoy, son a veces la única pista para rastrear piezas perdidas. La legalidad, sin embargo, no resta dramatismo a la pérdida. Como ha escrito el historiador Juan Sisinio Pérez Garzón, “la desamortización no solo desarraigó tierras, también desarraigó memoria”.

La moda del “arte español”

Mientras España vendía o dejaba escapar su patrimonio, en Europa y América crecía una auténtica fiebre por el “arte español”. El romanticismo, con su fascinación por lo pintoresco y lo exótico, convirtió a los grandes maestros españoles —Velázquez, Murillo, Zurbarán, Goya— en objeto de deseo de coleccionistas





internacionales. La pobreza del país, unida a la ausencia de una legislación protectora eficaz, facilitó la salida de obras maestras hacia Londres, París, Berlín o Nueva York.

Figuras como William Stirling-Maxwell, erudito y bibliófilo escocés, viajaron por España en busca de cuadros y manuscritos, adquiriendo piezas directamente de conventos en declive o de intermediarios que habían asistido a las subastas desamortizadoras. En Francia, marchantes como Charles Sedelmeyer actuaban como puente entre vendedores españoles y millonarios estadounidenses ávidos de llenar sus mansiones con arte europeo.

El fenómeno alcanzó tal dimensión que las subastas londinenses y parisinas comenzaron a anunciar lotes con la etiqueta "From a Spanish collection" como garantía de calidad y autenticidad. La procedencia española, lejos de ser un estigma asociado al expolio, se convirtió en reclamo comercial.

La demanda no se limitaba a la pintura. Tapices de la Real Fábrica de Santa Bárbara, muebles de estilo plateresco, cerámicas de Talavera y azulejos sevillanos viajaban en barco rumbo a América. Incluso elementos arquitectónicos —portadas románicas, columnas, artesonados mudéjares— fueron arrancados y exportados. El magnate estadounidense William Randolph Hearst llegó a adquirir claustros completos para su mansión de California, aunque algunos acabaron donados a museos por falta de espacio.

Esta moda tuvo también su versión académica. Universidades como Harvard o Yale, y museos como el Metropolitan de Nueva York, empezaron a construir colecciones hispánicas que, en muchos casos, se nutrieron de piezas salidas legalmente de España, pero cuya adquisición original fue posible gracias al clima de venta masiva generado por las desamortizaciones y la necesidad económica.

El resultado fue que, hacia finales del siglo XIX, el arte español ya no estaba en España: sus joyas más emblemáticas se repartían por vitrinas y paredes extranjeras, configurando un mapa de pérdidas que todavía hoy condiciona el discurso museístico y patrimonial del país. >>

EL DÍA QUE LA DAMA CRUZÓ LA FRONTERA

El 4 de agosto de 1897, en el yacimiento de La Alcudia, cerca de Elche, unos obreros hallaron una pieza de piedra caliza que pronto se convertiría en icono: la Dama de Elche. Su hallazgo no estuvo rodeado de protocolos arqueológicos ni de medidas de protección. Apenas dos semanas después, el arqueólogo y coleccionista francés Pierre Paris la adquirió por 4.000 francos —pagados en billetes nuevos— y la envió a París con permiso oficial de exportación firmado por las autoridades españolas.

La escultura ingresó en el Museo del Louvre como adquisición legítima, aunque en Elche la noticia dejó un regusto amargo. Los periódicos locales denunciaron que se había dejado escapar un tesoro irreplicable "sin comprender siquiera su valor".

Durante más de cuatro décadas, la Dama fue una estrella en la sala de antigüedades orientales del museo parisino. No regresó a España hasta 1941, en plena Segunda Guerra Mundial, como parte de un intercambio diplomático entre el régimen de Vichy y el gobierno de Franco. El trueque incluía también otras piezas arqueológicas y, a cambio, Francia recuperó varias obras góticas procedentes de sus catedrales.

Hoy la Dama de Elche se exhibe en el Museo Arqueológico Nacional, pero su periplo resume a la perfección el espíritu del expolio legal decimonónico: lo que se vendía con papeles y permisos podía ser, a la vez, una pérdida irreparable.



Una página
del Códice
Trivulziano de
Leonardo da
Vinci.

►► El arte como mercancía

A finales del siglo XIX, el expolio del patrimonio español ya no se realizaba solo con guerras o subastas de desamortización. Había encontrado un cauce “civilizado”: la exportación legal. La Ley de 1874 sobre exportación de obras de arte, lejos de proteger, abrió una puerta oficial a la salida de piezas, siempre que se obtuviera un permiso. En teoría, pretendía controlar el flujo de patrimonio; en la práctica, normalizó la pérdida.

La venta más emblemática de esta etapa fue la de la Dama de Elche en 1897. Descubierta fortuitamente por un joven en la finca La Alcuía (Alicante), fue comprada por el anticuario local Manuel Campello, quien la revendió al arqueólogo francés Pierre Paris. El busto, de 2.500 años de antigüedad, salió hacia el Museo del Louvre con todas las autorizaciones necesarias. España no la recuperó hasta 1941, tras un acuerdo político con el régimen de Vichy.

No fue un caso aislado. Manuscritos procedentes del Archivo de Simancas y del de Indias fueron adquiridos por coleccionistas y universidades extranjeras. El Códice Trivulziano de Leonardo da Vinci, que había llegado a España en el siglo XVII, fue vendido en 1935 a la Biblioteca Trivulziana de Milán, aunque el proceso se gestó décadas antes.

El arqueólogo y museólogo José Ramón Mélida advertía en 1910: “Con esta política, el país es como una cantera abierta al mundo: se llevan lo mejor, nos dejan las ruinas”. Y tenía razón. Desde capiteles románicos hasta lienzos de Zurbarán, pasando por joyas visigodas y piezas de orfebrería andalusí, todo podía salir, siempre que mediara una transacción formal.

A finales de siglo, incluso las Exposiciones Universales funcionaron como escaparate de venta. Piezas enviadas para exhibición en París o Chicago eran adquiridas por museos extranjeros que negociaban directamente con el propietario —a veces un particular, otras un ayuntamiento—, sin que el Estado español interviniera para impedirlo.

La paradoja es que muchos de estos objetos fueron vendidos para financiar obras públicas, modernizar ciudades o costear guerras colo-

niales. El arte se trataba como una mercancía de lujo prescindible, un lujo que el país empobrecido no podía permitirse mantener.

Lo que nunca volvió

El saldo de este siglo largo de pérdidas es abrumador. El Museo del Louvre conserva decenas de Murillos y Zurbaranes procedentes de Sevilla; el British Museum exhibe piezas visigodas halladas en la Península; el Metropolitan de Nueva York custodia retablos góticos y platería que salieron en ventas privadas. La catedral de San Juan en Nueva York luce un ábside románico completo, desmontado piedra a piedra de una iglesia segoviana.

Algunas reclamaciones han tenido éxito. La Dama de Elche, el Tesoro de Guarrazar o el frontal románico de San Juan de Boi regresaron a España en el siglo XX, aunque por razones más políticas que jurídicas. Otras, como el tesoro de los Quimbayas —regalado por España a Colombia en 1893— o ciertos códices medievales dispersos por Europa y América, parecen irrecuperables.

La jurista y especialista en patrimonio María Paz García-Bellido sostiene que “el derecho internacional ampara la devolución de bienes robados, pero en el caso de ventas legales del pasado el margen de reclamación es casi nulo”. Esto significa que gran parte de lo perdido seguirá en manos extranjeras, protegido por la legalidad vigente en el momento de su salida.

Este expolio prolongado revela no solo la fragilidad económica y política de la España decimonónica, sino también una visión del patrimonio como algo prescindible. Durante décadas, se asumió que una obra de arte podía cambiarse por dinero contante, sin medir el coste cultural de su ausencia.

Hoy, la memoria de lo perdido se reconstruye a través de catálogos razonados, archivos y exposiciones temporales que, paradójicamente, muchas veces dependen de préstamos de los mismos museos que se beneficiaron de aquel vaciado. El mapa de estas pérdidas es también un mapa de la historia española: guerras, reformas, ventas y olvidos que transformaron un patrimonio único en una diáspora cultural.



Garriga

AL PAPA



PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

AL REY

EL TEATRO COMO ARMA

LA COMEDIA DEL SIGLO DE ORO
EN AMÉRICA Y EUROPA

En los siglos XVI y XVII, el teatro fue mucho más que un entretenimiento. En manos de autores como Lope de Vega, Calderón de la Barca o Sor Juana Inés de la Cruz, se convirtió en un medio de transmisión de valores, doctrinas y mensajes políticos. Desde los corrales de comedias de Madrid hasta los tablados improvisados en ciudades coloniales de América, la comedia del Siglo de Oro funcionó como púlpito laico, escaparate ideológico y espejo crítico de la sociedad. Su influencia atravesó océanos y clases sociales, moldeando imaginarios colectivos que perduraron durante siglos.

POR **MANUEL JANCEWICZ**

Entre finales del siglo XVI y buena parte del XVII, España vivió una auténtica fiebre teatral. El Siglo de Oro convirtió la escena en un fenómeno de masas, comparable en su época al impacto del cine o la televisión actuales. Los corrales de comedias en Madrid, Sevilla, Valencia o Valladolid —patios de manzana adaptados como teatros permanentes— reunían a públicos de todas las clases sociales: desde nobles y clérigos hasta comerciantes, artesanos y criados. El teatro no era un lujo elitista, sino un espectáculo popular y cotidiano.

Autores como Lope de Vega, Tirso de Molina o Calderón de la Barca comprendieron el poder de la escena como herramienta para transmitir ideas, reforzar valores o agitar conciencias. Lope, en su Arte nuevo de hacer comedias, subrayaba

que el dramaturgo debía “hablar en necio a los necios” y “dar gusto al vulgo” para mantener su atención. La función social era doble: entretener y educar. Merveena McKendrick, catedrática emérita de la Universidad de Cambridge, lo sintetiza así: “El teatro barroco español fue un espejo y, al mismo tiempo, un sermón; no reflejaba pasivamente la realidad, sino que intervenía en ella”.

La escena del Siglo de Oro combinaba elementos de la tradición medieval —autos, farsas, representaciones litúrgicas— con estructuras nuevas que Lope codificó en su comedia nueva: tres actos, mezcla de tragedia y humor, personajes arquetípicos y un lenguaje rico en alusiones morales y políticas. El resultado era un formato flexible, capaz de atraer a todos y de insertar mensajes claros bajo capas de entretenimiento.

La asistencia al teatro se convirtió en un ritual urbano. En Madrid, las funciones ▶▶

Final del segundo acto de *El alcalde de Zalamea*, de Calderón de la Barca.



Corral de las Comedias de Almagro.

►► comenzaban a primera hora de la tarde y podían prolongarse hasta el anochecer. Entre acto y acto, músicos y bailarines amenizaban la espera. Las mujeres, situadas en la “cazuela” —un espacio reservado y separado—, asistían con la misma pasión que los hombres. La experiencia era colectiva: el público reaccionaba en voz alta, aplaudía o silbaba, y no dudaba en expresar su aprobación o rechazo a un pasaje.

En este contexto, la comedia se transformó en un medio de comunicación de masas en un imperio que carecía de prensa diaria o alfabetización generalizada. La oralidad y la puesta en escena garantizaban que los mensajes llegaran incluso a quienes no sabían leer, convirtiendo al teatro en un púlpito laico y, a veces, en un altavoz político.

Púlpito laico

La llegada del teatro a América fue inmediata tras la conquista. Ya en el primer tercio del siglo XVI, las representaciones teatrales se integraron en la labor misionera como un recurso eficaz para transmitir la doctrina cristiana a poblaciones indígenas. Frailes franciscanos, dominicos y jesuitas comprendieron que la teatralidad —movimiento, vestuario, música— superaba las barreras lingüísticas y culturales con más eficacia que el sermón o el catecismo escrito.

En ciudades como México, Lima o Cuzco, se adaptaron autos sacramentales y loas a contextos locales, incorporando elementos visuales y referencias culturales indígenas para captar la atención del público. Se utilizaban alegorías universales —la lucha del bien contra el mal, la victoria de la fe sobre la herejía—, pero también se integraban símbolos y metáforas comprensibles para comunidades que conservaban tradiciones prehispánicas.

Sor Juana Inés de la Cruz, en el virreinato de Nueva España, llevó esta fusión a su máxima expresión. Sus autos y loas combinaban la doctrina católica con referencias mitológicas, científicas y literarias, convirtiendo cada obra en un artefacto de persuasión intelectual y estética. La crítica literaria Georgina Sabat-Rivers señala que “Sor Juana entendió la escena como un espacio donde la palabra, la música y el ritual podían conquistar tanto el intelecto como el alma”.

El teatro misionero no se limitó a las ciudades. También llegó a reducciones y pueblos de misión, donde las representaciones coincidían con fiestas religiosas o conmemoraciones políticas. El escenario podía ser un atrio, una plaza o incluso el interior de un templo adaptado. Los actores eran a menudo miembros de la comunidad indígena, formados por religiosos que supervisaban los ensayos y adaptaban los textos.

En este sentido, la comedia del Siglo de Oro no solo cruzó el Atlántico como un producto cultural, sino como un instrumento de control simbólico. La representación teatral transmitía una jerarquía moral y social acorde con el orden colonial, al tiempo que ofrecía un espacio de negociación cultural: el público indígena interpretaba y resignificaba las obras según su propio horizonte cultural, creando lecturas híbridas que escapaban al control absoluto de las autoridades.

Crítica social bajo la censura

El teatro del Siglo de Oro no era un espacio libre de control. Las autoridades civiles y eclesiásticas ejercían una censura previa estricta, revisando los textos antes de su puesta en escena. Sin embargo, los dramaturgos desarrollaron un arsenal de recursos para decir sin decir, sorteando las prohibiciones mediante la alegoría, el humor o el juego de dobles sen-

tidos. Ignacio Arellano, uno de los mayores especialistas en Calderón de la Barca, lo ha definido como “la escritura en dos niveles: uno para el censor, otro para el espectador atento”.

Los conflictos sociales y las tensiones morales se filtraban en las tramas. La corrupción de los poderosos, el abuso de autoridad o la arbitrariedad de la justicia podían aparecer disfrazados en historias de reinos lejanos o tiempos antiguos. Así, un rey injusto en la Persia mítica podía ser leído por el público como una alusión velada a un gobernante contemporáneo. Obras como ‘El alcalde de Zalamea’ de Calderón, que exalta la justicia del pueblo frente a los abusos de un capitán, se convertían en auténticos manifiestos de defensa de la dignidad individual frente al poder arbitrario.

La comedia también servía para cuestionar roles de género y convenciones sociales. Personajes femeninos como las protagonistas de ‘La dama boba’ o ‘Fuenteovejuna’ muestran inteligencia, agencia y capacidad de liderazgo, elementos que resonaban con un público que, dentro y fuera de la escena, vivía en una sociedad jerárquica y patriarcal. El célebre grito de ‘Fuenteovejuna’, donde todo un pueblo asume la responsabilidad de un asesinato para proteger a la comunidad, ha sido interpretado por historiadores como una defensa temprana del bien común frente a la tiranía.

En los corrales, el público reaccionaba a estas insinuaciones con aplausos, murmullos o risas cómplices. La comunicación era directa, casi conspirativa. El espectador entendía que, bajo el barniz de entretenimiento, se estaba emitiendo un comentario sobre su propia realidad. En este sentido, la comedia era un espacio de catarsis social, donde se podía criticar sin incurrir en delito y se podían compartir, de forma velada, las frustraciones colectivas.

El resultado fue un teatro que, aunque vigilado, logró mantener una capacidad subversiva considerable. Como recuerda McKendrick, “la censura podía cortar un texto, pero no podía cortar la interpretación que el público hacía de él”.

Propaganda monárquica y religiosa

Si por un lado el teatro podía cuestionar el orden establecido, por otro era también una herra-

mienta de propaganda cuidadosamente cultivada por la monarquía y la Iglesia. Las representaciones cortesanas, organizadas para celebrar bodas reales, victorias militares o nacimientos de herederos, estaban concebidas como auténticos espectáculos de legitimación política.

En la corte de Felipe IV, Calderón de la Barca se convirtió en el dramaturgo oficial, encargado de componer obras que exaltaran el poder del monarca y la grandeza de la fe católica. Piezas como ‘La vida es sueño’ podían leerse como reflexiones filosóficas, pero también como alegorías del orden divino y la obediencia al rey. El escenario cortesano no escatimaba en recursos: decorados efímeros, maquinarias teatrales que permitían apariciones celestiales, música en directo y coros que reforzaban la solemnidad del mensaje.

En América, los virreinos replicaban este modelo. Los virreyes organizaban fiestas teatrales para celebrar proclamaciones reales o victorias militares. Se adaptaban comedias peninsulares y se escribían loas y autos sacramentales que subrayaban la conexión simbólica entre la autoridad virreinal y el trono en Madrid. Estas representaciones, realizadas en plazas mayores o en salones palaciegos, eran actos políticos tanto como culturales. ▶▶

▼
Sor Juana Inés de la Cruz, por Fray Miguel de Herrera.





Pedro Calderón de la Barca.

►► El teatro religioso, especialmente el auto sacramental, reforzaba la ortodoxia católica. Representado en la festividad del Corpus Christi, combinaba espectáculo y catequesis, y ponía en escena el dogma de la Eucaristía a través de alegorías visuales fácilmente comprensibles. Calderón, considerado el gran maestro del género, logró una síntesis perfecta entre arte y doctrina, convirtiendo sus autos en herramientas de reafirmación de la fe frente a las corrientes reformistas protestantes.

En ambos contextos, peninsular y americano, el teatro era un ritual de poder. El espectador no solo asistía a una función: participaba de una ceremonia política que confirmaba el orden social y religioso. La escenografía, la música y el texto formaban un todo inseparable, orientado a emocionar, convencer y recordar quién ostentaba la autoridad.

Los autos y loas de sor Juana Inés de la Cruz combinaban la doctrina católica con referencias mitológicas, científicas y literarias; cada obra era un artefacto de persuasión intelectual y estética.

Del corral de comedias a la plaza mayor

La fuerza del teatro del Siglo de Oro residía en su ubicuidad. No se limitaba a los corrales urbanos o a los escenarios cortesanos: llegaba a plazas, conventos, colegios y, en América, a pueblos de misión y reducciones indígenas. Era, como escribe Francisco Ruiz Ramón, “un arte total, que implicaba palabra, música, espacio y comunidad”. La función no terminaba con el último verso: continuaba en las tertulias, en los mentideros y en las conversaciones de mercado, donde las tramas y los personajes se comentaban como si fueran asuntos reales.

Este alcance transversal hizo que el teatro funcionara como un verdadero vehículo de cohesión cultural en un imperio vasto y diverso. Los mismos versos podían escucharse en Madrid, en Lima o en Ciudad de México, aunque adaptados a las particularidades locales. Esta circulación generaba un repertorio común, una especie de imaginario compartido que reforzaba la identidad católica y monárquica, al tiempo que dejaba espacio para reinterpretaciones y lecturas críticas.

En las ciudades coloniales, las representaciones en plazas mayores se integraban en las fiestas cívicas y religiosas, con decoraciones efímeras, procesiones y música. El público era heterogéneo: desde las élites criollas hasta artesanos, comerciantes e indígenas. Este contacto directo con el arte dramático fomentó la creación de compañías locales y la aparición de dramaturgos criollos que, aunque formados en el canon peninsular, incorporaron elementos autóctonos en sus textos.

Tras la independencia de las colonias americanas, buena parte de ese repertorio siguió representándose, aunque adaptado a los nuevos contextos políticos. Obras como Fuenteovejuna o El alcalde de Zalamea podían resignificarse como alegorías de resistencia contra cualquier forma de tiranía, no solo contra los abusos feudales. En el siglo XIX, el teatro barroco se convirtió en referente de identidad cultural para intelectuales que buscaban diferenciarse de Europa sin romper con sus raíces hispánicas.

El legado del Siglo de Oro se mantiene vivo en los festivales teatrales contemporáneos,

como el Festival Internacional de Teatro Clásico de Almagro, y en las reinterpretaciones de sus obras en clave moderna. La vigencia de sus temas —justicia, libertad, honor, amor— demuestra que aquel teatro no fue solo una herramienta coyuntural, sino un corpus cultural capaz de dialogar con distintas épocas.

El poder transformador del teatro

El teatro del Siglo de Oro fue mucho más que un entretenimiento. Actuó como escuela de valores, altavoz político, instrumento evangelizador y herramienta propagandística. Su éxito se explica por la combinación de talento literario, riqueza escénica y una comprensión intuitiva del público como comunidad activa. Los dramaturgos sabían que cada verso, cada gesto, cada pausa tenía un efecto multiplicador en la mente del espectador, capaz de reforzar convicciones o sembrar dudas.

Francisco Ruiz Ramón lo resume con claridad: “El teatro barroco español no se limitó a mostrar el mundo; intentó transformarlo, persuadiendo y emocionando a la vez”. Esa dualidad —entre arte y acción— lo convirtió en un fenómeno único en la historia cultural europea.

En el contexto de la Monarquía Hispánica, la escena funcionó como un espejo en el que el espectador veía reflejadas las virtudes y los defectos de su tiempo, pero también como un escenario simbólico donde se reforzaban las jerarquías y las creencias dominantes. La tensión entre crítica y propaganda, entre subversión y obediencia, es lo que le da su riqueza y su vigencia.

Hoy, el estudio de ese teatro nos ofrece pistas para entender cómo se construyen y se disputan los discursos culturales. Del mismo modo que en el siglo XVII, la escena contemporánea sigue siendo un espacio donde se negocian significados y se proyectan utopías. El legado del Siglo de Oro, con su extraordinaria capacidad de hablar a públicos diversos y de adaptarse a contextos cambiantes, nos recuerda que el teatro, en su esencia, siempre será un arma: a veces blanda, a veces afilada, pero siempre poderosa. ■

CUANDO LOPE “COLÓ” UN VERSO PROHIBIDO

La censura del Siglo de Oro podía ser estricta... pero no infalible. En 1621, Lope de Vega presentó ante los revisores una comedia cuyo manuscrito cumplía con todas las normas: nada de críticas directas al poder, ninguna herejía, todo en orden. Sin embargo, el día del estreno en el corral de la Cruz, uno de los actores recitó un verso que no figuraba en el texto aprobado: “Más justicia hay en el pueblo / que en la silla del que manda”.

La frase provocó un murmullo inmediato entre los espectadores. Algunos aplaudieron; otros se miraron con gesto cómplice. La autoridad presente tomó nota... pero la obra no se suspendió. Según cuenta el cronista Jerónimo de Barrionuevo décadas después, el añadido fue idea del propio Lope, confiado en que la fuerza del momento impediría al censor reaccionar.

No quedó constancia oficial del “verso intruso”, pero la anécdota circuló entre corrales y mentideros como ejemplo del ingenio con que los dramaturgos podían esquivar la tijera. Una prueba más de que, en el Siglo de Oro, la escena era un campo de batalla silencioso donde cada palabra podía convertirse en un acto político.



NEGRO ABSOLUTO

DEL LUTO CORTESANO AL 'PRÊT-À-PORTER'

En la historia de la moda occidental, ningún color ha condensado tantos significados, ni ha oscilado tanto entre polos opuestos, como el negro. Símbolo de poder y sobriedad en las cortes renacentistas, se asoció también al duelo, la penitencia y la muerte. En el siglo XIX se convirtió en emblema de la elegancia burguesa, y en el XX, Coco Chanel lo transformó en el color de la modernidad y la transgresión. Hoy, el negro sigue siendo un uniforme universal, capaz de adaptarse al protocolo más estricto o a la rebeldía más consciente.

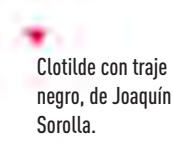
POR ISABEL G. RIVAS

En la Europa de los siglos XVI y XVII, el negro se convirtió en un color de distinción y autoridad, especialmente en la corte de los Austrias. Aunque hoy lo asociemos fácilmente al luto o a la sobriedad, en aquel tiempo era también un lujo visible, reservado a quienes podían permitirse las costosas técnicas de tintura que producían el famoso “negro español”.

Este tono profundo y uniforme no era sencillo de obtener. Las fibras —lana, lino o seda— debían someterse a procesos repetidos de tintura, empleando colorantes como la cochinilla mexicana, el palo de Campeche o el agallas de roble, fijados con mordientes metálicos.

El coste era elevado, y la intensidad del negro se veía como un signo inequívoco de riqueza. Mientras que en otras cortes europeas predominaban ropajes más coloridos, la etiqueta borgoñona, heredada por Carlos V y afianzada por Felipe II, imponía el negro como código de sobriedad y autoridad.

La preferencia por el negro en España tuvo también una carga simbólica y política. Felipe II, que estableció un luto casi permanente tras la muerte de su esposa Isabel de Valois, consolidó la imagen del monarca vestido de oscuro, austero y recogido. Esta imagen se proyectó en la pintura oficial —baste recordar los retratos de Tiziano o Pantoja de la Cruz— y contribuyó a asociar el negro con la majestad y la contención moral.



Clotilde con traje negro, de Joaquín Sorolla.



►► Además, la moda cortesana se filtraba hacia las élites urbanas y provinciales. Vestir de negro no solo era cuestión de protocolo, sino de aspiración social. Los mercaderes acomodados, los juristas y los altos funcionarios adoptaron el negro como uniforme, una señal de prestigio que les situaba visualmente en la órbita de la corte. En la Europa protestante, la austeridad cromática también se convirtió en un signo de virtud y sobriedad moral, aunque por razones religiosas más que por etiqueta cortesana.

El “negro español” se convirtió así en una marca reconocible más allá de las fronteras. Viajeros y cronistas extranjeros lo describían como un color “grave y noble”, y en ciudades como Amberes o Ámsterdam se producían tejidos oscuros que imitaban los tintes ibéricos para exportarlos a otros mercados. En

 Retrato de un hombre de negro con un guante, de Bartholomeus van der Helst.



Los mercaderes acomodados, los juristas y los altos funcionarios adoptaron el negro como uniforme, una señal de prestigio que les situaba visualmente en la órbita de la corte.

este período, el negro pasó de ser una rareza a consolidarse como un color con peso político y cultural, capaz de comunicar autoridad sin palabras.

Entre el púlpito y el camposanto

Más allá de su función cortesana, el negro se cargó de significados espirituales y rituales. En el mundo cristiano occidental, este color se vinculó al luto, la penitencia y la renuncia. En el ámbito eclesiástico, órdenes monásticas como los benedictinos, dominicos o agustinos adoptaron hábitos negros, en parte por simbolizar la humildad y la mortificación, y en parte por la disponibilidad de tintes oscuros duraderos. En estos casos, el negro era la negación del lujo cromático, un rechazo visual a la vanidad mundana.

En la liturgia católica, el negro se utilizaba en las misas de difuntos y en ceremonias penitenciales. El memento mori, recordatorio constante de la fugacidad de la vida, encontraba en el negro su expresión cromática. Pinturas, esculturas y grabados barrocos reforzaban este simbolismo, mostrando figuras envueltas en sombras, calaveras y relojes de arena. El espectador entendía que el negro no solo representaba la muerte, sino la transición hacia lo eterno.

En el terreno funerario, la etiqueta del luto adquirió una rigidez extrema en las cortes europeas desde el siglo XVI. La duración del duelo, la intensidad del color (negro absoluto frente a tonos atenuados como el gris o el malva) y la forma de las prendas estaban

reguladas por normas no escritas, pero ampliamente observadas. Viudas y huérfanos vestían de negro riguroso durante meses o años, según la cercanía del parentesco y el rango social. Este código visual permitía a la comunidad identificar el estado emocional y social de una persona, y su incumplimiento podía interpretarse como una falta de respeto o una provocación.

En España, la conexión entre el negro y el duelo se reforzó con el propio ceremonial de la monarquía. Las muertes reales daban lugar a largos períodos de luto oficial, durante los cuales la corte entera se vestía de negro. Retratos de reinas viudas, como Mariana de Austria, muestran la majestuosidad y solemnidad de esta vestimenta, que combinaba la tristeza con la reafirmación de la dignidad dinástica.

Así, el negro se movía entre dos polos: el poder terrenal y la trascendencia espiritual. Era a la vez un color de respeto y de control social, que marcaba la diferencia entre lo festivo y lo solemne, entre lo profano y lo sagrado. Esta dualidad sería clave para entender su evolución en los siglos posteriores, cuando comenzara a escapar de los códigos estrictos del luto para convertirse en una elección estética por sí misma.

Ilustración y Romanticismo: del color al contraste

En el siglo XVIII, el negro perdió parte del protagonismo que había tenido en la centuria anterior. La moda cortesana, especialmente en Francia y en otras capitales europeas, se decantó por colores claros y pasteles, brocados dorados, sedas brillantes y estampados florales. El negro, asociado a la austeridad española, fue relegado en la vestimenta femenina de alta sociedad, aunque siguió presente en trajes masculinos de gala, capas y prendas de exterior.

No obstante, el negro se mantuvo como color de protocolo y, sobre todo, como signo de seriedad. En las ceremonias judiciales, académicas y religiosas, las togas y sotanas negras transmitían autoridad y neutralidad. El filósofo y ensayista Montesquieu, observador agudo de las costumbres, llegó a decir que “el negro

es el color que menos distrae de las ideas, y por eso conviene a los que gobiernan y juzgan”.

La Revolución Francesa (1789) trajo un cambio simbólico que devolvió al negro un papel central, aunque con un matiz diferente: la sobriedad republicana. Frente al lujo ostentoso del Antiguo Régimen, muchos dirigentes revolucionarios adoptaron trajes oscuros como declaración política. El negro del traje masculino, combinado con chaleco y corbata blanca, se convirtió en la nueva uniformidad de los ►►



Madame X, de John Singer Sargent.

► líderes burgueses que tomaron el poder. Era un negro menos ceremonial y más práctico, pero cargado de ideología.

En el siglo XIX, con el auge de la sociedad burguesa industrial, el negro se consolidó como color dominante en el guardarropa masculino. El traje de tres piezas en negro o gris oscuro pasó a ser el uniforme de empresarios, abogados, funcionarios y políticos. El escritor Honoré de Balzac observó con ironía que “el traje negro es el hábito eclesiástico del dinero”, una prenda que uniformaba a la clase dirigente y, al mismo tiempo, ocultaba las diferencias individuales bajo un manto de respetabilidad.

En el mundo femenino, el negro adquirió un significado más restrictivo. La reina Victoria de Inglaterra, tras la muerte de su esposo Alberto en 1861, impuso un luto riguroso que mantuvo durante décadas, y su influencia extendió la moda del “luto victoriano” a gran parte de Europa y América. Las reglas eran estrictas: tejidos opacos, ausencia de adornos brillantes,

uso prolongado del color negro antes de pasar a tonos intermedios como el gris o el lavanda.

Este periodo fijó la asociación entre negro y luto en el imaginario popular, pero también sentó las bases para su reinención posterior: si el negro podía simbolizar respeto, sobriedad y autoridad, también podía convertirse en un lienzo para nuevas lecturas estéticas.

El negro en la alta costura

A finales del siglo XIX, el negro empezó a liberarse del corsé del luto gracias a la influencia de la moda parisina. Diseñadores como Charles Frederick Worth comenzaron a introducir vestidos negros en contextos de gala, utilizando tejidos ricos —terciopelos, sedas, encajes— que transformaban la carga fúnebre del color en una expresión de sofisticación. El negro dejaba de ser un castigo social para convertirse en una declaración de estilo.

▼
Rei Kawakubo,
fundadora de
Comme Des
Garçons.



El gran salto llegó en 1926, cuando Coco Chanel presentó en la revista Vogue su célebre *petite robe noire*. Sencillo, recto, sin excesos ornamentales, ese vestido negro se convirtió en un icono instantáneo. Vogue lo describió como “el uniforme de todas las mujeres con gusto”, capaz de adaptarse a cualquier ocasión dependiendo de los accesorios. Chanel comprendió que el negro tenía la capacidad de ser a la vez discreto y llamativo, y lo convirtió en sinónimo de modernidad.

Hollywood contribuyó a afianzar esta imagen en los años 30 y 40. Actrices como Marlene Dietrich o Lauren Bacall proyectaban un glamour en blanco y negro que encajaba a la perfección con la estética del cine de la época. El negro en la pantalla transmitía misterio, sofisticación y un punto de peligro, especialmente en el cine negro, donde las *femmes fatales* vestían de oscuro para acentuar su aura enigmática.

En España, Cristóbal Balenciaga exploró las posibilidades escultóricas del negro en sus diseños de los años 50 y 60. Para el modisto vasco, el negro no era ausencia de color, sino un espacio para trabajar volúmenes y texturas. Sus vestidos negros, austeros y monumentales, fueron descritos por el crítico Cecil Beaton como “arquitectura en movimiento”.

El paso del negro de color de luto a color de alta costura fue también una declaración cultural: simbolizaba la emancipación de las mujeres de ciertas normas sociales. Una mujer que vestía de negro en una cena o un cóctel ya no estaba necesariamente de duelo; podía estar reclamando su autonomía estilística y su pertenencia a una modernidad cosmopolita.

El negro como uniforme de rebeldía

A partir de mediados del siglo XX, el negro empezó a alejarse de su imagen exclusivamente elegante o protocolaria para convertirse también en un símbolo de disidencia cultural. En el París de posguerra, los existencialistas como Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir lo adoptaron como uniforme intelectual: jerseys, abrigos y gafas oscuras transmitían seriedad, compromiso político y un rechazo a la moda ►►

CUANDO FELIPE II PUSO DE MODA EL LUTO PERPETUO

En 1559, tras la muerte de su tercera esposa, Isabel de Valois, Felipe II decidió vestir de negro... y nunca más abandonó ese color. Lo que comenzó como un gesto de duelo personal se convirtió en una norma no escrita para toda la corte. Embajadores extranjeros comentaban con asombro que, en Madrid, “hasta las flores parecían marchitas” por la uniformidad oscura de sus habitantes más distinguidos.

El protocolo no exigía oficialmente el luto perpetuo, pero en la práctica, los cortesanos que querían agradar al rey adoptaban el negro como color diario. La moda se extendió a tal punto que viajeros como el veneciano Andrea Navagero describían la corte española como “un mar de terciopelos sombríos”.

La ironía es que este fenómeno de austeridad cromática tuvo un coste elevadísimo: mantener el intenso “negro español” requería tintes importados y técnicas caras. En otras palabras, la sobriedad era un lujo, y vestir de negro era tanto una señal de respeto como una declaración de poder económico.





▼
Joven seguidora
de la cultura
gótica.

►► ostentosa. Este “negro de café” se convirtió en la piel visual de la bohemia urbana.

En la década de 1950, la cultura beatnik en Estados Unidos tomó el relevo. Camisetas y pantalones negros, a menudo combinados con cuellos de tortuga, se convirtieron en la estética por excelencia de poetas, músicos de jazz y artistas de Greenwich Village. El negro transmitía minimalismo, pero también un aire de exclusión voluntaria del mainstream.

En los 70 y 80, el negro se radicalizó con las subculturas punk y gótica. El punk británico, impulsado por la música de The Sex Pistols y la moda de Vivienne Westwood, empleaba el negro en prendas rasgadas, cuero y tachuelas como rechazo explícito al sistema. El gótico, en cambio, lo combinaba con influencias victorianas y medievales para crear un imaginario oscuro, melancólico y teatral.

En la música, figuras como Johnny Cash con su “Man in Black” o Ian Curtis, líder de Joy Division, contribuyeron a consolidar el negro como color de autenticidad y honestidad emocional. Cash declaró que vestía de negro “por

los pobres y los olvidados”, dotando a este color de un significado político y social.

La moda japonesa, con diseñadores como Yohji Yamamoto y Rei Kawakubo (Comme des Garçons), llevó el negro a otro terreno: el de la deconstrucción y el minimalismo extremo. Sus colecciones de los 80 y 90 mostraban prendas negras asimétricas, drapeadas, con cortes que cuestionaban las nociones occidentales de belleza. En este contexto, el negro ya no representaba solo rebeldía, sino también innovación artística y ruptura conceptual.

Entre la alfombra roja y la camiseta básica

En las últimas décadas, el negro ha alcanzado una ubicuidad sin precedentes. Desde la alfombra roja hasta la ropa deportiva, es un color que funciona en cualquier contexto. La moda prêt-à-porter lo ha convertido en un básico del armario: un vestido negro sencillo, una camiseta o un traje oscuro pueden adaptarse a casi cualquier situación. Su universalidad se apoya

en su neutralidad aparente y en su capacidad para estilizar la figura y resistir las modas pasajeras.

Sin embargo, esta democratización no ha borrado sus significados más intensos. En 2018, durante la gala de los Globos de Oro, decenas de actrices y actores vistieron de negro en apoyo al movimiento #MeToo, convirtiendo el color en un gesto de protesta colectiva contra el acoso sexual en la industria cinematográfica. El negro, así, volvió a ser un mensaje político, capaz de unir elegancia y denuncia.

En la moda contemporánea, el negro también ha sido reinterpretado por marcas de lujo como Givenchy o Saint Laurent, que lo utilizan como sello de sofisticación atemporal, y por cadenas de moda rápida, que lo ofrecen como opción práctica y asequible. El resultado es que el negro puede ser, al mismo tiempo, una prenda de gala que recorre una alfombra roja y una camiseta básica comprada en un gran almacén.

El color se ha adaptado también a la era digital y a la imagen pública: estilistas y asesores de imagen recomiendan el negro para presentaciones, fotografías o entrevistas televisivas por su neutralidad y su capacidad para centrar la atención en el rostro. Incluso en el marketing, el negro sigue evocando exclusividad: es el color de las tarjetas de crédito premium y de los envases de productos de lujo.

En definitiva, el negro ha recorrido un camino que va del poder cortesano al uniforme global, del duelo religioso a la rebeldía contracultural, del taller de alta costura a la producción en masa. Su permanencia no es fruto de la casualidad: es un color que, como pocos, sabe reinventarse sin perder su carga simbólica. Hoy, al vestir de negro, participamos —consciente o inconscientemente— de una tradición de siglos que sigue viva en cada costura.

▼
Hombre con clásica
camiseta negra de
rock.





REYES DEL CORSO

Vera Moya Sordo
DESPERTA FERRO ED.

Historia de los corsarios españoles

Siempre al acecho de su presa, entre abordajes y naufragios, los corsarios surcaron los mares para, en nombre de reyes y señores, hacer y perder fortunas y vidas. En el libro *Reyes del corso. Historia de los corsarios españoles*, Vera Moya Sordo cuenta la historia de los corsarios españoles, desde el Medievo hasta bien entrado el siglo XIX, arrancando desde la Antigüedad y desde el oscuro origen de una actividad muy ligada y a menudo confundida con la piratería, cuando navegantes mercenarios se pusieron al servicio de las poleis griegas o de Roma y el derecho de guerra por represalia fue incorporado como una estrategia bélica más. En el Medievo, como vasallos de reinos como Castilla y Aragón, individuos o grupos de privados con permiso para armarse en *cursum* se dedicaron no solo a la captura de bajeles enemigos y a hacerse con sus codiciadas cargas, sino que se unieron a las escuadras de guerra en campañas militares y asedios a plazas fuertes, así como en las cruzadas contra los musulmanes. Ya en la Edad Moderna, los corsarios fueron una pieza clave para proyectar el dominio de la Monarquía Hispánica sobre el Mediterráneo y el Atlántico y dieron guerra sin tregua al turco, al inglés o al holandés. Fueron caballeros, comerciantes, marinos, soldados, armadores y empresarios, que navegaron por el Mediterráneo y el Atlántico. Instrumentos imprescindibles de la guerra, actuaron prácticamente en todos los conflictos bélicos que se desarrollaron en la mar. Un largo recorrido en el que, además, *Reyes del corso* pone voz a

los protagonistas con el fin de conocer su vida, motivaciones, logros y derrotas y para comprender cómo los corsarios españoles fueron clave para la consolidación y defensa de un imperio.



CARLO MAGNO

Bruno Dumézil
PUNTO DE VISTA ED.

Entre el poder, la guerra y la leyenda

Figura fundacional y, a la vez, criatura del mito, Carlomagno se convirtió en emperador en una Navidad del año 800, pero mucho antes ya gobernaba con astucia un continente dividido. Rey de los francos, estratega incansable, reformador e icono, su legado ha sido moldeado por siglos de propaganda, nostalgia y proyecciones políticas. ¿Quién fue realmente ese soberano que aún hoy da título a premios, inspira catedrales y protagoniza relatos épicos? Bruno Dumézil rehace aquí su retrato con una mezcla exacta de erudición y claridad narrativa. Contra los tópicos históricos y las mitologías nacionales que aún lo envuelven, esta biografía devuelve a Carlomagno toda su complejidad política y vital. A través de las fuentes originales —capitulares, crónicas, cartas, poemas de corte—, reconstruye sus distintas vidas: el aristócrata heredero, el monarca cristiano, el emperador idealizado... y el símbolo que Europa no ha dejado de reinventar. El resultado es una historia fascinante y profundamente actual: un viaje al corazón de la Edad Media para comprender cómo el poder se legitima, cómo se escribe la historia y cómo, a veces, los personajes reales acaban atrapados por la fuerza de su leyenda.



JUANA I, LA REINA CUERDA

María Lara

SEKOTIA

La soberana mejor preparada del Renacimiento

Descrita en su juventud como “muy cuerda”, ¿por qué se torcieron las cosas en la existencia de Juana? ¿Fue tan “hermoso” su marido? ¿Padeecía Juana una enfermedad latente que se le aceleró con la distancia con Castilla? ¿Acen-tuaron los embarazos una dolencia silenciosa hasta entonces? ¿Constituyeron los celos la causa de su patología? ¿Por qué a Isabel la Católica a finales del Medievo se le permitió reinar y a su heredera no, en pleno Renacimiento, con el humanismo como doctrina? ¿Utilizó Juana la enajenación que le achacaban a modo de máscara neuronal? ¿A qué valores se aferraba para mantener la valentía frente a sus captores? Durante casi 50 años Juana, la reina más famosa de España y sin embargo con menos poder, estuvo confinada en el palacio de Tordesillas. Cuando llegó tenía 29 años y murió en aquella clausura a la edad de 75. A excepción de las risas infantiles, a lo largo de toda su vida fue tratada como una marioneta. Ella, que era la princesa más sabia de su tiempo... Sin buscarlo, Juana fue en el tablero un peón movido a su antojo por su padre, Fernando, por su esposo, Felipe, y por su hijo, Carlos. Dicen que detrás de la historia del ajedrez, traído a la Península Ibérica por los musulmanes, se esconde enigmáticamente la figura de su madre, la Dama... Isabel designó a Juana como heredera en su testamento, aunque en la práctica se hizo caso omiso a su mandato. Con paciencia y rigor científico María Lara, doctora en Historia Moderna, reconstruye la

vida cotidiana de Juana de Trastámara, desde la pesquisa sobre su lugar de nacimiento hasta su ocaso un Viernes Santo después de haber sido tildada de hereje. Investigando en los archivos, la escritora se adentra en el universo emocional de Juana, la emperatriz a la que nunca se le reconoció el título, la mística que convivió con el cadáver de Felipe como llave para su libertad. Esta es la historia de Juana, la reina cuerda.



GUÍA LITERARIA DE ROMA

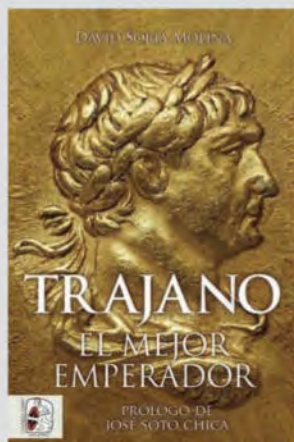
VVAA

ÁTICO DE LOS LIBROS

La Ciudad Eterna, por los genios de la literatura

Ninguna otra ciudad ha capturado la imaginación de los artistas de todas las épocas como Roma. La Ciudad Eterna ha sido tradicionalmente destino de escritores deseosos de contemplar ruinas de glorias pasadas y de asombrarse ante las maravillas del arte que guardan sus iglesias, palacios y museos. Esta Guía literaria de Roma ofrece al lector los pensamientos y sensaciones que Roma despertó en los escritores más célebres que la visitaron. Desde Montaigne hasta Rilke, pasando por Chateaubriand, Dickens, Twain, Melville, Goethe, James o Stendhal, este volumen presenta una visión distinta y literaria de la más artística de las ciudades, ilustrada con deliciosos grabados de Giovanni Battista Piranesi y Giuseppe Vasi, entre otros. Imprescindible como complemento a una guía tradicional, nos permite disfrutar de un triple viaje: en el espacio, hacia los monumentos y maravillas romanas; en el tiempo, hacia otras épocas y sensibilidades; y

en el espíritu, hacia algunas de las mentes más creativas, divertidas y magníficas que ha dado la cultura de Occidente.



TRAJANO

David Soria Molina
DESPERTA FERRO ED.

El mejor emperador

Nacido el año 53 d.C. en Itálica, en la fértil Bética, el corazón de la Hispania romana, Marco Ulpio Trajano estaba llamado a ser honrado por sus coetáneos como *Optimus Princeps*, el «mejor emperador», un epíteto que permanece vivo hasta hoy. Como militar echó los dientes en campañas en Oriente y en el Rin, bajo la atenta mirada de Domiciano, pero sería tras su ascenso a la púrpura cuando forjó su gloria en las aguas del imponente Danubio y sobre las nevadas cumbres de Dacia, cuya conquista, tras dos guerras terribles, quedó inmortalizada en piedra en la monumental columna que lleva su nombre. La extensa labor edilicia de Trajano, dentro y fuera de Roma, fue el gran escaparate propagandístico de sus gestas militares, pero también de un complejo programa ideológico que le permitió consolidar el imperio para proporcionarle casi un siglo de estabilidad, época que Gibbon consideró la más feliz en la historia de la humanidad. Quiso el destino que Trajano terminara librando sus batallas más difíciles y trascendentales en Mesopotamia, frente al formidable Imperio parto. Allí estuvo a punto de cambiar el curso de la historia y allí fue también donde terminó su existencia mortal para convertirse, a ojos de los romanos, en un dios. El libro *Trajano. El mejor emperador* de David Soria Molina no solo recoge la apasionante vida de uno de los emperadores más importantes de

Roma, con sus luces y sus sombras, sino que supone un magistral acercamiento a las coordenadas geopolíticas en las que se desarrolló su imperio, con una narración vibrante de las duras campañas militares que emprendió. No cabe duda de que el mundo romano –lo que, para la época, es casi decir el mundo– no volvió a ser el mismo tras el paso de Trajano por el trono de los césares. Basta recordar la exhortación con la que, en lo sucesivo, el Senado aclamó a los nuevos emperadores: «Que seas más feliz que Augusto y mejor que Trajano».



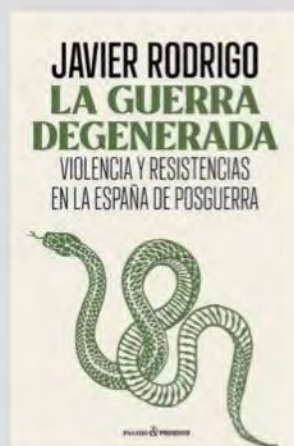
ESPAÑA EN LA INDEPENDENCIA DE ESTADOS UNIDOS

Ángel Luis Cervera Fantoni
SEKOTIA

El papel de nuestro país como potencia en la forja del mundo moderno

Ángel Luis Cervera rescata del olvido una conspiración de tres siglos: el silenciamiento del papel decisivo del Imperio español en el nacimiento de la nación americana. Desde las batallas navales en el Mediterráneo hasta las operaciones encubiertas en Nueva Orleans, desde las heroínas anónimas hasta los pactos secretos entre coronas borbónicas, esta investigación demuestra que la independencia americana fue, en realidad, una guerra mundial. La Monarquía Hispánica no ayudó a los rebeldes norteamericanos por altruismo. Lo hizo para quebrar el dominio británico de los mares y recuperar Gibraltar. Pero ese cálculo geopolítico cambió para siempre el equilibrio de poder global. Una historia de espionaje, traición y heroísmo que reescribe lo que creías saber sobre el nacimiento de Estados Unidos; 250

años después, es hora de contar la verdad completa. Mobila, Pensacola, Menorca, las cárceles flotantes de Nueva York, las lanchas cañoneras de Barceló contra Gibraltar, los corsarios españoles en el Canal de la Mancha, los millones de reales de plata que salvaron la revolución, las redes de espionaje desde Londres hasta San Petersburgo. La guerra secreta que decidió el destino de América. Del Caribe al Mediterráneo, de las Floridas a Gibraltar, de México a Nueva Orleans. Batallas navales, asedios, operaciones encubiertas y diplomacia secreta en cuatro continentes. La guerra global que Inglaterra perdió y España libró en las sombras.



LA GUERRA DEGENERADA

Javier Rodrigo

PASADO & PRESENTE

Violencia y resistencias en la España de posguerra

Javier Rodrigo, uno de los nombres más importantes de la historiografía contemporánea en España, desmenuza las realidades ocultas en la guerra entre la resistencia antifranquista y la contrainsurgencia desde el final de la Guerra Civil hasta mediados de los años 50. Gracias a una investigación ejemplar en las fuentes históricas, Rodrigo recupera la voz de los hombres y las mujeres —sobre todo en el campo y los pueblos— que tras la victoria franquista se organizaron para mantener viva la lucha por sus ideales y por su supervivencia. Este libro trata de la historia social (y de género) de la guerrilla y la guerra antiguerrillera, pero no es una historia social y de género de la guerrilla y la contraguerrilla. Es, más bien, una narración poliédrica a partir de fuentes judiciales sobre cómo fue

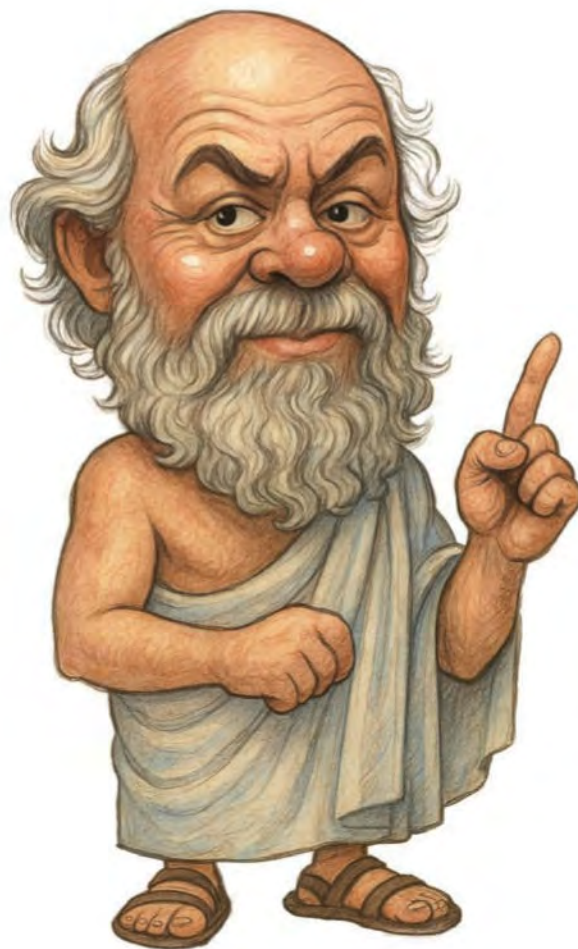
la vida y la muerte en la resistencia española contra el franquismo, tanto la resistencia políticamente consciente como la más vinculada estrictamente a una necesidad de su-pervivencia, y sobre cómo fueron los mecanismos de persecución, represión y desaparición de las resistencias nacidas en la Guerra Civil y que se proyectaron hasta finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta. Busco analizar las formas, dimensiones y naturaleza de la guerra irregular en España, de la persecución de la disidencia y la supervivencia armada y de sus apoyos desarmados (muchas veces, femeninos), de los límites de la insurgencia y la respuesta en forma de contra-insurgencia. Analiza la importancia del paisaje, del control territorial, de las políticas de violencia y sus aplicaciones reales sobre el terreno, de las agresiones cruzadas, de la centralidad de los enlaces y apoyos desarmados en la historia de la guerrilla antifranquista. Pero no pretende ser un libro sistemático ni exhaustivo. Trata experiencias puntuales en unos determinados momentos del espacio-tiempo. Historias con-cretas que, al igual que en nuestros propios presentes, muchas veces están interconectadas. Otras muchas responden a momentos precisos, instantes suspendidos en el tiempo, imprevisibles e irrepetibles. Historias vinculadas entre sí por la naturaleza de los procesos históricos ocurridos, los teatros en que se desarrollaron y las tipologías de sujetos que las vivieron. Pero, también, historias muchas veces más conectadas a posteriori por el relato historiográfico —construido a partir de las fuentes y de un conocimiento más amplio que el de los propios sujetos— de cuanto realmente lo fueron en la cambiante realidad de su momento. Con todo, este no es un simple mosaico abstracto. Desde las teselas particulares construye también un relato colectivo. Las experiencias que aquí trato fueron limitadas, pequeñas (aunque pequeño no quiera decir invisible), generalmente individuales, pero son también potencialmente sublimables en una suerte de experiencia colectiva. Una resistencia telúrica, térrea como una serpiente. Una resistencia de montaña, pedregal y ocultación, sinuosa, rápida y, llegado el caso, letal.

SÓCRATES

“Yo solo sé que septiembre está sobrevalorado”

Para inaugurar el curso con sabiduría antigua y socarrería inmortal, viajamos hasta Atenas —con escala en el más allá— para entrevistar al filósofo de los filósofos. Fue condenado por “corromper a la juventud”, lo que, visto desde hoy, podría equivaler a tener demasiados seguidores en TikTok diciendo cosas incómodas. Nos recibe en toga, sandalias y con su habitual ironía.

POR MIGUEL ÁNGEL BARGUEÑO



Pregunta: Sócrates, ¿qué opina del mes de septiembre?

Respuesta: Está sobrevalorado. Es el mes en que todos fingen haber leído libros durante el verano. Yo, que no escribí ninguno, estoy tranquilo.

P: ¿Cuál es la clave para empezar bien el curso?

R: Preguntar. Siempre preguntar. Especialmente: “¿Por qué tengo que madrugar para aprender lo que nadie me preguntó si quería saber?”

P: ¿Qué consejo daría a los alumnos que comienzan el instituto?

R: Desconfiad del que se sienta en primera fila voluntariamente. Esa persona oculta algo.

P: ¿Y a los profesores?

R: Repetid con aplomo: “No tengo favoritos”, aunque ya sepáis quién os trae los bombones en Navidad.

P: ¿Cómo definiría la filosofía en una frase?

R: Es como la tabla de gimnasia en la agenda escolar: sabes que está ahí, pero nadie la usa.

P: ¿Qué es para usted la sabiduría?

R: Saber que todo lo que sabías el curso pasado ya no sirve este año. Como los libros de texto.

P: ¿Por qué le temían tanto en Atenas?

R: Porque hacía preguntas que no tenían respuesta. Como: “¿Tiene sentido la reunión de evaluación si ya sabemos quién va a suspender?”

P: ¿Se considera influyente?

R: Solo cuando alguien cita algo que no dije pero le suena profundo. Ahí gano puntos.

P: ¿Qué opina del nuevo currículo escolar?

R: No tengo opinión, pero eso no impedirá que hable durante una hora sobre él.

P: ¿Los exámenes son una forma de sabiduría?

R: No. Son una forma de ansiedad disfrazada de evaluación.

P: ¿Alguna vez se ha copiado en clase?

R: Jamás. Yo solo preguntaba en voz alta al de al lado... para dialogar.

P: ¿Qué piensa del recreo?

R: El único momento verdaderamente democrático del día.

P: ¿Cuál fue su mayor travesura juvenil?

R: Enseñar a los hijos de los nobles a pensar por sí mismos. Lo llamaron corrupción.

P: ¿Se considera un buen alumno?

R: Solo si la asignatura era dudar de todo y mirar al profesor con ceja arqueada.

P: ¿Cuál sería su castigo ideal para un filósofo moderno?

R: Pasar una semana encerrado con influencers que citan a Nietzsche sin haber leído a Schopenhauer.

P: Por último, ¿cómo resumiría la vuelta al cole?

R: Como todo en la vida: una ilusión de orden en medio del caos. Con mochila.

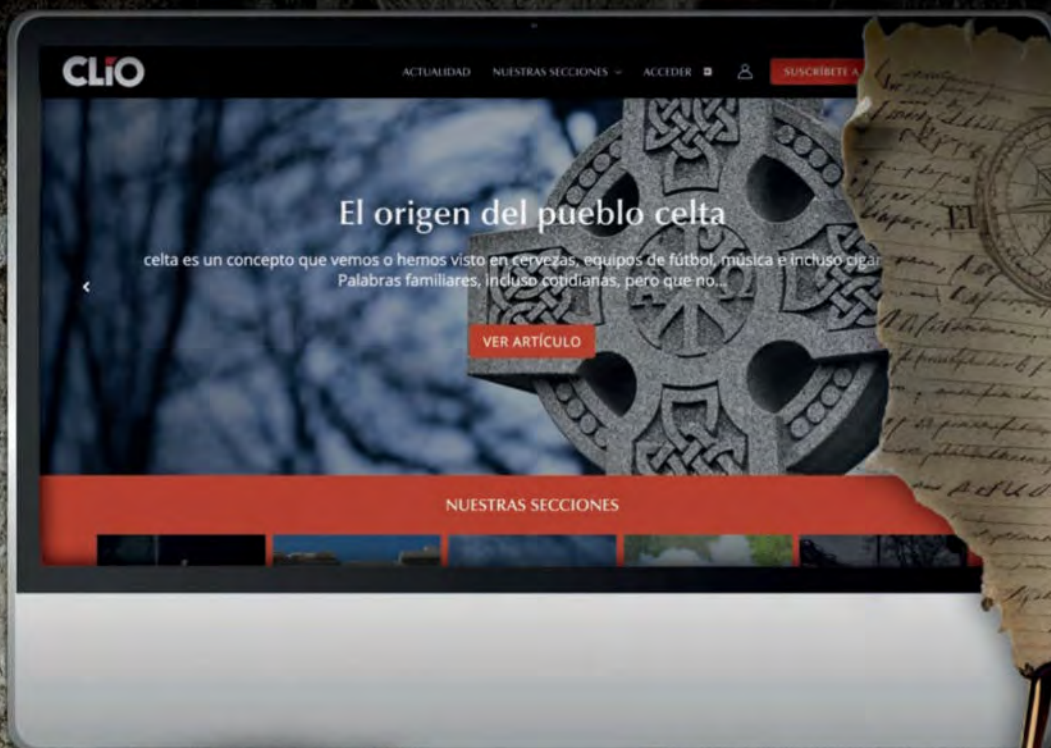
casual MAGAZINES



www.casualmagazines.com

CLIO

SUCRÍBETE A CLÍO DIGITAL



www.cliorevista.com